



Reinventar un héroe

narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea

Sebastián Quiroga Cubides

QUIROGA CUBIDES, S. *Reinventar un héroe*. Narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea [online]. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de ciencias humanas, 2015. Opera prima collection, 216 p. ISBN 978-958-738-593-9. Available from: doi: 10.7476/9789587385939. Also available in ePUB from: http://books.scielo.org/id/s2rwx/epub/quiroga-9789587385939.epub.




UR

REINVENTAR UN HÉROE

Narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea

Quiroga Cubides, Sebastián
Reinventar un héroe. Narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea / Sebastián Quiroga Cubides. – Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Escuela de ciencias Humanas, 2015.
216 páginas. – (Colección Opera Prima)
Incluye referencias bibliográficas.

ISBN: 978-958-738-592-2 (rústica)
ISBN: 978-958-738-593-9 (digital)

Ciencia militar / Fuerzas armadas – Colombia / Ejércitos / Soldados / Guerra de Corea, 1950-1953 / I. Título / II. Serie.

355.332 SCDD 20

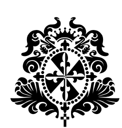
Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

amv Marzo 4 de 2015

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

REINVENTAR UN HÉROE
Narrativas sobre los soldados rasos de la guerra de Corea

SEBASTIÁN QUIROGA CUBIDES



Colección Opera Prima

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 Nº 12B-41, oficina 501
Teléfono 297 02 00
http://editorial.urosario.edu.co

Primera edición: Bogotá D.C., abril de 2015

ISBN: 978-958-738-592-2 (rústica)
ISBN: 978-958-738-593-9 (digital)

Coordinación editorial:
Editorial Universidad del Rosario
Corrección de estilo: Rodrigo Díaz Lozada
Diseño de cubierta y diagramación:
Precolombi EU-David Reyes
Impresión: Xpress. Estudio Gráfico y Digital

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Fecha de evaluación: 11 de abril de 2013
Fecha de aceptación: 27 de enero de 2015

Contenido

A mis padres y mi hermano, principales sponsors de todos mis proyectos y sueños.
A Catalina, por ser la luz que guiaba el barco.
A Adriana, por hacer posible este proyecto.
A los soldados rasos, que luchan por la memoria.

Introducción

12 de mayo de 1951, En la Plaza de Bolívar, en pleno centro de Bogotá, desfilaron más de un millar de soldados, prestos para ir por primera vez a representar a Colombia en un conflicto de escala mundial. Admirados por unos, cuestionados por otros, partieron hacia la península de Corea, donde se libraba una guerra intestina que involucraba los intereses de las grandes potencias mundiales. Tres años y cientos de muertos después, regresaron al país, unos buscando continuar su carrera militar de oficiales, otros mirando qué hacer una vez finalizada la vida de soldado raso, que terminaba con el fin la guerra.[1] Explorando las diferentes narraciones sobre la guerra, comienza a ser evidente una asimetría sobre los protagonistas de los hechos: las voces de los oficiales

---

[1] La participación de Colombia en la guerra de Corea comenzó a finales de 1950 y finalizó en 1954. Las únicas guerras internacionales de importancia para Colombia habían sido las dos guerras contra Perú (1828-1829 y 1932-1933), que fueron conflictos fronterizos. Después de Corea, Colombia participó en la crisis del Canal de Suez entre Egipto e Israel (1956-1958), enviando algunas tropas a formar parte de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas (Batallón Colombia Nº. 2). En 1982, el presidente Turbay decretó el envío de tropas a la región del Sinaí para hacer parte de la Fuerza Multinacional de Observación; a la fecha, aún opera (Batallón Colombia Nº. 3). Desde 2009, el ejército entró como parte del contingente español que se encuentra en Afganistán en la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad de Afganistán (ISAF, en inglés), aportando un pequeño contingente de soldados élite.

veteranos de la guerra y la institución castrense dominaban sobre los relatos de los soldados rasos, quienes conformaron la mayoría del cuerpo militar que participó en la guerra. Este fue el punto de partida de la investigación: preguntarse sobre cuál fue la experiencia de estos soldados durante la guerra de Corea.

¿Quién es el *soldado raso*? Es aquel que ingresa a las Fuerzas Armadas, ya sea por reclutamiento, o bien porque se presenta como voluntario. Dentro del esquema militar, tiene el rango más bajo. Sin embargo, pese a constituir la mayoría de los efectivos que conforman un contingente militar, la historiografía no suele mencionarlos: son muy pocos los ejemplos de soldados rasos que aparecen en las obras de historia. Los modelos clásicos de historia hasta el siglo XIX privilegiaron una narración de los acontecimientos bélicos anteponiendo a los grandes personajes como los actores principales.[2] Fue

---

[2] Por ejemplo, José Manuel Restrepo los menciona brevemente en *Historia de la Revolución de la República de Colombia* como actores ocasionales, donde se conoce su sueldo o como tropo —metonimia—, como sinónimo de humildad o el estrato social más bajo: "comiendo carne sin sal desde el jefe supremo hasta el *último soldado*" (tomo I, 159-160); "vosotros me habéis visto elevarme", dice el general José Antonio Páez, "de la triste esfera de un soldado al eminente rango que ocupo" (tomo IV, 158). Jesús María Henao y Gerardo Arrubla, en *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria,* muestran en estos términos al soldado. Uno de los pocos que salen referidos por su nombre es Juan Gordo, un soldado español que fue ejecutado por su general, Gonzalo Jiménez de Quesada (80), u otros con historias anecdóticas muy breves. El caso más notable es el soldado Pedro Martínez, que junto a otro apodado *Negro José*, capturó a José María Barreiro en la Batalla de Boyacá, y adquirieron cierto grado marginal de heroísmo. Este militar, en 1880, recibió una pensión de 25 pesos que solo pudo cobrar una vez (384). Esta narración es anecdótica en estos autores, puesto que aparece en un pie de página y no como parte de la narrativa principal. El 7 de agosto de 1999 se erigió un monumento en honor de ambos en el Puente de Boyacá.

ya en el siglo xx que los historiadores comenzaron a mostrar una mayor preocupación por los soldados y, en general, por los subalternos.

Al indagar sobre las vivencias de estos soldados rasos, se encontró que las experiencias se iban transformando y ajustando a una serie de intereses que dependían del lugar de producción del relato. Cada tipo de narrativa encerraba un cúmulo de significados y símbolos diferentes. El pasado se convirtió en un campo de batalla para reafirmar un papel en el espacio social. Por ello, esta investigación buscó responder a cómo en los últimos sesenta años las narrativas sobre la guerra de Corea han asignado un papel diferente al soldado raso y cuáles son las implicaciones de ello en la manera como entendemos dicha guerra. Es un análisis sobre la historicidad y la producción histórica, entendiendo que esta no se limita a la academia, sino que además es construida en los relatos de prensa, las memorias, la literatura, las obras de teatro, la música y, principalmente, por parte de los mismos protagonistas, desde la historia oral.

Este trabajo gira en torno a diversas discusiones historiográficas: primero, dentro de los estudios subalternos, que han buscado reivindicar la voz de los grupos sociales no reconocidos en los grandes relatos nacionales; segundo, la historia oral, ya que desde sus raíces ha buscado entender las dinámicas sociales de la forma en que los protagonistas reconstruyen su pasado; finalmente, el papel que tiene la estructura narrativa en la reconstrucción del pasado y cuál es el papel de la historia dentro de la sociedad. No obstante, el problema de fondo en el cual se ubica esta investigación es

sobre la memoria: ¿Por qué recordamos de forma diferente un hecho?, ¿qué papel tienen los soldados rasos, normalmente silenciados en las narrativas hegemónicas de la guerra, en la construcción del pasado?

El ascenso del subalterno

El interés por las experiencias de los subalternos puede rastrearse en diferentes plumas como Baudelaire, Michelet o Brecht. Este tipo de preocupaciones animaron a los investigadores a explorar nuevas fuentes. Un ejemplo claro en la historia militar es *Letters of Private Wheeler, 1809-1828,* editado por B. H. Liddell Hart (1951). Este texto es una recopilación de cartas que escribía a su esposa el soldado raso William Wheeler, del 51 Regimiento de la infantería británica.[3] En la década de 1960, Edward Thomson introdujo formalmente el estudio de las clases populares en lo que denominó "historia desde abajo".[4] Este tipo de historia en principio se concentró en la clase obrera y pobre, y posteriormente en grupos considerados marginados, como las mujeres. Estas nuevas preocupaciones atrajeron el interés de los historiadores, quienes comenzaron a explorar nuevos temas, desde la historia de los movimientos estudiantiles hasta el papel de los soldados en la guerra. En palabras de Jim Sharpe, "mostrar que la batalla de Waterloo comprometió tanto al

---

[3] Jim Sharpe. "Historia desde abajo", en *Formas de hacer Historia* [Peter Burke, editor]. Madrid: Alianza Editorial, 1996, 39.

[4] E. P. Thompson. "History From Below". *The Times, Literary Supplement* (7 de abril de 1966): 279-280.

soldado Wheeler como al duque de Wellington".[5] Este tipo de preocupaciones también ha hecho que se exploren nuevos métodos de rastreo y búsqueda de información como los testimonios orales, aquellas voces que por lo general están ausentes en la mayoría de fuentes escritas.

La historia oral tuvo un papel muy importante en rescatar las memorias de soldados veteranos de diversas guerras. En 1948 Allan Nevins, historiador y periodista estadounidense, fundó un centro de recolección de testimonios orales en la Universidad de Columbia, Nueva York. Paralelamente, en Inglaterra los investigadores se preocuparon por buscar testimonios de los subalternos, con métodos muy relacionados con la "historia desde abajo" que allí se estaba desarrollando.[6] Se puede decir que este ha sido el primer método historiográfico de Occidente, puesto que Heródoto y Tucídides basaban sus trabajos en la recopilación de testimonios.[7] Sin embargo, la historiografía occidental, especialmente en el siglo XIX, le daría un mayor estatus al documento escrito,

---

[5] Jim Sharpe. "Historia desde abajo", 50.

[6] Mauricio Archila. "Voces subalternas e historia oral". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Nº. 32 (2005): 9-10; Robert Perk y Alistair Thomson. "Introduction", en *The Oral History Reader*. Londres: Routledge, 2006, 2.

[7] Tucídides, I 22, 2-3: "Consideré que no debía escribir los hechos sucedidos en la guerra tomando la información de cualquiera, ni tampoco según me parecía a mí, sino que he relatado los hechos en los que estuve presente y aquellos otros cuya información recibí de otras personas con mayor exactitud posible en cada caso". Con manifestación menos crítica, el modelo de historia (ἱστορίης, *historie*) de Heródoto recurrió a la indagación de testimonios orales, pero se basó principalmente en la observación personal (*autopsía*). Carlos Schrader. "Introducción", *Historia Libros I-II*. Madrid: Editorial Gredos, 2000, IX-XLIX.

por sobre la fuente oral, en especial con el surgimiento de la disciplina histórica y el historicismo clásico. De este modo, la historiografía migró hacia el análisis documental como testimonio confiable del pasado. El carácter científico de la historia y el contexto social e intelectual del siglo XIX europeo (en Francia, Inglaterra y especialmente en Alemania) hizo que la profesionalización general de esta disciplina estuviera acompañada de su institucionalización, perpetuando estos cánones.[8] No sería sino hasta mediados del siglo XX que iba a resurgir una preocupación por la recolección de testimonios orales, producto de la Segunda Guerra Mundial. Uno de esos casos es el estudio sobre el exterminio judío a mano de los nazis, como por ejemplo el trabajo del Instituto Yad Vashem y la recopilación monumental del Gran Archivo del Holocausto, que desde 1944 ha recogido más de 25 000 testimonios.[9]

En Estados Unidos, la historia oral se centró en el análisis de asuntos de élite, tanto políticos, como económicos y culturales. Por su parte, los investigadores europeos comenzaron a explorar la historia desde abajo, buscando dar voz a las narrativas excluidas.[10] Autores como Ronald Blythe

---

[8] Georg Iggers. *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales.* Barcelona: Idea Universitaria, 1998.

[9] Paul Thomspon. *The Voice of the Past*. Oxdord: Oxford University Press, 2000, 154.

[10] Alistar Thomson ofrece un panorama con los paradigmas epistemológicos más importantes que se desprendieron después de la Segunda Guerra Mundial, desde el trabajo de Nevins hasta la era digital (Alistair Thomson. "Four Paradigm Transformations in Oral History", *The Oral History Review*, Vol. 34, Nº. 1 (Winter-Spring 2007): 49-70).

(*Akenfield*, 1969), Paul Thompson (*The Edwardians*, 1975; *The Voice of the Past*, 1978) y Ronald Fraser (*Blood of Spain: An Oral History of the Spanish Civil War*, 1979) irrumpieron con sus obras autoproclamadas de historia oral.[11]

Pese a las críticas por su falta de rigor, la historia oral comenzó una lucha por abrirse campo dentro de la historiografía como una ciencia histórica independiente, y no solo como una metodología. Así, este campo de investigación fue explorado por otros autores abordando una nueva problemática: la memoria. Desde Oxford, el movimiento *History Workshop*, liderado por Raphael Samuel, también desarrolló interés por la historia desde abajo, la historia cotidiana y por las fuentes orales. En 1976, Samuel indagaba sobre la relación entre historia local e historia oral.[12] En 1979, Laura Passerini puso en relieve las discusiones por la validez de las fuentes orales (siempre cuestionadas por la "dudosa fiabilidad" e "imprecisión" de la memoria) y por el interés de ahondar en nuevas realidades, como la vida diaria y las experiencias personales. De esta manera, el historiador oral buscaba ir más allá de la simple reconstrucción del pasado,

---

[11] En *Akenfield* (Reino Unido: Penguin, 2005), Ronald Blythe describe la vida rural de Suffolk, en Inglaterra, con los sobrevivientes de la Gran Guerra. En *The Edwardians*, Thompson realiza un trabajo estructurado pionero sobre la historia oral. Basándose en cerca de quinientos testimonios analiza cómo fue el cambio social de una generación de comienzos del siglo xx. En *The Voice of the Past* pone sobre la mesa la discusión teórica sobre la "historia oral". *Blood of Spain*, de Fraser, se basa en cerca de trescientos entrevistas grabadas entre 1973 y 1975 con sobrevivientes de la Guerra Civil española (1936-1939).

[12] Raphael Samuel. "Local History and Oral History". *History Workshop*, N°. 1 (Spring 1976): 191-208.

el "como sucedió", y comenzar a analizar los significados que se le dan a ese pasado, en una yuxtaposición a las ideas clásicas del historicismo.[13]

En 1981 Alessandro Portelli defendió que la preocupación de la historia oral no era únicamente el hecho en sí, sino también los significados que se desprendían con sus posteriores interpretaciones: "La primera cosa que hace la historia oral diferente es que nos dice menos de los eventos que sobre sus significados. Esto no quiere decir que la historia oral no tenga intereses en los hechos. Las entrevistas revelan eventos y aspectos desconocidos de hechos conocidos, y también ellas pueden proyectar una nueva luz sobre las caras inexploradas de las clases no hegemónicas".[14] Esta afirmación es muy importante, puesto que es un elemento que subyace a esta investigación, como se mostrará más adelante.

En América Latina, y particularmente en Colombia, las fuentes orales se comenzaron a utilizar como complemento para las fuentes escritas, por lo que la historia oral no se constituyó de la manera como lo planteaba Portelli. Apareció como una "ciencia auxiliar" de una historia con tintes positivistas en búsqueda de una verdad objetiva.[15] Los principales usos que se le dieron a este recurso fueron para la construc-

---

[13] Laura Passerini. "Work Ideology and Consensus under Italian Fascism". *History Workshop*, Nº. 8 (1979): 84-85.

[14] Alessandro Portelli. "The Peculiarities of Oral History". *History Workshop*, Nº. 12 (otoño 1981): 99; "What Makes Oral History Different", en *The Oral History Reader* (Robert Perks y Alistair Thomson, editores). Londres: Routledge, 2006, 32-42.

[15] Nathan Wachtel. "Memoria e historia". *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 35 (enero-diciembre, 1999): 72-74.

ción de una historia desde abajo influida por el pensamiento marxista, que buscaba romper con la tradicional historia elitista y mostrar las voces de las clases subalternas. Las críticas no se hicieron esperar, y al igual que en los otros lugares donde se usó este tipo de historia, se comenzó a cuestionar su dificultad para generar una comprensión del pasado.[16]

Otra visión de la historia oral y la memoria aquí propuesta se adscribe a la línea conocida como estudios culturales de la memoria, en los términos de Astrid Erll. Desde esta perspectiva, la memoria y la cultura se intersectan en dos niveles: individual y colectivo. El primero corresponde a la memoria biológico-individual, ligada a un contexto colectivo que la perfila. El segundo corresponde al orden simbólico, las instituciones, los medios y las prácticas en donde los grupos sociales construyen un pasado compartido. Estos dos niveles se pueden describir a nivel analítico, pero en térmi-

---

[16] Mauricio Archila. "Voces subalternas e historia oral", 14. Me desligo del pensamiento de Archila quien sostiene que la fuente oral es per se una reivindicación de la voces subalternas, como lo hacía en sus inicios Paul Thompson. Lo que busca mostrar esta investigación es que la historia oral, con sus propias metodologías y teorías, puede abordar las diferentes voces/memorias divergentes y hacerlas dialogar de una manera que permitan comprender cómo la historia es recreada e interiorizada, tal como lo señalan Passerini y Portelli. Estos autores son excluidos del balance de Archila. Los debates en Latinoamérica han girado en torno al papel del subalterno y si es posible rescatar su voz (cfr. Guillermo Bustos. "Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley". *Fronteras de la Historia* (ICAHN), Nº. 7 (2002): 229-250). Sobre la crítica en Colombia, ver por ejemplo: Charles Bergquist. "En defensa de la historia: una crítica disciplinaria de la *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 16-17 (1988-1989): 205-229.

nos prácticos se encuentran en continua interacción.[17] Esta investigación usa la historia oral no solo como herramienta auxiliar, sino también como problema epistemológico dentro de la creación del conocimiento histórico, para comprender en una dimensión mayor los relatos que se produjeron sobre los cientos de soldados que desfilaron en la Plaza de Bolívar aquel 12 de mayo de 1951, y los otros miles que fueron a la guerra hasta 1954.

Los estudios militares en Colombia no han tenido en cuenta el papel de los soldados rasos dentro del Ejército, pese a ser la mayoría. En un balance sobre los principales estudios de este género, Medófilo Medina clasifica a todos los estudios sobre las Fuerzas Armadas en Colombia como "historia política", porque priman las relaciones institucionales y de actores políticos en su narrativa. Inclusive, cuando menciona a quienes hablan desde adentro, se refiere únicamente a los oficiales.[18] Son escasos los trabajos que hacen mención de los militares de más bajo rango. Saúl Rodríguez, por ejemplo, señala la inequidad del soldado raso frente a los demás miembros de mayor rango de las Fuerzas Armadas, las dificultades económicas que debe enfrentar y las consecuencias militares de su pobre formación como recluta.[19] En

---

[17] Astrid Erll. "Cultural Memory Studies: An Introduction", en *Cultural Memory Studies: An International and Interdisciplinary Handbook* (Astrid Erll y Ansgar Nünning, editores). Berlín: Walter de Gruyter, 2008, 1-18.

[18] Medófilo Medina. "Historiografía política del siglo xx en Colombia", en *La historia al final del milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994, 450-454.

[19] Saúl Rodríguez. "¡Aquí comienza la excelencia!: apuntes sobre la cons-

un epígrafe del texto, presenta una reflexión muy diciente sobre su papel dentro del Ejército:

> Para un superior un subalterno no piensa, ni mira, ni escucha. Es un simple autómata. Lo peor es que el valor o no de su inteligencia se le mide de acuerdo al grado que ostenta. Para ser más gráfico, mientras un general tiene 10 cm de inteligencia, un coronel tiene 8 cm, un capitán 5 cm, un sargento 3 cm, un cabo 1 cm y un soldado por naturaleza no es inteligente.[20]

El soldado raso ha sido olvidado por las grandes narrativas bélicas, y esto ha hecho que se sepa poco sobre su participación como actor del conflicto. La historia que se ha contado sobre la guerra ha sido narrada en términos de los principales actores políticos y militares que participaron: los presidentes de turno y los generales que comandaban las tropas. Sin embargo, son escasas o prácticamente nulas las voces de los soldados, que representan dos terceras partes de la tropa.

---

cripción y democracia en la Colombia contemporánea", en César Torres del Río y Saúl Rodríguez. *De milicias reales a militares contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI.* Bogotá: Universidad Javeriana, 2008, 53-91. Además, ver el trabajo desde la sociología de Andrea Manrique Camacho para los militares contemporáneos. Adolfo Atehortúa. *Militares: otra visión, otros estudios.* Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2005.

[20] Jesús Salazar López. *Un paso al frente: análisis crítico encaminado a la búsqueda de una mayor proyección optimista de las fuerzas militares de Colombia*, s.p.i., 1993, 45. Citado en Saúl Rodríguez. "¡Aquí comienza la excelencia!: apuntes sobre la conscripción y democracia en la Colombia contemporánea", 53.

En el transcurso de la investigación se hizo un descubrimiento interesante: las visiones que existen sobre el soldado raso varían de manera significativa según el narrador. Esto se logró gracias al uso de la historia oral como primer paso para abordar el problema.[21] Los oficiales que participaron en la guerra tienen una percepción diferente del soldado de aquella que existe entre los soldados rasos sobre sí mismos. Explorando aún más allá, esta visión diverge de la que existe en la literatura o en la academia. ¿Qué lleva a que un sector represente al soldado de una manera diferente que otro? ¿Qué significados subyacen en las distintas formas en que ha sido reconstruida la imagen del soldado? Estas preguntas generaron un nuevo interés sobre la forma en que el subalterno es representado y las implicaciones que hay en ello, puesto que no basta con comprender quién es ese soldado, además hace falta entender el papel que le ha sido asignado la sociedad. El objetivo de esta investigación es analizar cómo han sido reconstruidos los soldados rasos que participaron en la guerra de Corea por la sociedad colombiana y por ellos mismos durante los últimos sesenta años. Esta reconstrucción está ligada a una historicidad que influye y determina estos múltiples relatos.

---

[21] La primera etapa de esta investigación consistió en entrevistas sostenidas tanto con soldados rasos como con oficiales veteranos sobre la guerra en general. En vista de los hallazgos, se realizaron múltiples entrevistas con estos mismos personajes. El uso de la historia oral fue fundamental para incrementar el alcance de la investigación. Así, se pasó del análisis de estos testimonios a una búsqueda de mayor envergadura sobre la forma en que se ha construido la historia de estos soldados.

El pasado como una constante re-creación

La historia oral y la historia desde abajo ofrecen una clave de ingreso al problema. Sin embargo, al recopilar las narrativas alrededor de la guerra, desde las notas de prensa de la época hasta las memorias de los militares, pasando por los relatos orales y las obras literarias, el problema de las experiencias de los soldados rasos se hace más complejo. Cada tipo de narrativa encerraba un cúmulo de significados y símbolos diferentes. El pasado se convirtió en un campo de batalla para reafirmar un papel en el espacio social, especialmente en el momento de ubicar al soldado raso. El pasado y el presente aparecen como universos que se transformaban constantemente, sin ser nunca estáticos. Este problema ya había sido vislumbrado por una corriente académica que comenzó a cuestionar cómo se construye el pasado.

Desde las primeras décadas del siglo XX han sido cuestionadas las formas de hacer historia y el papel del historiador dentro de la sociedad. En un ensayo clásico de 1932, Carl Becker sostenía que la historia era una afirmación sobre el pasado, pero no necesariamente el hecho en sí. Por ello, denominaba a la historia como conocimiento del pasado desde el presente.[22] Esto comenzaría a abrir una brecha respecto a las interpretaciones del historicismo clásico, que si bien se sustentaba en una teoría rigurosa de crítica de fuentes, tenía una visión de la narración histórica como un saber superior. Así, desde la erudición alemana, encabezada por Leopold

---

[22] Carl Becker. "Everyman his own Historian". *The American Historical Review,* Vol. 37, Nº. 2 (enero 1932): 221-236.

von Ranke, se establece un método científico que apunta a la aceptación de un orden establecido,[23] que elevaría el estatus del discurso histórico a conocimiento científico, verdadero e incontrovertible. Si bien la distinción entre los hechos del pasado (*res gestae*) y la narración de estos (*historia rerum gestarum*) aparecía ya desde Hegel,[24] no sería sino hasta el siglo xx que comenzaría a producirse una crítica real a las formas en que el presente afecta la reconstrucción del pasado. "Toda historia, es historia contemporánea", afirmaría Benedetto Croce. "La historia muerta revive y la historia pasada se reconstruye como presente, a medida que el desenvolvimiento de la vida lo requiere".[25]

Más allá de los debates historiográficos sobre métodos e interpretaciones del pasado, estas discusiones supusieron nuevos problemas sobre la forma en que la historia funciona dentro de la sociedad. Los efectos de la Segunda Guerra Mundial llevaron a que la memoria comenzara también a ser un tema de análisis histórico, como se mostró anteriormente. ¿Hay distinción entre historia y memoria?[26] ¿Cómo

---

23 Josep Fontana. *La historia de los hombres*. Barcelona: Crítica, 2001, 165-179.

24 G. W. Hegel. *Lecciones sobre filosofía de la historia universal: introducción general*. Valencia: Universitat de València, 1991, 137: "La palabra historia reúne en nuestra lengua el sentido objetivo y el subjetivo: significa tanto *historia rerum gestarum* como las *res gestae*. Debemos considerar esta unión de ambas acepciones como algo más que una casualidad externa; significa que la narración histórica aparece simultáneamente con los hechos y acontecimientos históricos. Un íntimo fundamento común las hace brotar juntas".

25 Benedetto Croce. *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires: Escuela, 1955, 21.

26 La problematización de la memoria se remonta a varias décadas, espe-

afecta esta relación la forma en que se narra el pasado? Para autores como Gonzalo Sánchez sí existe una diferencia: la historia tiene una pretensión objetiva, distante del pasado que se diluye en las memorias particulares; la memoria resalta la pluralidad de los hechos, "inscribe, almacena u omite y a diferencia de la historia es la fuerza, la presencia viva del pasado en el presente".[27] En este sentido, hay una dicotomía entre estos dos campos, donde uno está en constante reinvención (la memoria-huella), mientras que el otro está fijo en el tiempo (historia-acontecimiento). Esta visión la comparten autores como Daniel Pécaut, quien cuestiona las posturas de ciertos sectores —que identifica como *Vulgata histórica* (periodistas, ensayistas y líderes de opinión)—, que destruyen la diferencia entre el relato de la memoria y el análisis histórico.[28]

---

cialmente desde la academia francesa. En 1925, el sociólogo Maurice Halbwachs estudió la memoria a partir de sus problemáticas, su tipología y su relación con la Historia. Si bien en Francia los *Annales* no prestaron gran atención inicialmente a estas discusiones, sería Pierre Nora quien las introdujera en L'École des Hautes Études en Sciences Sociales en los sesenta, cuestión que luego sería tratada por autores como Jacques Le Goff o Paul Ricoeur. Desde finales de los setenta, los historiadores comenzaron a distinguir entre "memoria" e "historia". En el *Social Sciences Citation Index*, por ejemplo, el quinquenio entre 1986 y 1990 arroja 10 000 entradas con el descriptor *historia* y 3270 con el de *memoria* (cfr. Josefina Cuesta Bustillo. "Memoria e historia: un estado de la cuestión". *Revista Ayer*, Nº. 32, Memoria e Historia (1988): 203-246).

[27] Gonzalo Sánchez. *Guerras, memorias e historia.* Medellín: La Carreta Editores, 2006, 22.

[28] Daniel Pécaut. "Memoria posible, historia posible, olvido imposible", en *Violencia y política en Colombia.* Medellín: Nuevo Hombre/Universidad del Valle, 2003, 128.

Renán Silva adopta una postura crítica con respecto a Sánchez. Para él, la memoria puede ser materia de análisis histórico, pero en ningún momento se confunde con este. Critica las interpretaciones simplistas de "memoria colectiva" y cuestiona los planteamientos del "deber de la memoria" (en los que se inscribe un poco Sánchez), abogando por la diferencia entre sujeto analizado y analista.[29] La memoria no puede, de esta manera, ser ajena a la crítica histórica: se convierte en un objeto de estudio del conocimiento histórico.[30]

La memoria y la historia se convierten en un elemento que tener en cuenta, puesto que la Guerra de Corea, al ser un acontecimiento reciente y de relevancia nacional, está inscrita no solo en quienes participaron, sino también en diferentes sectores de la sociedad. Los mismos monumentos que existen sobre la guerra tienen una connotación que atañe a la memoria. Esta investigación no busca resolver esta disputa entre memoria e historia, sino que se alimenta de este debate para generar una nueva interpretación del pasado.

La lingüística ha sido una de las disciplinas que han hecho una crítica más fuerte del discurso histórico tradicional. Uno de sus mayores exponentes, Roland Barthes, señaló como

---

[29] Renán Silva. "Guerras, memoria e historia", en *A la sombra de Clío*. Medellín: La Carreta Editores, 2007, 259-314. La interpretación simplista se hace frente a muchos trabajos "*best-sellers*" que equiparan "memoria colectiva" con la memoria de toda la sociedad, y esto sucede debido al estilo de crónica que utilizan, muy diferente de lo que Silva considera que es un análisis histórico. El "deber de la memoria" es una visión que no toma una postura crítica con respecto a las diferentes memorias, especialmente cuando corresponde a sectores excluidos.

[30] Paul Ricoeur. *La historia, la memoria y el olvido*. Madrid: Editorial Trotta, 2003, 128.

una de las falencias de la interpretación histórica la distinción hegeliana entre *res gestae* e *historia rerum gestarum*. Para Barthes, el hecho de que el referente esté separado del discurso y se convierta en algo exterior al lenguaje es una suposición "retorcida" del discurso histórico. Así, se crea un "efecto realidad" de los hechos, donde hay una disociación o división entre lo que sucedió y la narración, como si pudieran ser dos realidades separables: "El hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística, y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que una copia pura y simple de otra existencia, situada en un campo extraestructural, la *realidad*".[31] Sin embargo, el estructuralismo rígido de la lingüística no permite ver cómo los procesos sociohistóricos intervienen en la producción de esos relatos.

Recogiendo la tradición lingüística, Hayden White llevó más allá los problemas de las estructuras del lenguaje y su relación con el discurso histórico. En su obra *Metahistoria* sostuvo que "aprehendemos el pasado y todo el espectáculo de la historia en general en términos de necesidades y aspiraciones sentidas que a fin de cuentas son personales, que están relacionadas con los modos como vemos nuestra posición en el establecimiento social presente, con nuestros

---

[31] Roland Barthes. "El discurso de la historia", en *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Paidós, 1994, 174. Barthes parte de la afirmación de Nietzsche de que "no hay hechos en sí. Siempre hay que empezar por introducir un sentido para que pueda haber un hecho". El hecho se convierte en hecho cuando es digno de ser recordado, diría Heródoto. Por ello, no es posible decir que una narración es producto de un contexto específico, de manera unidireccional y causal.

temores y esperanzas para el futuro y con la imagen del tipo de humanidad que nos gustaría creer que representamos".[32] La interpretación de White propone que las narrativas históricas se pueden reducir a figuras literarias inherentes al relato, como el modo de tramar (romántico, trágico, cómico o satírico), el modo de argumentación (formista, mecanicista, organicista y contextualista) y el modo de implicación ideológica (anarquista, radical, conservador y liberal), que seguían una estrategia prefigurativa mediante tropos (metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía).[33]

Según White, el tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo en particular, que puede llegar a ser arquetípico. En el romance, el héroe logra su liberación final del mundo, en un triunfo del bien sobre el mal; los personajes alcanzan la redención. La sátira es lo opuesto en cuanto a redención: es un drama de desgarramiento, dominado por el temor de que finalmente el hombre sea el prisionero del mundo. La conciencia y la voluntad humanas son siempre inadecuadas para derrotar la muerte, como representación de las fuerzas oscuras que impiden la reconciliación de los personajes.[34]

---

[32] Hayden White. *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005, 271.

[33] Hayden White. *Metahistoria*, 13-50.

[34] Hayden White. *Metahistoria*, 18-21. Los modos de tramar son tomados del análisis de Northrop Frye. *Anatomy of Criticism: Four Essays*. Princeton: Princeton University Press, 2000 (1957).

Esta aproximación permite comprender de manera más profunda la forma en que los relatos históricos se generan y son generados por narrativas específicas, que hacen parte del proceso sociohistórico de la producción del conocimiento. Sin embargo, la limitación de White radica en la reducción del relato a modos de tramar y figuras literarias inherentes a unos modos hegemónicos de la historiografía del siglo XIX, que no permiten mostrar la dimensión completa del pensamiento de los militares y otros narradores de la guerra de Corea. Estas limitaciones aparecen señaladas de forma indirecta por autores como Roger Chartier, quienes cuestionan el que la interpretación se reduzca a la textualidad, lo que deja por fuera problemas como las prácticas y apropiaciones de los textos, así como también los lugares de producción de las materialidades que los contienen.[35]

En 1995, Michel-Rolph Trouillot publicó *Silencing the Past: Power and the Production of History*, una original obra donde cuestiona las formas de interpretación tradicionales sobre la historia de Haití, indagando acerca de la manera en que se produce y narra la historia y cómo el poder media esos procesos. Trouillot parte de la crítica del modelo que muestra a la memoria y a la historia como almacenamiento de experiencias, a nivel colectivo e individual, respectivamente. Sin embargo, este modelo asume que el conocimiento es una recolección, lo cual considera insuficiente: "Si los recuerdos, como historia individual, son construidos, aún en el sentido

35 Roger Chartier. "El mundo como representación", en *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*. Barcelona: Gedisa, 2005, 45-62.

más simple, ¿cómo puede ser fijo el pasado que ellos evocan?" [...] El pasado no existe independiente del presente. De hecho, el pasado es solo pasado porque existe un presente [como punto de referencia]".[36] Esto plantea un problema sobre cómo la historia se construye a nivel colectivo, puesto que en ese proceso intervienen múltiples narradores.

El análisis de Trouillot propone la reflexión sobre uno de los eslabones más débiles de la academia occidental, su egocentrismo: "Esta variedad de narradores es uno de los muchos indicadores de que las teorías de la historia tienen una visión bastante limitada del campo de la producción histórica. Éstas desestiman gravemente el tamaño, la relevancia y la complejidad de los lugares superpuestos donde se produce la historia, notablemente fuera de la academia".[37] Esto lo define conceptualmente como "historicidad en un solo sentido" (*one-sided historicity* y *single-sited historicity*). Por esto, el autor busca examinar cómo los diferentes relatos tienen su propia historicidad y responden a un contexto que los determina, mediados por unas relaciones de poder.

---

[36] Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press, 1995, 15.

[37] Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past*, 19. Raphael Samuel defendió, por esa misma época, un argumento similar. Desde su experiencia marxista y de figura importante del movimiento History Workshop, dijo que la historia dejó de ser una disciplina científica capaz de mostrar de manera exacta el pasado, y pasó a estar determinada por una serie de prácticas sociales e institucionales que se validan según el contexto de producción. También comparte la visión de que fuera de la academia se produce contenido de carácter histórico, que es más próximo al conocimiento popular, transmitido por la historia oral o por la tradición (Rafael Samuel. *Theatres of Memory. Volume 1. Past and Present in Contemporary Culture*. Nueva York: Verso, 1994).

A través de ejemplos como la Revolución de Haití, el caso del coronel Sans Souci y la conquista de América, Trouillot muestra cómo la producción de las diferentes narrativas afecta la misma comprensión del proceso sociocultural que denominamos historia.

La problemática central de esta obra gira en torno a que la *producción* de la historia es una categoría que no se suele analizar, por lo que se llega a asumir que no hay una separación entre la narrativa y el proceso social que genera la historia. El narrador se convierte en un actor del pasado y no puede desvincularse del relato. Cuando se habla de la guerra de Corea, los diferentes narradores reconstruyen su visión siguiendo intereses políticos, institucionales, sociales, culturales y personales. Por ello, para entender la manera como el soldado ha sido dibujado, es necesario analizar en detalle cómo se han construido las diferentes narrativas.

Preguntándose por la forma en que el silencio opera en la creación de las narrativas, Trouillot señala los cuatro instantes claves del proceso de producción histórico: el momento de la *creación del hecho* (la creación de las fuentes), el momento de la *construcción de los hechos* (la creación de los archivos), el momento de la *recuperación de los hechos* (la creación de narrativas) y el momento del *significado retrospectivo* (la creación de la historia como tal, en última instancia).[38] En esta investigación se estudiará cómo han sido construidas las narrativas del soldado raso que participó en la

[38] Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past: Power and Production of History,* 26.

guerra de Corea, en un análisis cronológico desde sus raíces, en el momento que se crean los hechos, hasta el instante que se consolidan como narrativa histórica, cuando adquieren un significado retrospectivo.

Este análisis de la producción de la narrativa permite llevar más allá los planteamientos señalados por Hayden White y retomar los intereses sobre la producción de los textos que aparecen en Chartier. Trouillot afirma que "los acontecimientos son incorporados en un relato mediante la supresión y subordinación de algunos de ellos y el énfasis en otros, la caracterización, la repetición de motivos, la variación del tono y el punto de vista [...] en suma, mediante todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en una novela o una obra".[39] Esta anotación crítica permite reflexionar de manera estructurada sobre los relatos históricos que se producen fuera de la academia: museos, monumentos, la literatura, el teatro e inclusive en la misma memoria de los protagonistas. Este análisis plantea una compleja relación entre los hechos, datos o acontecimientos que se recrean y los actores, no solo que participan o viven el hecho, sino quienes lo narran. Marc Ferro señala como uno de los indicadores de la crisis de la disciplina histórica en la década de 1990, esta distancia entre la historia erudita y las otras formas de historia.[40] Sin embargo, más que un problema,

---

39 Hayden White. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Editorial Paidós, 2003, 113.

40 Marc Ferro. "Las fuentes de la conciencia histórica: ¿Crisis de la historia o de la disciplina?". *Signos Históricos*, Vol. 1, N°. 2 (diciembre 1999): 141.

esta es una oportunidad para recordarle a los historiadores profesionales que la historia no es hecha solamente por ellos. De manera directa e indirecta, otros autores han explorado la historicidad de las narrativas y cómo el pasado afecta las concepciones del presente, y viceversa. Ya Paul Ricoeur había demostrado las similitudes estructurales de los relatos de ficción y la historiografía, a través de la comprensión de su historicidad, es decir, "al hecho fundamental y radical de que elaboramos la historia, de que nos encontramos en ella y de que somos seres históricos".[41]

El problema de la historicidad ha sido abordado desde diferentes miradas por varios autores. David Lowenthal ha analizado la manera en que ha cambiado la concepción del pasado en la sociedad occidental, pasando de ser algo perteneciente a su presente a convertirse en un país extranjero, vendido como algo exótico y alejado del presente de quienes lo interpretan.[42] Una postura alterna es la de Rosensweig y Thelen, quienes argumentan que la historia sí hace parte de la vida de los estadounidenses, y lo hacen a través de métodos etnográficos de estudio desde el presente.[43] François Hartog propuso la concepción de *regímenes de historicidad* para comprender la forma en que se articulan el pasado y el

---

41 Paul Ricoeur. "Para una teoría del discurso narrativo", en *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós, 1999, 84.

42 David Lowenthal. *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambrighe University Press, 1985.

43 Roy Rosenzweig y David Thelen. *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life.* New York: University of Columbia Press, 1998.

presente.[44] Paul Cohen ha explorado cómo ha sido interpretado el mito milenario del rey Goujian por la sociedad china del siglo XX.[45] Ingrid Galster ha tomado la infausta historia del conquistador español Lope de Aguirre para mirar cómo esta ha sido reinterpretada en los últimos cuatro siglos, desde el teatro hasta la literatura y el cine.[46] Estos son algunos ejemplos del interés académico por la producción y recepción de las narrativas históricas y nos llevan a preguntarnos cuál es el papel de la narrativa en la construcción de los soldados rasos de la guerra de Corea dentro de un marco social.

El soldado raso en la guerra de Corea

El método de análisis que se emplea en esta investigación consiste en determinar cuáles son las relatos existentes sobre el soldado raso, cómo se construyeron, qué tipo de historia están contando y cuáles son sus consecuencias. Es una exploración por las diferentes etapas de la producción del relato histórico, con el objetivo de entender el porqué de la forma en que se ha contado esta historia. Trouillot nos invita a considerar las dos caras de la historicidad: la de lo que ocurrió y la de lo que se dice que ocurrió. Así, esta disertación busca mostrar cómo fue reinventada la figura del soldado durante los últimos sesenta años.

---

[44] François Hartog. *Regímenes de historiciad: presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.

[45] Paul Cohen. *Speaking to History: the Story of King Goujian in Twentieth-Century China*. Los Ángeles: University of California Press, 2009.

[46] Ingrid Galster. *Aguirre o la posteridad arbitraria*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario y Editorial Universidad Javeriana, 2011.

La categoría de soldado raso corresponde al grupo de combatientes que ingresan a las Fuerzas Armadas, ya sea por reclutamiento, por servicio militar o como voluntarios. Durante esa época, la mayoría de los reclutas provenían de las áreas rurales del país.[47] Para esta investigación, se siguen los rangos militares usados por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y por el Ejército de los Estados Unidos, a cuyas lógicas se acogió el Ejército de Colombia. Los soldados rasos corresponden a aquellos en los tres primeros escalafones de la jerarquía militar (OR-1 hasta OR-3). De ahí hacia arriba se consideran suboficiales u oficiales, desde los cabos de carrera y sargentos (OR-4 hasta OR-9) hasta los oficiales de alto grado, como tenientes, coroneles y generales (OF-1 hasta OF-9).[48] De Corea regresaron 148 oficiales (3.6%), 786 suboficiales (19.2%), 9 civiles (0.2%) y 3159 soldados (77%).[49] Tres cuartas partes eran combatientes del rango más

---

47 Saúl Rodríguez. "¡Aquí comienza la excelencia!: apuntes sobre conscripción y democracia en la Colombia contemporánea", en César Torres del Río y Saúl Rodríguez (editores). *De milicias reales a militares contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI.* Bogotá: Universidad Javeriana, 2008, 71.

48 Los grados en paréntesis se refieren a la forma de clasificar usada por la ONU y los Estados Unidos, donde 1 es el rango menor y 9 el mayor. El oficial de más alto rango que fue a la guerra de Corea fue el brigadier general Jaime Polanía Puyo, primer comandante del Batallón Colombia, que corresponde al grado OF-7.

49 Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959.* Medellín: La Carreta Editores, 2006, 114. Es una cifra alta, si tenemos en cuenta que para 1957 la cifra de efectivos del Ejército alcanzó los 40 000, en plena dictadura militar, lo que hace suponer que para 1951 era un porcentaje mayor aun el de tropas enviadas con respecto a la cantidad de efectivos totales. Entre los civiles que fueron, por ejemplo, están los capellanes que viajaron

bajo del Ejército, no obstante, como se demostrará más adelante, la voz que prevaleció fue la de los oficiales. ¿Por qué unas voces prevalecen por sobre otras? ¿Qué diferencia hay entre la historia como la cuentan los oficiales y la forma en que es narrada por los soldados rasos? ¿Qué implicaciones historiográficas tiene esta asimetría?

Para resolver estas y otras inquietudes los diferentes relatos se organizaron en cuatro grupos, cada uno en un capítulo diferente. El primer capítulo involucra todos las narrativas que se produjeron durante el desarrollo de la guerra: la forma en que la prensa registraba las batallas y todos los aspectos relacionados con el Batallón Colombia, en los periódicos de *El Tiempo* y *El Espectador* (liberales), *El Siglo* (conservador) y otros sectores más radicales, como el diario *Tribuna Gaitanista*, de Ibagué; discursos políticos de la época, especialmente los de los presidentes de turno: Laureano Gómez (1950-1951) y Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), y algunos otras fuentes, como canciones populares y textos producidos por los mismos militares. Estos son los relatos que se produjeron desde 1951 hasta 1956.

El segundo capítulo recoge las narrativas dominantes en las Fuerzas Armadas: los textos y memorias producidos por los oficiales y suboficiales que participaron en la guerra. El primero corresponde al relato “en caliente”, justo después

---

con el contingente militar. Elsa Blair y Russell Ramsey, citando un estudio de S.H. Steinberg en *The Stateman's Year Book*, de Nueva York, señalan que entre 1948 y 1953 el pie de fuerza del Ejército era de 15 000 efectivos (Elsa Blair. *Las Fuerzas Armadas: una mirada civil.* Bogotá: Cinep, 1993, 67; Russell Ramsey. *Guerrilleros y soldados.* Bogotá: Tercer Mundo, 1981, 179).

de la guerra, en 1956, producido por uno de los comandantes del Batallón Colombia, el entonces teniente coronel Alberto Ruiz Novoa. Luego se analizan los diferentes relatos a lo largo del siglo XX e inicios del siglo XXI, incluyendo los monumentos que erigió el Ejército para conmemorar la guerra. En este relato se incorporan entrevistas orales hechas a los oficiales Álvaro Valencia Tovar, Francisco Caicedo y Raúl Martínez en el año 2012.

El tercer capítulo explora los relatos que se crearon por fuera del establecimiento castrense. Allí entran los análisis sistemáticos de la guerra, producidos principalmente desde la academia durante los últimos sesenta años. Una de las razones por las cuales en esta introducción no se hizo un balance historiográfico de lo que se ha escrito sobre la guerra y la participación colombiana, es porque se considera que la narrativa académica es uno de los tantos relatos de la guerra que se estudiarán. Por ello, se examinarán a profundidad en este capítulo. No se considera como dominante sobre los demás. Adicionalmente, también se estudiarán otro tipo de narrativas históricas, como la literatura, en *Mambrú*, de R. H. Moreno-Durán, y el teatro, en la obra *Guadalupe años sin cuenta*, bajo la dirección de Santiago García.

El cuarto capítulo se sumerge en los relatos producidos por los mismos soldados rasos durante y después de la guerra. Este se divide en dos partes: la primera parte analiza sus publicaciones desde finales de la década de 1950 hasta la última producción, el libro del soldado Fabio Botero escrito para un concurso de cuento en el 2001. La segunda parte

recurre al estudio los testimonios directos de los excombatientes a través de la historia oral.

La recolección de las diferentes fuentes orales para esta investigación tuvo un origen inesperado. Como parte de la preproducción de un documental para un canal de cable internacional, comencé a buscar las historias de los veteranos, a fin de encontrar protagonistas para el proyecto audiovisual. A medida que conocía y recolectaba diferentes testimonios, se hacía más evidente una tensión histórica entre los diferentes protagonistas, puesto que cada uno vivía el pasado de una forma diferente. El documental no se llegó a producir, pero continué recopilando las historias por medio de entrevistas y visitas a las asociaciones y casas de los veteranos de diferentes rangos, para escuchar sus relatos. Se realizaron doce entrevistas a profundidad con soldados rasos y oficiales, las cuales fueron transcritas y tabuladas para entender cuáles eran los apartes claves del discurso. De igual forma, la investigación se nutrió de charlas y conversaciones informales con los diferentes miembros de las asociaciones de veteranos, que permitieron entender mejor el problema histórico sobre el cual esta investigación busca indagar.

Para comprender de manera más profunda la forma en que los individuos construyen y modifican un relato, tanto los oficiales como los soldados rasos, esta investigación siguió el camino analítico propuesto Alistair Thomson en su obra *Anzac Memories: Living with The Legend* (1994): la *composición*.[50] La *composición* es la forma en que modi-

---

[50] Viene de *composure*, en inglés. La traducción se liga más a la adaptación que hace Alistair Thomson de este término, que lo deriva del verbo *to compose*.

ficamos nuestras memorias para dar sentido al pasado y al presente. *Componemos* o construimos memorias usando el lenguaje público y los significados de nuestra cultura. Esto se hace para sentirnos más cómodos con nuestra vida; rehacemos o reprimimos nuestros recuerdos de experiencias que son dolorosas o no seguras, porque ellos no concuerdan fácilmente con nuestra identidad del presente, o por las inherentes tensiones o traumas que aún no se han resuelto. Buscamos esta *composición* entre pasado, presente y futuro. Los recuerdos dolorosos o traumáticos suelen coincidir con normas públicas y versiones del pasado aceptadas, entonces estos de adaptan. Así, componemos nuestros recuerdos para adecuarlos a lo públicamente correcto, y en caso de ser excluidos del público en general, buscamos públicos particulares que afirmen nuestra identidad.[51] Esto será evidente en esta investigación, puesto que las memorias de los militares se han configurado de diferente manera durante los últimos sesenta años, desde héroes hasta víctimas.

Esta investigación busca mostrar que el relato sobre el soldado raso se ha transformado según el narrador y su tiempo. El relato escogido para esta obra presenta la siguiente

---

La siguiente teoría aquí desarrollada es tomada de Alistair Thomson. "Anzac Memories: Putting Popular Memory Theory into Practice in Australia", en *The Oral History Reader*. Londres: Routledge, 2006, 244-254. El autor toma estas concepciones a partir de las teorías desarrolladas por el Grupo de Memoria Popular del Centro de Estudios Contemporáneos de Birmingham, que a principios de los ochenta hizo una evaluación de los diferentes proyectos de historia oral.

[51] Alistair Thomson. "Anzac Memories: Putting Popular Memory Theory into Practice in Australia", 244-254.

estructura narrativa: *nacimiento*: cuando se comenzó a construir un relato de expectativa sobre la participación en medio de la polarización política, que culminaría con una visión negativa desde ciertos sectores por la implicación de soldados del Batallón Colombia en una masacre estudiantil. *Auge*: cuando los militares usaron la figura del soldado para construir un prototipo ideal de militar, siguiendo una visión cristiana y con unos valores tradicionales como el "heroísmo" o "sacrificio", que a su vez significó una invisibilización de la mayoría de actores, especialmente los conflictivos. Los oficiales son los que desempeñan el papel de protagonistas de la guerra. *Caída*: fuera de la institución militar, se construyó una narrativa crítica hacia la participación y, por extensión, hacia el papel del soldado en dos dimensiones: una que silencia al soldado raso y lo acopla como un elemento más del aparato militar y otra que lo victimiza. Tienen en común que ambas ven al soldado como un sujeto sin *agencia* que, o bien es absorbido por la estructura militar, o como alguien producto de una política bipartidista, expresado mediante la metáfora de *soldado* = "carne de cañón".[52]

---

[52] La palabra *agencia* se usa como una traducción del término anglosajón de las ciencias sociales *agency*. Este se refiere a la capacidad de los individuos de actuar independientes o de tomar decisiones libres, como contraposición al término *estructura* (cfr. Chris Baker. *Cultural Studies: Theory and Practice*. Londres: Sage, 2005, 448). Esta investigación busca aportar a este debate en el sentido en que Miguel Ángel Cabrera entiende *la nueva historia social*, que busca ir más allá de las discusiones entre objetivismo y subjetivismo: "La práctica social ha dejado de ser explicada en términos tanto de acción humana como de determinación social [...] Tanto los significados como las correspondientes formas de conciencia y de identidad no son expresiones subjetivas de la posición social sino efectos de su construcción significativa, entonces las acciones que los individuos emprenden

Finalmente, un *renacimiento*: los soldados rasos se separan de la visión idealista de los oficiales y se muestran como sujetos activos (inclusive con una voz de mando sobre algunos superiores) dentro del esquema castrense. Se ven como quienes lograron las conquistas importantes y acusan a los oficiales de autoproclamarse como los únicos vencedores de la guerra. Esta visión reivindicatoria se haría más fuerte en la medida en que comenzó una lucha política y legal por reclamar una pensión por su participación, especialmente desde la década de 1990. Estos procesos se dan en forma paralela, según el narrador.

A través de estas diferentes voces, se puede reconstruir un panorama amplio de las diferentes narrativas históricas que han relatado la historia de los soldados colombianos que participaron en la guerra de Corea a mediados del siglo XX. Esta investigación busca generar aportes en el campo de la producción histórica, así como de la historicidad y la forma en que la historia es apropiada por la sociedad. De igual manera, por los métodos empleados, busca generar conocimiento en cuanto al estudio de los subalternos, especialmente de los soldados rasos, quienes casi siempre han sido invisibilizados en la historia. Como punto final, es necesario aclarar que este trabajo no busca reivindicar el papel del soldado como una víctima de las narraciones históricas dominantes, sino que pretende analizar de manera crítica cómo se construyen

---

en función de ellos no están determinadas por la posición social misma, sino que dependen de la forma en que ésta ha sido discursivamente conceptualizada" (Miguel Ángel Cabrera. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad.* Madrid: Cátedra, 2001, 62).

estos relatos. Inclusive, las mismas narraciones de los soldados serán indagadas con rigurosidad para entender el porqué de los elementos que predominan en ellas, sin dejarse llevar por el simple sentimiento de reivindicación del subalterno. Esta investigación busca mostrar cómo los soldados rasos pasaron de ser *objetos* —marginales— de la historia y se convirtieron en *sujetos* de ella, con una visión protagónica, inimaginable para los esquemas jerárquicos tradicionales del Ejército Nacional.

Capítulo I
Nacimiento
El soldado en la guerra de Corea

El soldado colombiano de la guerra de Corea ha sido reconstruido de diferentes maneras. El primer escenario donde se comenzó a generar una representación de esta figura fue durante el mismo desarrollo de la guerra. En esta primera parte exploraremos cómo fue construyéndose desde 1951, cuando se hace el anuncio de la participación de Colombia en el conflicto asiático, hasta 1956, cuando regresó el último contingente militar. Se explorará, primero, cómo era el Ejército al que se inscribían los soldados durante esa época y qué papel tuvieron ellos allí y, segundo, cuáles fueron las representaciones que se construyeron desde diversos sectores para referirse a los soldados.

Antes de profundizar en la reconstrucción del soldado de la guerra de Corea, es importante conocer el escenario histórico donde sucedieron los hechos.[1]

---

[1] La siguiente reconstrucción de los principales hechos políticos y militares de la Guerra de Corea es una síntesis que se basa en: Álvaro Valencia Tovar y Jairo Sandoval. *Colombia en la guerra de Corea.* Bogotá: Planeta, 2001; Álvaro Valencia Tovar y Gabriel Puyana García. *En Corea por la libertad y la gloria: participación colombiana en la guerra, 1951-1953.* Bogotá: Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, 2003; Bárbara Skladowska. *Los nombres de la*

La guerra olvidada

La guerra de Corea puede considerarse como uno de los momentos de mayor incertidumbre durante la Guerra Fría, puesto que estuvo a punto de convertirse en una conflagración nuclear entre Oriente y Occidente. Este conflicto fue más allá de una simple guerra civil entre dos visiones ideológicas de un territorio en disputa, fue el producto de una lucha geoestratégica entre las potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial: los Estados Unidos y la Unión Soviética.

Los orígenes de este conflicto pueden rastrearse hasta el siglo XIX, cuando el Imperio del Japón conquistó este territorio a los chinos. Luego de su ascenso al poder en 1949, Mao Tse Tung buscó la forma de recuperar los territorios perdidos, entre ellos la región de Corea. Mientras tanto, al otro lado del orbe, Winston Churchill, Joseph Stalin y Franklin Roosevelt negociaban cómo sería la nueva administración del mundo después de la Segunda Guerra Mundial.

El mariscal soviético se comprometió en Yalta, el 11 de febrero de 1945, a entrar en guerra contra Japón luego de la derrota alemana y al cese de hostilidades en Europa. Tras la victoria aliada sobre los nazis, estaba casi asegurada la derrota de Japón a manos de general Douglas MacArthur, comandante supremo del Pacífico. Luego de la guerra, se estableció que la península de Corea recobraría su independencia y que a Japón se le impondría una rendición incondicional, al igual que se hizo con Italia y Alemania. El 2 de septiembre,

---

Patria en la Guerra de Corea, 1951-1953: el ocaso de un mito. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2007.

en Potsdam, Alemania, se determinó que el paralelo 38º sería la línea de división para la rendición de las fuerzas niponas en Corea, al norte tomado por los soviéticos y al sur por los estadounidenses.

En septiembre las tropas estadounidenses entraron a la península de Corea, donde encontraron un escenario político tenso, con disputas entre nacionalistas y separatistas. Así, repatriaron a su ficha política, Syngman Rhee, un anticomunista consagrado. En medio de la disputa, Kim Il-Sung, líder del Partido Comunista coreano y quien había luchado junto a Mao, proclamó la independencia norcoreana. La guerra civil se tomó la península y tuvo un costo de más de 30 000 vidas en las disputas autoritarias de Rhee y la lucha de guerrillas comunistas.

La geoestrategia de Estados Unidos cambió con la llegada de Dean Acheson a la Secretaría de Estado en 1949: trazó una nueva línea defensiva para los intereses estadounidenses en el Pacífico, una que no incluía a la península de Corea. Así, en 1949 salieron las tropas americanas, dejando apenas algunos asesores para el débil ejército de Syngman Rhee. A finales de ese año y comienzos de 1950, las fuerzas comunistas de Mao se movilizaron a la región de Manchuria, al norte de Corea. En toda la península se registraron acciones violentas, atribuidas a las guerrillas comunistas. No se sabe quién dio el primer golpe, aunque el consenso de la literatura occidental dice que fue Corea del Norte la que invadió arbitrariamente a Corea del Sur. El 25 de junio de 1950 comenzó la ofensiva norcoreana sobre el paralelo 38º, con una fuerza de ataque de más de 400 000 hombres, contando entre sus filas con cerca

de 40 000 veteranos curtidos de las luchas revolucionarias en China.

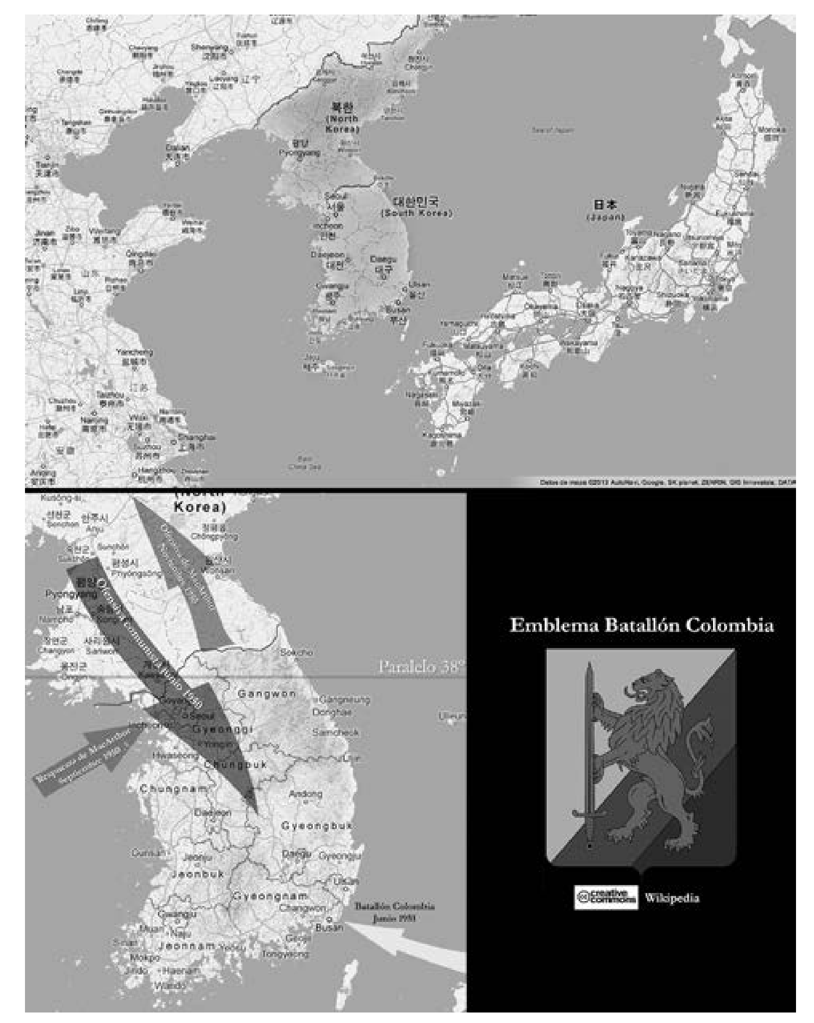


Figura 1. Mapa del teatro de operaciones:

Fuente: tomado de Google Maps. Los gráficos fueron elaborados por el autor.

La ofensiva fue rápida. Las principales ciudades surcoreanas comenzaron a caer ante el embate. El eje del ataque pasaba por Seúl-Suwon-Taejon-Taegu-Pusán. Ciudad tras ciudad fue conquistada, obligando al gobierno a retirarse a Pusán, último bastión donde resistió la arremetida norcoreana, al suroriente de la península.

El comandante supremo del Pacífico, el general Douglas MacArthur, tomó parte en la contienda. Desde las costas de Seúl diseñó una operación anfibia sobre el flanco del enemigo que progresaba hacia el sur. En esa operación arriesgada, por las adversidades del terreno, MacArthur logró romper el avance norcoreano y recuperar posiciones estratégicas, incluida Seúl. Las fuerzas comunistas se replegaron más allá del paralelo 38º. La obstinación del general lo hizo ir hasta las proximidades de Manchuria, donde un grueso contingente del ejército chino lo esperaba. Una serie de errores tácticos lo llevaron a la derrota y a retirar sus fuerzas de manera desesperada para evitar la aniquilación. Las tropas estadounidenses regresaron a las inmediaciones del paralelo 38º y la lucha se convirtió en una disputa fronteriza de control territorial, una guerra de trincheras a lo largo de la frontera imaginaria. MacArthur tuvo fuertes diferencias con Harry Truman: el 24 de marzo de 1950 retó la autoridad del presidente, lo que llevaría a un enfrentamiento político en el mismo corazón de Washington sobre qué se debía hacerse con el afamado general. Finalmente, MacArthur fue relevado por Matthew Ridgway (1950-1951).[2]

---

[2] Dennis D. Wainstock. *Truman, MacArthur and the Korean War*. Nueva

En este punto, en 1950, la ONU solicitó ayuda a todos sus aliados para intervenir en la situación. El gobierno de Colombia contestaría este llamado. Inicialmente, ofreció una fragata; luego, el 14 de noviembre, un batallón de infantería.[3]



Tres mil Aviones Soviéticos en la China. Un Millón de Chinos Concentrados. Europa Caerá si cae Asia: Mac Arthur

Tensión de Guerra en Washington

Estados Unidos estarían a las puertas de la tercera conflagración

Truman Acentúa la Inminencia de la Tercera Guerra

Agrega que otros momentos han sido tan graves como los actuales

Mac Arthur Acusa a los Políticos de Impedir la Victoria en Corea

Mac Arthur Partidario del uso de las Tropas de Chiang

MAC ARTHUR

El Siglo, 6 de abril de 1951

York: Greenwood Press, 2011, 116-125. En 1951 James Van Fleet asumió las funciones de Matthew Ridgway.

[3] *El Espectador*, 16 de septiembre de 1950; cfr. Bárbara Skladowska. *Los nombres de la Patria en la Guerra de Corea*, 52. Debido a las dificultades económicas de Colombia durante esa época, no podía financiar por sus propios medios el envío de la tropa, como lo establecía el documento de la ONU. Tras debates entre el Departamento del Tesoro y políticos estadounidenses, se decidió aceptar la ayuda y "financiar" el proyecto, que sería una especie de préstamo que después sería condonado en parte.

Colombia en la guerra de Corea

Las relaciones militares entre Estados Unidos y Colombia habían sido ambiguas, pero amables y cooperativas durante los últimos años. Desde que el presidente Eduardo Santos (1938-1942) decidió ceder bases militares para su uso por parte de tropas estadounidenses, había un clima de colaboración por parte de los gobiernos, que incluía asesorías y dotación de equipos.[4] Cuando la guerra estalló, el presidente saliente Mariano Ospina Pérez mostró el entero respaldo a las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU y a la política internacional de Estados Unidos.[5] Sin embargo, dejó en manos del presidente electo, Laureano Gómez, la decisión sobre la participación de Colombia en el conflicto.[6] El ambiente político y social durante aquel periodo era tenso. El asesinato del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán había generado una ola de violencia irremediable.

Colombia fue el único país de la región que hizo este ofrecimiento. Los demás se mostraron favorables a la posición de la ONU, pero no consideraron enviar tropas. Las relaciones entre Latinoamérica y Estados Unidos no eran las mejores luego de la Segunda Guerra Mundial, ya que los latinoamericanos se habían sentido maltratados en diferentes

---

4 Adolfo Atehortúa y Humberto Vélez. *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1994, 146.

5 *El Siglo,* 29 de agosto de 1950.

6 Bradley Lynn Coleman. *The Colombian-American Alliance: Colombia's Contribution to U.S. -Led Multilateral Military Efforts, 1938-1953*. Ann Arbor: UMI, 2001, 138-139. Ospina culpó a Moscú por la invasión a Corea del Sur y temió que el conflicto produjera una tercera guerra mundial.

encuentros, foros y cumbres por la indiferencia de los norteamericanos con el resto del continente. Muchos reclamaban un Plan Marshall para Latinoamérica: una ayuda económica para ayudar a desarrollar la región. Sin embargo, la política de Estados Unidos se centró en los países europeos.[7]

En medio de la censura oficial de la época a diarios y publicaciones periódicas, además del Congreso cerrado, muchos sectores políticos, especialmente liberales, se sintieron incómodos por la idea de enviar tropas a Corea. Sin embargo, se mostraban de acuerdo con los argumentos de libertad y autodeterminación de los pueblos que se esgrimían desde las Naciones Unidas.[8] Así, por medio del Decreto 3927 del 26 de diciembre de 1950 se creó oficialmente el Batallón Colombia.[9]

Los hechos de abril de 1948 marcaron una ruptura para las Fuerzas Armadas, que se fueron constituyendo como un actor político con una mayor incidencia en las decisiones estatales. La creciente violencia extendida en todo el país hizo que los militares comenzaran a ocupar puestos dentro del Consejo de Ministros y otros órganos del Estado, que anteriormente habían sido ocupados por civiles.[10] ¿Cómo era esta institución que albergaría a los soldados que irían a combatir a Corea?

---

7 Bradley Lynn Coleman. *The Colombain-American Alliance*, 50-142. Después de 1950, el anticomunismo emergió como el tema central de la solidaridad hemisférica.

8 *El Tiempo*, 22 de agosto de 1950.

9 *El Tiempo*, 30 de diciembre de 1950.

10 Eduardo Pizarro Leongómez. "La profesionalización militar en Colombia (II): El periodo de la violencia". *Análisis Político*, Nº. 2 (sep./dic. 1987): 8.

A diferencia de la Policía, el Ejército tenía una imagen favorable desde diferentes sectores de opinión. Por ejemplo, en 1948, Gaitán decía: "El triunfo del Ejército en su ardua labor de concordia, paz y de progreso debe ser considerado por el pueblo como su propio triunfo. Su fracaso sería la pérdida de la mejor esperanza de rectitud que tenemos".[11] Luego del asesinato de Gaitán, hubo un aumento de la violencia oficial, pero las Fuerzas Armadas fueron vistas como las que garantizaron el orden constitucional durante el Bogotazo.[12] Durante la posterior violencia, el retiro de la candidatura del liberal Darío Echandía y la elección en medio de la turbulencia de Laureano Gómez como presidente en 1949, los liberales pedían a las Fuerzas Armadas su intervención: "El pueblo pide al Ejército Nacional que esté a la altura de su deber histórico; que devuelva a la República la paz y la justicia".[13]

Eduardo Franco Isaza, líder de las guerrillas liberales del Llano, se refería en buenos términos a los militares, a comienzos de los años cincuenta. En sus memorias señala cómo las guerrillas luchaban contra la Policía, mientras que el Ejército servía a veces como mediador. En una descripción de la preparación de un ataque a un cuartel en Sevilla, Isaza dice: "Este era el último puesto de policía sobre el Llano. Lo

[11] *El Espectador*, 21 de enero de 1948.

[12] Adolfo Atehortúa y Humberto Vélez. *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia,* 173.

[13] Jornada, 4 de noviembre de 1949. Citado por Adolfo Atehortúa y Humberto Vélez. *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia,* 182.

demás es ejército, distribuido discretamente como un cordón sanitario a lo largo de toda la cordillera. Contra el ejército no había odio. Al contrario, se abrigaban muchas esperanzas".[14] Otro ejemplo es el diario radical tolimense *Tribuna Gaitanista*, que a pesar de ser muy crítico del gobierno y la oligarquía, se mostraba favorable hacia el Ejército. En 1950 escribía: "La nación no ha perdido su confianza en el Ejército, porque lo han visto funcionar como siempre anhelaron [...] tan impermeable como humanamente posible a las altas presiones del partidismo [...] Se puede afirmar que es sin exageración uno de los pocos vínculos genuinos que entre el pueblo y el Estado subsisten está en los cuarteles".[15]

Posteriores analistas han debatido sobre el grado de politización del Ejército durante el periodo posterior al 9 de abril de 1948. Para Leal Buitrago, el partidismo permanecía de manera subyacente al comportamiento de los militares, en un escenario dominado por la disciplina y las lógicas prusianas

---

[14] Eduardo Franco Isaza. *Las guerrillas del llano: testimonio de una lucha de cuatro años por la libertad.* Caracas: Editorial Universo, 1955, 43.

[15] *Tribuna Gaitanista*, 2 de junio de 1950. Este diario, publicado bajo censura oficial, llama la atención por una cosa. A diferencia, por ejemplo, de los periódicos de Bogotá, como *El Siglo, El Tiempo* y *El Espectador*, publicaba las noticias sobre lo que sucedía en el la guerra de Corea desde la perspectiva de los invasores chinos. En incisivos editoriales (20 de febrero y 21 de abril de 1951) critica la irrupción de las tropas estadounidenses en Corea. La censura es un filtro de los contenidos de la prensa por delegados del gobierno. El 10 de noviembre de 1949 Mariano Ospina decretó un estado de sitio, junto con una censura a la prensa y a la radiodifusión. El Decreto 3521 estableció que los ministerios de Guerra y de Gobierno eran quienes se encargaban de ese control. Esta primera etapa de censura en los años cincuenta duró hasta el 18 de abril de 1952 (Cfr. *El Tiempo*, "Tiempos de censura 1949", 21 de junio del 2010 [consultado el 18 de marzo de 2013, en http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-7766203]).

de formación del Ejército. Parcialmente, el Ejército se convirtió en un dispositivo partidista en contra de las guerrillas liberales.[16] Pizarro considera que sí existía un componente político, aunque señala que el hecho de que los militares hubieran renunciado al poder después del levantamiento popular es una muestra del profesionalismo y la "politización autónoma" (concepto que Pizarro toma de Francisco Leal Buitrago) de esta institución.[17] No obstante, el ingreso de militares a cargos políticos sería un factor crucial para la nueva dimensión que el Ejército adquirió en esa época, especialmente con el caso del general Rafael Sánchez Anaya, ministro de guerra de Ospina Pérez. En Colombia existía una tradición civilista. Por ejemplo, en el Ministerio de Guerra, desde 1915, con el poeta Guillermo Valencia Castillo, hasta Sánchez Anaya, en 1949, la mayoría de funcionarios en esta dependencia fueron civiles, con algunas excepciones (de 38 ministros, 28 fueron civiles).

Adolfo Atehortúa y Humberto Vélez son más enfáticos en señalar la politización existente en el Ejército y dan como ejemplo la adopción de la estrategia contrainsurgente y el rechazo al ingreso de jóvenes de actitudes liberales a las escuelas de formación militar. La radicalización de la lucha contra las guerrillas después del segundo semestre de 1951 marcaría un cambio de actitud en la forma en que era visto el

---

16 Francisco Leal Buitrago. "Los militares en el desarrollo del Estado 1907-1969", en *Estado y Política en Colombia.* Bogotá: Cerec, 1984, 182, 195.

17 Eduardo Pizarro Leongómez. "La profesionalización militar en Colombia (II): el periodo de la violencia", 19.

Ejército, que se involucró de lleno en la guerra interna, por lo que su imagen comenzó a verse opacada.[18] Gonzalo Sánchez señala que la política de orden público entre 1950 y 1953 fue una combinación de terror oficial y sectarismo partidista.[19]

Este punto de inflexión es importante, ya que coincidiría con la conformación del Batallón Colombia. El Ejército como actor político iba cobrando relevancia, y al mismo tiempo los gobernantes conservadores trataban de controlar la situación del país, tanto Mariano Ospina Pérez como Laureano Gómez. En 1950, las Fuerzas Armadas de Colombia alcanzaron los 49 400 efectivos, distribuidos así: Policía Nacional, 25 000; Fuerzas ilegitimas o paralelas, 5000; Ejército, 15 000; Marina, 3200; y Fuerza Aérea, 1200.[20] Ya para 1957, los efectivos del Ejército llegaron a 42 673, lo que muestra que se triplicó el pie de fuerza en este periodo, marcado por la Violencia.[21]

Al Batallón Colombia pertenecieron, entre 1951 y 1954, aproximadamente 4102 hombres, distribuidos en cuatro batallones en constante rotación: el primer contingente contó

---

[18] Adolfo Atehortúa y Humberto Vélez. *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia,* 163-195.

[19] Gonzalo Sánchez. "Violencia, guerrillas y estructuras agrarias". *Nueva Historia de Colombia*, Vol. II. Bogotá: Editorial Planeta, 1989, 140. Esta síntesis es tomada de Leal Buitrago, Francisco. *Estado y política en Colombia*, 193.

[20] Russell Ramsey. *Guerrilleros y soldados.* Bogotá: Tercer Mundo, 1981, 179. No comparto la visión de incluir dentro de las Fuerzas Armadas la categoría de "fuerzas ilegítimas" que incorpora el autor, pero de igual manera la introduzco como referencia.

[21] Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano*, 126.

con 1018 miembros.[22] Esto muestra que la movilización militar de tropas a Corea fue bastante significativa, ya que pese a la compleja situación de orden público en el país, viajó un alto porcentaje de soldados.

¿Cómo ingresaron esos primeros soldados a hacer parte del Batallón? El primer documento de conformación de las tropas que irían a Corea fue el Decreto 3927 de 1950, expedido por el presidente Laureano Gómez en diciembre de ese año. Allí establece la estructura organizacional que debía regir al cuerpo militar emergente: un comando y una campaña de comando (encargados de las decisiones militares, donde están los principales oficiales), tres compañías de fusileros, una compañía de armas pesadas, una compañía de reemplazos y una sección de sanidad. Este decreto muestra las diferentes funciones que se le asignarían a los soldados: rancheros y sirvientes del rancho (encargados de la alimentación), corneta, choferes, mensajeros, ordenanzas, tendedores y reparadores de líneas, operadores de radioteléfono y conmutadores, zapadores (constructores), amunicionadores, exploradores y observadores, apuntadores de morteros, lanzacohetes, ametralladoras y de cañones de 57 y 75 milímetros, fusileros, mecánicos, enfermeros y camilleros. El sueldo que ganarían estos soldados sería de 39 dólares mensuales,

[22] Alberto Ruiz Novoa. *El Batallón Colombia en Korea: 1951-1954*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones, 1956. El Batallón funcionaba con un sistema de relevos, donde no iban de inmediato los 4102 efectivos, sino que periódicamente regresaba personal de Corea y era remplazado por soldados colombianos.

sin distinción de función, la cual podía ser asignada o a veces escogida por los soldados.[23]



Ejercicios del Batallón Colombia

Dos aspectos de los ejercicios efectuados por los soldados del Batallón Colombia en los alrededores de Suba. Arriba, un grupo de zapadores colocando una mina; abajo, entrenamientos con fusiles ametralladoras bajo la dirección de oficiales norteamericanos.—(SIGLO Foto).

El Siglo, 16 de abril de 1951

---

[23] *El Tiempo*, 15 de octubre de 1951. La desproporción de sueldos es particular. El comandante del Batallón, el coronel Jaime Polanía, ganaba 975 dólares al mes, 21.75 más que el sueldo del general James Van Fleet, comandante del Octavo Ejército de los Estados Unidos y principal cabeza de mando militar de

De algunas entrevistas con soldados veteranos, que se analizarán con más profundidad en el capítulo IV, podemos extraer que gran parte del reclutamiento fue voluntario y obedeció a diversas razones, tales como la situación económica personal, el anhelo de ingresar al ejército o inclusive el deseo de aventura. Gabriel Puyana García, un oficial, relata en sus memorias que durante los días de entrenamiento algunos soldados se ausentaban mucho, actos que consideraba de indisciplina, por lo que el teniente coronel Polanía Puyo, comandante del Batallón, hizo un llamado a las tropas para verificar quiénes querían seguir siendo parte del cuerpo militar. Según Puyana, la tercera parte de los soldados y suboficiales dieron un paso al frente y no siguieron.[24] También sucedió el caso contrario: durante el camino desde Buenaventura hacia Bogotá, se sumaron varios civiles al viaje, de improviso, sin ningún entrenamiento. Dado que la unidad militar no estaba completa, fueron incluidos sin especulación.[25]

Los soldados rasos que viajaron fueron una conglomeración de hombres de diferentes regiones del país, algunos recién ingresados al Ejército. Atehortúa inclusive dice que

---

todo el Ejército de las Naciones Unidas. Todos los oficiales colombianos ganaban mejor que los estadounidenses. No obstante, el soldado raso estadounidense ganaba 75 dólares, mejor paga que la del colombiano. En diciembre de 1954 un dólar costaba, en promedio, cerca de tres pesos colombianos (cfr. Gabriel García Márquez. *Entre cachacos: obra periodística 2*, 1954-1955. Barcelona: Mondadori, 1982, 316).

[24] Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!: crónicas y reminiscencias de la Guerra de Corea.* Bogotá: Banco de la República, 1993, 61-62.

[25] Francisco Caicedo, entrevista, febrero del 2012.

hubo prófugos de la justicia dentro de este grupo, aunque no presenta ninguna fuente que sustente esta afirmación.[26] Este primer grupo heterogéneo de 800 hombres partió hacia Corea. De ellos, 32 no regresarían a Colombia: 29 muertos en acción y 3 en accidentes. Al finalizar la guerra, en total, murieron 119 soldados rasos.[27]

Mientras esto sucedía en Asia, ¿qué sucedía en Colombia? ¿Cómo se estaba reconstruyendo al soldado y su papel por la opinión pública? En la imagen anterior vemos algunos elementos de esa representación durante aquel periodo. Los soldados aparecen en el entrenamiento como si tomaran parte de acciones bélicas, plantando minas (superior) y recibiendo la instrucción del uso de fusiles.

No obstante, según relatan algunos entrevistados, no contaban con armas adecuadas de instrucción y muchas veces eran palos de madera. Esto es una muestra de la imagen que se quería proyectar de un ejército aguerrido, a través de la prensa, pese a que las condiciones de entrenamiento no eran adecuadas. Muchos llegaron a disparar por primera vez ya en Corea, en los campos de entrenamiento de Pusán, donde se encontraba la principal base de la ONU, al sur de la península.

Algunos medios locales registraban la tensión de la situación en Corea y sus implicaciones a escala global. Se podría pensar que existía una paranoia sobre el resultado

[26] Adolfo Atehortúa y Humberto Vélez Ramírez. *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*, 194.

[27] Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano*, 113-114.

de la guerra, por los titulares de los periódicos. En 1951, algunos diarios veían la situación como una antesala de una tercera guerra mundial. *El Siglo*, dirigido por Álvaro Gómez Hurtado y fundado por Laureano Gómez, recogía de manera constante los cables de noticias que llegaban sobre la guerra, al punto de mostrar que estaba cercano un conflicto a gran escala.

En otro artículo de este diario, un día antes, vemos la manera en que el presidente Laureano Gómez representa al "buen militar", con unos valores particulares: "lealtad, valor y honor".[28] Si bien en estas palabras se hacía referencia a un alto oficial, hacen parte del lenguaje de los dirigentes políticos y las élites que tendían a usar un lenguaje extensivo, es decir, aplicar unas características únicas a toda la institución militar. Los valores en los que se inscribe el soldado raso corresponden a los de la totalidad de las Fuerzas Armadas, en una función metafórica donde palabras como "valor" reemplazan el significado de "militar". Esta estructura prefigurativa será una constante en el lenguaje castrense.

Es posible encontrar algunas voces de los soldados que se expresan en los diarios capitalinos. Por ejemplo, *El Siglo* entrevistó al teniente Marco J. Blanco Córdoba, al cabo segundo Alberto Artunduaga y al soldado raso Eduardo Aguilera.

---

[28] *El Siglo,* 5 de abril de 1951. Estas fueron las palabras pronunciadas por el presidente en el acto de imposición de soles al famoso general Rémulo Gaitán.



A Tres que van a Corea no los Llorará la Novia

El Siglo, 14 de abril de 1951

El encabezado de la nota indica que todos se sienten felices y su mayor ambición es traer gloria a la patria, al igual que hacerla reconocer internacionalmente. Todos hablan de la nostalgia de dejar la patria y la familia. Esto contestó el soldado Aguilera:

> Eduardo Aguilera es un soldado raso. Está en la compañía de transportes. Nació en Barranquilla hace veinte años. Manifestó que sus padres están en la costa y que son muy jóvenes y agregó: "Claro que mi mamá se va a quedar muy triste, porque yo soy el único hijo. Pero ella es una

> mujer de mucho arranque. En cuanto a mi papá, pues los hombres son más resignados. Además yo espero volver pronto. No me gustan las japonesas, pero tampoco me desagradan; las conozco muy bien porque las he visto en las películas. Me voy a Corea por las ganas de pelear y por poderme contar entre quienes van a representar a Colombia ante las Naciones Unidas. Todo esto lo respaldo y deseo que mi mamá, Carmen Jiménez de Aguilera, lea lo que yo estoy diciendo". Aguilera tampoco deja novia.[29]

Las preguntas se centraron en la vida afectiva de los militares. El teniente Blanco había contestado que iba a Corea porque era un aventurero y que se traería diez coreanas, un harem. El cabo quería conseguir una colombiana a su regreso. Ambos coincidieron en que seguirían en el Ejército. Aguilera no contestó si seguiría, pero posiblemente no estaba en sus planes seguir allí, puesto que los soldados sabían que una vez acabada la guerra sería difícil continuar en las Fuerzas Armadas. Un par de días después, este diario repitió el ejercicio con tres militares diferentes: el capitán Víctor Hernández, el teniente Miguel Contreras y el soldado Mario Muñoz Cubillos. De la nota se infiere que la entrevista fue hecha en grupo y bajo presión de los militares.

---

[29] *El Siglo,* 14 de abril de 1951.

Esto dijo el soldado:



Teniente Contreres, Capitán Hernández, Soldado Muñoz C.

El Siglo, 16 de abril de 1951

> Me llamo Mario Muñoz Cubillos. Tengo 20 años y nací en Anolaima. Estoy soltero, con novia. Me parece que las japonesas no deben ser buenas esposas. Por eso, no me casaré allá. Voy a la guerra por conocer y combatir. Antes de entrar en el ejército yo estaba de chofer donde un doctor y me encariñé con la mecánica. Por eso cuando vuelva, deseo trabajar en un taller.[30]

Al final de la entrevista, el soldado le indica al periodista que agregue una respuesta, que se ve forzada: "Un momento", transcribe el periodista al final de la nota. "Diga además que me va a hacer mucha falta la amistad, la familia y el ambiente". Esto muestra una preocupación desde el lenguaje de los militares por una imagen ideal de lo que es el soldado, un

[30] *El Siglo,* 16 de abril de 1951.

prototipo de hombre que tiene ciertos valores como la familia y la amistad, sobre sus intereses particulares. Posiblemente, la entrevista estaba siendo vigilada por algún superior. Los otros dos oficiales contestaron que seguirían en el Ejército al regresar, lo que indica una clara diferenciación en las aspiraciones de los soldados y los oficiales, que escapa a las categorías generalizadoras con las que se refieren los discursos de la época, así como los posteriores, tanto desde la academia como desde otros sectores, al momento de representarlos.

Estos artículos son los únicos donde se puede ver una diferenciación de rango en los combatientes. Las fotos que acompañan a estas notas también muestran al lector las diferencias que existen dentro del Ejército en los vestuarios. No obstante, son la excepción. Los artículos sobre la guerra muestran una visión totalizante del Ejército, donde el soldado entra en el juego de representaciones expuesto en los discursos anteriormente mencionados, donde existe cierta idealización por parte de los políticos.

Sin embargo, no se puede pensar que el pensamiento de los militares fuese homogéneo. Los oficiales sabían que la participación en la guerra estaba relacionada con su carrera militar, mientras que para el soldado el futuro era incierto. Se podría decir, incluso, que de antemano algunos soldados sabían que sería muy difícil seguir en el Ejército, puesto que el reclutamiento voluntario o el servicio militar prestado era un vínculo temporal, mientras duraba la guerra, como han indicado en entrevistas posteriores.[31] No es el caso de los

[31] Según las entrevistas orales a soldados rasos, una vez finalizada la guerra recibieron un último pago por sus servicios y fueron licenciados.

oficiales, que sí mencionaron en estas entrevistas sus aspiraciones de continuar la carrera militar.

El sábado 12 de mayo de 1951, el presidente Laureano Gómez se dirigió a las tropas que se disponían a partir hacia Corea, apostadas en la Plaza de Bolívar. En el acto de entrega de la bandera a Gabriel Puyana García, el presidente de la República se dirigió al millar de hombres formados en el centro de Bogotá. Sus palabras, más que una arenga, fueron una defensa de un modelo de civilización, cristiano y heredero de la cultura española, como se puede ver en las alusiones a los fundadores míticos de Bogotá, en la evocación de los guerreros y las armas provenientes de Europa y los valores del cristianismo. Sin distinción de rango, y llamando "soldados" a todo el personal, los define como descendientes de héroes, en un nuevo ejercicio metafórico.[32] Barbara Skladowska señala que en este discurso no se mencionan indios, zambos o mestizos, y cuestiona ese lenguaje cargado de lugares comunes como la "gloria inmarcesible", la "amada civilización" y el "sagrado emblema", que se basó en un componente mítico-patriótico. Esto produjo una descontextualización y un silencio de la identidad del auditorio de estas palabras, que en este caso eran en su mayoría los soldados rasos.[33] La representación del soldado se ajusta a la mostrada en la prensa: el soldado defensor. Por ello, siempre salen armados en las imágenes. Pero no es cualquier defensor, sino el defensor de un modelo de sociedad: "Vosotros vais a vencer porque

[32] *El Siglo,* 13 de mayo de 1951.

[33] Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Cora,* 80-81.

el conflicto en que la humanidad está envuelta no tiene solución distinta de la victoria".[34] De este modo, las metáforas del soldado-héroe, soldado-defensor, soldado-cristiano comienzan a tramar un modo de relato romántico, donde los protagonistas triunfan sobre el mal.

El contingente colombiano llegó a Corea en un momento bastante particular. El general Van Fleet había asumido el mando del Octavo Ejército de las Naciones Unidas, luego de los problemas políticos de MacArthur con Truman y el cambio de mando con el general Ridgway. Por esa misma época, las partes del conflicto se encontraban negociando una posible paz o al menos un armisticio, que tardaría unos años en llegar. Bajo estas circunstancias, *El Tiempo* en su editorial del 30 de mayo de 1951, se muestra favorable a una posible paz en Corea:

> Nuestros soldados pensaban luchar por la libertad y la justicia. Nadie dudaba de su valor, ni de su estoicismo, ni de su generosidad espiritual. Pero cuando existe la probabilidad de que regresen a sus lares, intactos y jubilosos, a sellar su alegría con el encuentro de sus afectos, no podríamos callar la inmensa satisfacción que ese hecho despierta entre todos sus compatriotas. Saberlos a salvo, aunque la causa de su heroísmo fuese nobilísima, es una certeza que conmueve intensamente el ánimo de los colombianos.[35]

---

[34] *El Siglo,* 13 de mayo de 1951.

[35] *El Tiempo*, 30 de mayo de 1951.

Esta posición editorial muestra dos cosas. Primero, que está de acuerdo con los ideales de la lucha en Corea, contra lo que llamaban "la agresión comunista". Segundo, prefiere que las tropas colombianas regresen intactas y no entren en combate directo. El heroísmo, por más noble que fuese, no prima sobre la vida del soldado. A los soldados les son asignados dos valores principales: estoicismo y generosidad espiritual. Esto concuerda con la visión positiva del Ejército que había en la época. Estos valores tienen mayor peso sobre el soldado que sobre los oficiales, por el uso de la sinécdoque de "soldado" para referirse a todo el cuerpo militar. Pese al optimismo mostrado por este editorial, la guerra continuó.

El teniente Gabriel Puyana García fue invitado como corresponsal por su primo Roberto García Peña, director de *El Tiempo*.[36] En la descripción de la primera acción bélica del Batallón, el 6 de agosto de 1951, Puyana relata el papel del soldado Domingo Ballesteros, que tomó una posición favorable como francotirador durante un ataque sorpresa. Este relato coincide con la descripción hecha en el 2003 por este mismo autor.[37] No obstante, entre ambos relatos hay una brecha. En el de 1951, Puyana describe el siguiente hecho:

---

36 Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad… en tierra extraña!*, 55.

37 *El Tiempo*, 22 de agosto de 1951. Se toma con mayor fidelidad esta fecha como el "bautismo de fuego", puesto que el escrito llegó un par de días después de ocurrido a la redacción del periódico. No obstante, todos los relatos posteriores señalarían que este hecho sucedió el 7 de agosto (Alberto Ruiz Novoa. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea*. Bogotá: Antares, 1956, 150; Gabriel Puyana García. *En Corea, por la libertad y la gloria*, 128-129; Álvaro Valencia Tovar, entrevista, febrero del 2012). Los autores posteriores han tomado como coincidencia la conmemoración de la Batalla de Boyacá, del 7 de agosto, que a su

> A pesar del valor con que los colombianos atacaron las posiciones enemigas, por la enorme ventaja que el terreno ofrece en estas condiciones al defensor y por lo graneado del fuego enemigo, hubo necesidad de dar la orden de repliegue. El cumplimiento de esta orden fue el que exigió más trabajo para los oficiales, pues la mayoría de los soldados se empeñaban en seguir combatiendo.

Los soldados no obedecieron la orden directa de sus oficiales de retirarse del combate. Siguieron luchando por su propia cuenta, hasta que finalmente los oficiales pudieron ordenar la retirada. Este hecho muestra un grado de *agencia* en las acciones de los soldados, que no aparece en ningún relato posterior. Se produce un rompimiento de la jerarquía que se cree que es siempre estable dentro del Ejército. En los relatos ulteriores de este día, las acciones se concentran en las actuaciones y decisiones de los jefes de pelotón y de las unidades, es decir, de Álvaro Valencia Tovar, quien dirigía el patrullaje, y los oficiales y suboficiales Serrano, Lema y Argüello. El detalle de la batalla, donde los soldados se quedaron combatiendo sin hacer caso a las primeras órdenes de los oficiales, no vuelve a ser narrado. Esto se verá con más detalle en el siguiente capítulo, que corresponde a la representación del soldado que se construyó desde los oficiales que participaron.

---

vez es el día del Ejército, con el bautismo de fuego del Batallón, como un hecho para reforzar el papel histórico que cumplían en Corea.

El Ejército usó la imagen del soldado como símbolo. En la revista *Diana*, del Comisariato del Ejército, una publicación llena de anuncios comerciales para los mismos militares, se recogen una serie de cartas enviadas por el soldado Juvenal Forero. La revista indicaba que esas cartas "reflejan el sentimiento del pueblo colombiano frente a las contingencias de la guerra".[38] Allí vemos de nuevo la voz de un soldado en una serie de cartas dirigidas a sus familiares y amigos. El soldado, en una carta del 18 de junio de 1951, se describe en dos dimensiones: como buen soldado y como buen católico, ambas acciones mediadas por la palabra "deber". El resto es una reconstrucción de la experiencia de entrenamiento, que considera positiva. El *leit motiv* de estos documentos es la "nostalgia", de la patria y la familia. Este mismo tema era el que querían mostrar los militares en las entrevistas a los primeros reclutas, como vimos arriba. Esta publicación dirigida al Ejército muestra un uso de la figura del soldado para exaltar el amor a la patria, expresada en estas cartas que el soldado Forero escribe a su madre. Las calamidades de la guerra no aparecen en estos escritos. Solo se refleja el compromiso del soldado con su patria y el elemento motivador es la madre, destinataria final.

En los relatos de los combates importantes, los soldados desaparecieron como protagonistas de los hechos y cuando volvieron a salir en la prensa, lo hicieron como parte de las bajas. En las principales acciones bélicas, Kumsong (octubre, 1951) y Old Baldy (marzo, 1953), su papel quedó implícito

[38] *Diana: revista del comisariato del Ejército*, Vol. 1, Nº. 2 (1953).

dentro de los combates, pero nunca fue descrita la acción individual o colectiva de los soldados como contingente. Ese periodo coincidió con una transformación del poder militar en Colombia. El 13 de junio de 1953, el teniente general Gustavo Rojas Pinilla asumió la presidencia de Colombia. Este giro afectaría la representación de los soldados de la guerra, puesto que se producirían dos corrientes que dominarían la forma de narrar la participación.

La primera corriente es una continuación del discurso idealista de Laureano Gómez y que se expresa en el lenguaje militar de la época, exaltando unos valores frente a la familia y la patria. Por ejemplo, al momento de partir hacia Corea en el puerto de Buenaventura, el presidente Gómez se refirió a los soldados como los "hijos predilectos de la Patria, los que gallardamente representaréis ante la faz del mundo, nuestros más caros ideales".[39] Esta visión sería aplicada a todos los miembros del Ejército, incluidos los soldados. La segunda corriente es una postura crítica que coincidió con unos lamentables y confusos hechos: durante una manifestación estudiantil, un grupo de militares disparó contra la multitud, causando varios muertos. Algunos de estos manifestantes señalaron que fueron los soldados que fueron a Corea quienes realizaron la masacre.

---

[39] Bárbara Skladowska. *Los nombres de la Patria en la Guerra de Corea,* 80. El texto es tomado del Diario del Batallón, como apareció en una publicación conmemorativa de los veinticinco años, en 1975, por parte del Ejército Nacional.

El regreso a Colombia

El primer contingente militar que estuvo en la guerra partió el 18 de mayo de 1951 de Buenaventura, en el Pacífico de Colombia, y desembarcó en el puerto de Pusán, Corea del Sur, el 16 de junio. Ocho meses después, luego de soportar un crudo invierno en el frente, regresó el primer contingente de militares. El 12 de febrero de 1952 zarparon desde este mismo puerto 7 oficiales y 143 hombres de tropa, entre soldados y suboficiales, "escogidos entre quienes mayores peligros, durezas y permanencia en la línea de fuego habían experimentado desde la entrada del batallón al frente de Batalla".[40] Llegaron primero a Cartagena, y luego a Bogotá el 22 de febrero, en horas de la tarde. El Ejército ya había preparado 210 hombres de reemplazo para este contingente desde enero de 1952. Se proyectaba que todos los meses hubiera un constante traslado de tropas entre los dos continentes.[41] En los diarios *El Tiempo* y *El Siglo* se anunciaron grandes recibimientos durante la primera semana de su llegada.

Unos meses después, en abril de 1952, se anunció en el teatro Morgador-Americano la proyección de la película *El Batallón Colombia y esto es Colombia*, de John Ford. La publicidad del filme indicaba que "por primera vez el cine norteamericano enfoca una acción colombiana de resonancia mundial".[42] El estreno fue el 8 de abril, y se anunció que

[40] Álvaro Valencia Tovar. *En Corea, por la libertad y la gloria*, 247. *El Tiempo*, 8 de febrero de 1952.

[41] *El Siglo*, 24 de febrero de 1952.

[42] *El Siglo*, 7 de abril de 1952.

irían los veteranos de Corea, dignatarios eclesiásticos y altas autoridades civiles y militares.[43] Es interesante la relación del Batallón con el cine, puesto que en octubre de 1951, el alcalde de Bogotá, Santiago Trujillo Gómez, dispuso que se cobraran 10 centavos de peso para contribuir a una campaña que se estaba haciendo en la ciudad en pro de los aguinaldos de Navidad de los soldados de Corea.[44] Las tropas estuvieron en el frente hasta 1954, luego de que se firmara un armisticio entre las dos Coreas.

El 30 de noviembre de 1954, Rojas Pinilla realizó un discurso de bienvenida al último contingente militar que llegó de Corea. Exaltó la participación colombiana, en los mismos términos que lo hizo Laureano Gómez en la despedida del 12 de mayo de 1951. El presidente militar muestra continuidades con la visión heroica de Gómez, cuyas raíces se remontan a las figuras y acciones de la independencia: "Émulos de aquellos legendarios batallones que en las campañas libertadoras iban recogiendo laureles y dejando pedestales de gloria para inmortalizar el prestigio del soldado colombiano".[45] No obstante, Rojas Pinilla iría más allá que su antecesor, dirigiéndose directamente a los soldados rasos, diferenciándolos en el discurso de los demás oficiales.

---

[43] *El Siglo*, 8 de abril de 1952. La película fue presentada por Herbert J. Yates. Estaba clasificada como "apta para todos" y el precio de la entrada era $ 1.50 pesos. El teatro quedaba en la Carrera 16 N°. 49-52. No se encontró ningún registro adicional sobre esta película, por lo que no se sabe qué tipo de lenguaje emplearon para describir al soldado, ni quiénes fueron los veteranos asistentes.

[44] *El Siglo*, 16 de octubre de 1951.

[45] Gustavo Rojas Pinilla. *Mensajes y discursos*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1954, 245.

Por esa época aparecieron varias canciones apologéticas al gobierno de Rojas Pinilla, que lo reivindicaban como el salvador de la nación.[46] Por ejemplo, en 1953 salió un merengue de Óscar Villegas Giraldo llamado "El soldado colombiano", un canto de "gratitud y de honor al pueblo gloriosamente representado en la tropa".[47] Esta representación del soldado, pese a no referirse directamente a quienes combatían en Corea, nos muestra la visión que aún persistía sobre el Ejército, donde "hoy un soldado vale más que un político" y donde se exalta el papel del soldado en pro de la patria y del país, que en este caso aparece bajo la figura retórica de la metáfora.[48] Si bien la actuación del Ejército durante la represión de la violencia en el campo estaba en entredicho, el ascenso de Rojas Pinilla al poder trajo consigo un nuevo clima de optimismo sobre el papel de las Fuerzas Armadas en la sociedad: "Una bomba de regocijo y festividad había explotado por todos los rincones del país. Aunque realmente fue un golpe de estado, el alborozo de los colombianos impregnó la salida castrense de un aura de salvación nacional [...] La gente no se interesó en averiguar los pormenores del cuartelazo [...]

[46] María Alejandra Arias. *¡Qué viva Rojas Pinilla!: Representaciones sociales del gobierno militar durante la consolidación y legitimación de la presidencia de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1954).* Bogotá: Universidad de los Andes, 2011. Este trabajo es una tesis de grado para la carrera de Historia en la Universidad de los Andes.

[47] *El Espectador*, 27 de julio de 1953. Al parecer, según el aviso de publicidad, se vendieron muchos volúmenes del disco. No se puede determinar si era una estrategia publicitaria o si realmente fue un éxito comercial.

[48] "El barro estaba muy duro, ya saben lo que pasó [...] A fuerza de patriotismo, el soldado lo ablandó". En este caso, la metáfora del barro y el suelo representan al país (cfr. María Alejandra Arias. *¡Qué viva Rojas Pinilla!*, 70-71).

Para el común de la gente lo importante era el derrocamiento de lo que consideraban la tiranía de Laureano Gómez".[49]

Otra canción de aquella época, compuesta por Luis Hernández Osorio con una melodía para piano, recoge de nuevo el tema del soldado idealizado, que lucha por la libertad, la patria y la justicia.[50] Uno de los fragmentos dice: "Por la patria y la justicia, por nuestra fe y nuestro hogar, vigilamos siempre alerta, para resguardar la paz, Cristo y Bolívar nos guían, con su doctrina inmortal". Estas canciones muestran la continuidad del pensamiento de esta primera corriente que utiliza la trama romántica para describir el papel del soldado como salvador del orden. Desde los discursos presidenciales hasta estas canciones apologéticas, se encuentran los mismos temas, palabras y referentes para definir al soldado.

La segunda corriente de interpretación del papel de los soldados sería una postura más crítica, ligada con la posterior imagen del Batallón Colombia al finalizar la guerra. Algunos sectores se habían mostrado inconformes con el Batallón, pero la crítica no había sido relevante. En una época marcada por la censura, los medios de comunicación analizados (*El*

---

[49] César Augusto Ayala. "Fiesta y golpe de Estado en Colombia". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, N°. 25, 1998, 275. Ayala muestra las diferentes expresiones de lo que considera la cultura popular en apoyo al nuevo presidente, entre las que se destacan músicos, cartas, ovaciones públicas, etc.

[50] Luis Osorio Hernández. *Soy soldado de Colombia* [música], Fondo Oriol Rangel. Donación: Josefina de Rangel. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá. El documento es una partitura. La datación no es precisa, pero corresponde a los años cincuenta, y posiblemente fue hecha por un militar. Uno de los fragmentos dice: "Por la patria y la justicia, por nuestra fe y nuestro hogar, vigilamos siempre alerta, para resguardar la paz, Cristo y Bolívar nos guían, con su doctrina inmortal".

Tiempo, *El Espectador* y *El Siglo*, dos liberales y uno conservador) se mostraron favorables al envío de tropas. No obstante, en 1954 se registró en la prensa el primer acontecimiento que empañaría la imagen de los soldados que fueron a Corea. El 8 de junio se reunieron unos estudiantes en la Universidad Nacional para conmemorar el asesinato del estudiante Gonzalo Bravo Páez, veinticinco años atrás. En hechos confusos, murió Uriel Gutiérrez Restrepo, de veintitrés años, estudiante de cuarto año de medicina y filosofía, y otros resultaron heridos por acción de la Policía.[51] Al día siguiente, el 9 de junio, los estudiantes salieron a marchar como protesta. Si lo ocurrido el día anterior fue confuso y dramático, ese día la situación fue peor. Durante la protesta, se enfrentaron los estudiantes y las fuerzas de Ejército y la Policía. El saldo: 10 estudiantes y un transeúnte muertos, 39 heridos de bala, dos mutilados y varios contusos.[52] Esto sucedió en la Carrera 7ª, a la altura de la actual Avenida Jiménez (Calle 13), en el centro de la Bogotá.

¿Qué relación tuvo esta masacre estudiantil con el Batallón Colombia? Uno de los estudiantes, en entrevista para *El Tiempo*, declaró que los soldados, "al parecer" veteranos de la guerra de Corea, abrieron fuego contra ellos de manera indiscriminada.[53] Este relato se extendió como polvorín y fue repetido en otros lugares, porque los mismos excombatientes

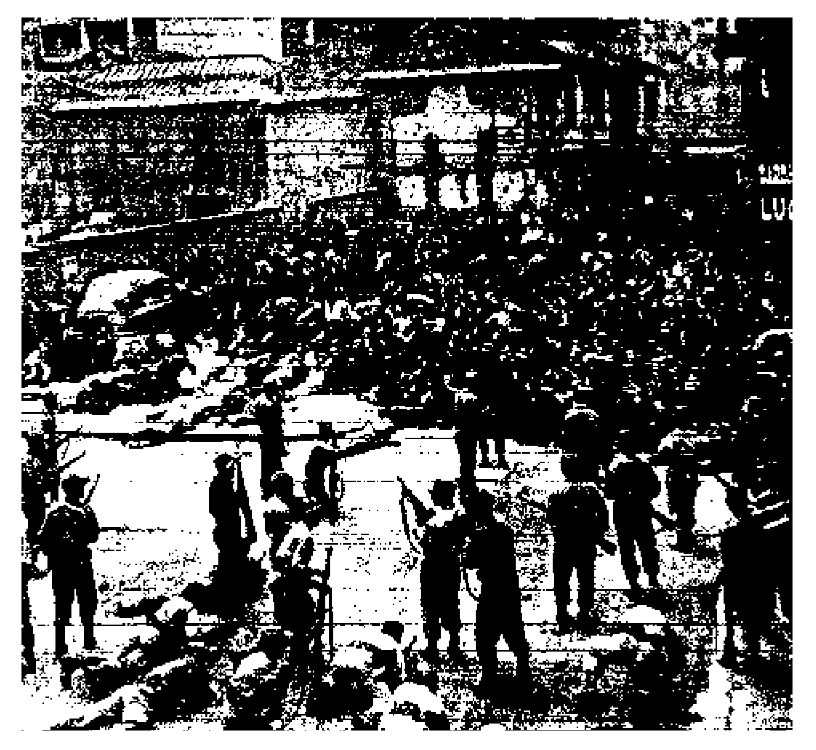
---

[51] *El Tiempo*, 9 de junio de 1954.

[52] *El Tiempo*, 10 de junio de 1954.

[53] *El Tiempo*, 11 de junio de 1954. Esta información la dio José Salom, estudiante de 5° año de Derecho de la Universidad Nacional.

de la guerra de Corea escribieron una misiva dirigida al director del periódico, Roberto García Peña, para aclarar la situación:



El Tiempo, 10 de junio 1954

> Como los soldados "coreanos" han figurado en los relatos de los episodios trágicos y a fin de evitar confusiones, algunos de los ex-combatientes han dirigido a nuestro director la siguiente carta: Por medio de la presente solicitamos a Ud. y en nombre de todo el personal veterano

> de ex-combatientes de la ya extinguida guerra de Corea, se digne de ordenar sea publicada la siguiente aclaración [...] Nosotros no estamos de acuerdo, pues consideramos que dicha información presenta un grave perjuicio para nuestro bienestar social y personal, ya que con esto apareceríamos ante la ciudadanía como directos responsables del reprochable e incalificable acto [...] Por lo tanto, queremos exponer ante todo el pueblo de Colombia que el personal que hizo fuego contra los estudiantes no eran veteranos sino soldados que hasta la presente están siendo adiestrados para viajar al Lejano oriente, como relevo de los que se encuentran en esas tierras, y dichos soldados pertenecen al Centro de Entrenamiento y Relevos del Batallón.[54]

El gobierno defendió la tesis de que el enfrentamiento había sido iniciado por los estudiantes, y no por la fuerza pública. Así mismo, el presidente realizó un llamado a la unidad y se dirigió a los estudiantes, quienes lo habían respaldado anteriormente.[55] Sin embargo, el daño estaba hecho. Por más que los soldados veteranos de Corea se hayan tratado de desvincular del grupo que abrió fuego, la imagen persistiría en el imaginario nacional, especialmente con la vinculación que se hace de este hecho con el día del estudiante, que se conmemora el 8 y 9 de junio. Una muestra de esto en el presente es

---

[54] *El Tiempo*, 15 de junio de 1954. Firman José Joaquín Aranguren, Simón Arteaga, Jorge Sierra y Alberto Pérez.

[55] Gustavo Rojas Pinilla. *Mensajes y discursos*, 81-86 (pronunciado el 11 de junio de 1954).

una exploración web, donde en páginas de consulta abierta como Wikipedia, en diferentes artículos, vinculan al Batallón Colombia que participó en Corea con la masacre.[56]

En el 2004, el general Álvaro Valencia Tovar criticó que los estudiantes todavía culparan a los soldados del Batallón Colombia, durante una conmemoración de esta masacre.[57] Algunos soldados, como veremos en el capítulo IV, señalan que este acontecimiento marcaría el inicio de sus problemas sociales, es decir, se cumplió el vaticinio que expresaban en la carta enviada al periódico, citada anteriormente.

Otra imagen poco favorable sobre los soldados se puede ver en algunos escritos de Gabriel García Márquez. Una vez acabada la pompa y ceremonialidad del regreso de las tropas a Colombia, los soldados se encontraron con una dura realidad. García Márquez se preocupó por contar la historia de los soldados rasos. En su relato, los presentaba como individuos cualesquiera, con sus propias motivaciones personales para ir a la guerra, ya sea por conseguir becas especiales, pensiones vitalicias o el simple deseo de aventura; sujetos que tienen miedo y ansiedades.

---

[56] Por ejemplo, ver artículos sobre "Gustavo Rojas Pinilla" (http://es.wikipedia.org/wiki/Gustavo_Rojas_Pinilla, consultado el 15 de noviembre del 2012), "Día Internacional de los estudiantes" (http://es.wikipedia.org/wiki/Día_Internacional_de_los_Estudiantes, consultado el 15 de noviembre del 2012), entre otros. También en muchos blogs y entradas en Internet se encuentran comentarios al respecto. Dado que este trabajo se pregunta por representaciones e imaginarios, el hecho de que exista esta versión tan difundida aún en la actualidad es una muestra del peso que tuvo el acontecimiento en la memoria del movimiento estudiantil.

[57] *El Tiempo*, 25 de junio de 2004.

García Márquez recalcó el hecho de que estos soldados rasos, al regresar al país, se encontraron en una situación económica difícil, puesto que les tocó llegar a buscar empleo: "Algunos integrantes, especialmente suboficiales, continuaron en el ejército. La mayoría, especialmente los soldados rasos inhabilitados en el frente para la vida militar, se dispersaron por todo el país, hacia sus hogares, convencidos que su condición de veteranos les abriría las puertas del trabajo remunerado. Muchos de ellos consiguieron incorporarse de nuevo a las empresas que abandonaron para viajar a Corea. Pero la mayoría se hizo miembro forzoso de esa numerosa, desadaptada y dramática familia de los veteranos sin empleo".[58]

La representación que hace García Márquez sobre los soldados es una de las más completas que existe en la época:

> La verdad es que a Corea viajó toda clase de gente. Fueron más de 4.000 individuos, recogidos de todos los rincones de la patria. *Es difícil reunir al azar 4.000 ciudadanos, y que por casualidad todos resulten ser de espíritu sano y carácter apacible*. Cuando se anunció que Colombia enviaría un batallón a Corea, muy pocos compatriotas respondieron al llamado. Aquello ocurría precisamente en uno de los momentos más difíciles de la historia nacional [...]. Para muchos campesinos desplazados, para numerosos muchachos sin perspectiva, incluso sin distinción de clase, Corea fue

---

[58] Gabriel García Márquez. *Entre cachacos: obra periodística 2*, 1954-1955. Barcelona: Mondadori, 1982, 321. Este artículo apareció en *El Espectador*, el 10 de diciembre de 1954. En Armenia, un veterano debió empeñar sus condecoraciones. Otros tantos murieron en hechos violentos, como robos o riñas.

> una solución. [...] Allí fue de todo, revuelto, sin discriminaciones muy precisas y apenas por sus condiciones físicas, casi como vinieron los españoles a descubrir a América.[59]

No eran los héroes que idealizaban Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla, pero tampoco los demonios que el movimiento estudiantil quiso ver luego de la revuelta. Fueron hombres comunes, que no se pueden considerar como un cuerpo homogéneo. Una mezcla de clases y culturas de todo el país con sus propias motivaciones, que coincidieron en un momento en especial, pero que una vez regresaron a Colombia debieron enfrentar solos la realidad del país. Algunos de ellos, como se recoge en algunos testimonios de soldados veteranos, fueron empleados por el gobierno, especialmente por Alberto Ruiz Novoa en su época al frente de la Contraloría General de la Nación durante la dictadura de Rojas Pinilla. Otros regresaron con "personalidad psicopática", el nombre que en la época los psiquiatras le daban a lo que hoy en día llamamos estrés postraumático, por lo que señala García Márquez que viajó a Sibaté para ver si no había veteranos internados. Unos tantos, al no encontrar alternativas, ingresaron a las guerrillas de la época.[60]

Así, vemos que el soldado durante la época de la guerra no correspondía a una descripción uniforme. Desde el Gobierno y el Ejército comenzó a promulgarse su idealización,

---

[59] Gabriel García Márquez. *Entre cachachos,* 323. La cursiva es mía. Allí se muestra el tono irónico del autor para mostrar que su imagen no correspondía a la forma como eran presentados por Laureano Gómez y Rojas Pinilla.

[60] Francisco Caicedo Montúa, entrevista, 15 de febrero del 2012.

más fuerte a partir de la presidencia de Rojas Pinilla, en un lenguaje que combinaba la metáfora y el entramado romántico. Desde sectores políticos, que se expresaban en la prensa o en escritos como los de Isaza, se ve que el soldado y el Ejército se tenían a principio de los años 1950 en una alta estima, pero sin llegar a idealizarlos del mismo modo; simplemente, recurrieron a la sinécdoque para mostrarlos como parte del todo que era el Ejército. La ruptura más importante se dio el 8 y 9 de junio de 1954, cuando los soldados en proceso de entrenamiento del Batallón Colombia abrieron fuego contra una manifestación en hechos aún confusos. Esto generaría tensiones en la forma de ver a los militares, que aún se expresan en la memoria del movimiento estudiantil. Finalmente, la visión alternativa de García Márquez nos da un panorama de lo que se pretendía mostrar en este capítulo: que la dimensión del soldado raso es heterogénea y no se puede ligar directamente a la representación de los oficiales y suboficiales del Ejército, por ello el laureado narrador usa el recurso de la ironía para describir la situación de los excombatientes.

El soldado colombiano de la guerra de Corea fue representado después de diversos modos, según los intereses interpretativos de quien hiciera la lectura. Así, los oficiales que fueron a la guerra construyeron su propia visión mítica del soldado. De igual manera, los académicos y literatos que reconstruyeron la guerra crearon su propia versión del soldado, más cercana a una víctima. Finalmente, sesenta años después, y como veremos en el último capítulo, los mismos soldados también reconstruyeron su papel de una manera particular, reivindicando sus actuaciones dentro de la guerra.

Capítulo II
Auge:
La voz de los oficiales

Una vez acabada la guerra, comenzaron aparecer textos escritos por los oficiales que participaron en ella. Estos militares fueron parte activa del Ejército durante la segunda mitad del siglo xx y algunos llegaron a ser figuras políticas muy importantes, como Alberto Ruiz Novoa y Álvaro Valencia Tovar. Estos oficiales, luego de la guerra, realizaron una descripción de los acontecimientos que era una continuación de las bases del discurso oficial de Laureano Gómez y Rojas Pinilla. Sin embargo, el relato reforzaría la idealización del papel de los militares dentro del curso de la historia y la defensa de unos ideales democráticos y cristianos. El soldado raso, bajo la guía de los oficiales que lideraban las batallas, alcanzaría la gloria.

En este capítulo analizaremos cómo abordaron estos oficiales el papel del soldado en momentos claves de la guerra: la mayor conquista militar colombiana durante el conflicto, la Operación Nómada y la toma de la ciudad de Kumsong, en el verano de 1951; y la peor derrota, el ataque sufrido en el cerro Old Baldy, en la primavera y el verano de 1953.

Para entender mejor el lenguaje militar de estos relatos, vale la pena aclarar que el Batallón Colombia funcionaba

bajo las lógicas del Ejército de los Estados Unidos: una *división* corresponde a un grupo de 10 000 a 16 000 soldados, dirigidos por un mayor general. Luego viene el *regimiento*, formado por entre 1000 y 10 000 personas, a cargo de un coronel. El *batallón* está compuesto por entre 300 y 1080 hombres, a cargo de un teniente coronel o brigadier. Después está la *compañía*, donde hay de 60 a 200 soldados, a cargo de un capitán. Finalmente, está el *pelotón*, un grupo de entre 16 y 44 soldados, a cargo de un suboficial de menor rango.[1]

Las primeras publicaciones sobre la guerra de Corea aparecieron en postrimerías de la dictadura militar. El primer oficial en producir un texto propio sobre lo acontecido en Corea fue el segundo comandante del Batallón Colombia, Alberto Ruiz Novoa.[2] Su trabajo fue presentado en 1956 como tesis de ascenso para alcanzar el grado de coronel, con el objetivo de "presentar en forma completa los antecedentes de la intervención de las Naciones Unidas en Corea, y en particular la de Colombia, como una colaboración a la

---

1 Barbara Schading y Richard Schading. *A Civilian's Guide to the U.S. Military: A Comprehensive Reference to the Customs, Language and Structure of the Armed Forces.* Cincinnati: Writer's Digest Books, 2007, 32-33.

2 Nació en Bucaramanga el 3 de enero de 1917. A los quince años entró al Ejército, en la época de la segunda guerra contra el Perú. Al año siguiente ya era teniente. Remplazó a Jaime Polanía Puyo como comandante del Batallón Colombia en Corea, luego de que resultara herido en combate. Después de su regreso al país, ejerció como contralor general (1953-1958) durante el gobierno del general Rojas Pinilla. En 1962 fue nombrado ministro de Guerra por el presidente entrante Guillermo León Valencia. Alcanzó el grado de general y fue el principal líder militar en la estrategia contra la lucha de la guerrilla en Colombia durante el siglo xx.

historia de las Fuerzas Armadas y de la Patria".[3] La mención de la patria y la defensa de sus valores es una característica de estos relatos de los oficiales del Ejército.

Esta obra está dividida en tres partes: la historia general de la guerra de Corea, la participación colombiana y las enseñanzas de la campaña, aplicables al Ejército. Ruiz Novoa estuvo al frente del Batallón en la batalla de Old Baldy, en marzo de 1953. En el capítulo anterior vimos que el hecho fue conocido en Colombia y tuvo una percepción particular en los medios de comunicación. En la reconstrucción de estas operaciones vemos con más claridad la dimensión de la representación que tenían los oficiales sobre los soldados.

Marzo sangriento: operación Bárbula y Old Baldy

En 1953, el Batallón Colombia pertenecía a la División 7ª del Ejército de las Naciones Unidas, al mando del mayor general Wayne C. Smith. En esos momentos, los líderes políticos de Estados Unidos, China y las Coreas negociaban un armisticio. El Batallón había estado en reserva a comienzos de año, pero fue llamado el 19 de febrero a ocupar posiciones al frente del Regimiento 31, del cual hacía parte.[4] Pese a los diálogos, las operaciones continuaron: las órdenes para la División 7ª eran capturar personal y equipamiento enemigo,

---

[3] Alberto Ruiz Novoa. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea,* 9.

[4] José Jaime Rodríguez y Alberto Ruiz Novoa. "El cruento mes de marzo de 1953: Operación Bárbula, Dale y Old Baldy", en *En Corea por la libertad y la gloria,* 315 y ss.

así como la interceptación de tropa.[5] La primera operación de ese año fue "Bárbula", el 10 de marzo de 1953 al noroeste de la ciudad de Yeoncheon, muy cerca de la frontera entre las dos Coreas. Las tropas debían tomar un complejo de tres colinas de no más de 300 metros de altura. Allí murieron 11 soldados, 8 desaparecieron y 46 fueron heridos, aunque infligieron 100 bajas al enemigo.[6]

Al norte de la línea principal de resistencia se encontraba la colina Old Baldy, controlada por las Naciones Unidas. Varias divisiones de infantería y artillería del ejército chino comenzaron a asediar la colina, por lo que las tropas del Batallón Colombia se movilizaron para defender la posición, junto con el resto del Regimiento 31. La zona había estado bajo fuego desde hacía algunos días, con una compañía resistiendo el ataque, en un frente de 3 kilómetros, separado por dos colinas: Dale y Old Baldy. El 12 de marzo, la compañía "A", dirigida por el capitán Augusto Bahamón, había tomado la posición Dale. La compañía "B" hizo lo propio en Old Baldy, al mando del capitán Irmer Perea. Una tercera compañía quedó en la reserva. El 23 de marzo las fuerzas chinas atacaron con miles de hombres. Este hecho produjo un total de bajas de 222 hombres en las tropas colombianas, entre heridos, muertos y desaparecidos en acción. [7]

---

[5] Bill McWilliams. *On Hallowed Ground: The Last Battle for Pork Chop Hill*, 55.

[6] Alberto Ruiz Novoa. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea,* 161.

[7] Jaime Rodríguez y Alberto Ruiz Novoa. "El cruento mes de marzo de 1953: Operación Bárbula, Dale y Old Baldy", en *En Corea por la Libertad y la gloria*, 315-336.

Ruiz Novoa fue testigo presencial de Old Baldy. En su obra relata que el hostigamiento comenzó siete días antes sobre el puesto avanzado de la compañía "A" y el cerro Old Baldy. En su narración, la negligencia fue el factor clave en el desenlace trágico de los hechos: primero, el Comando del Regimiento 31 no hizo caso a sus consejos de usar artillería en la zona; y segundo, el 23 de marzo el comandante estadounidense de este regimiento ordenó hacer un relevo, que Ruiz Novoa consideró inoportuno puesto que "la visita a las tropas de la Compañía 'B' me indicaba que su moral era excelente y que estaban resueltas a rechazar cualquier ataque [...] y que en mi concepto el ataque chino era inminente". Las consideraciones fueron rechazadas y se procedió al relevo.[8]

En esta narración, los protagonistas de la historia son las compañías. El resultado de Old Baldy está determinado por la actuación de estas, como cuerpo entero. Así, vemos que la historia de esta batalla es una historia de las acciones tácticas de las tres compañías, que resistieron el asalto del 23 de marzo. En términos lingüísticos, las compañías son el sujeto que padece la acción, como lo muestra este pasaje:

> El frente del Batallón fue atacado a las 20:33 el Puesto avanzado de la Compañía "A". Dicha Compañía fue reforzada inmediatamente con la Compañía "C" del primer Batallón que ocupó la línea principal de resistencia relevando a la

---

[8] Alberto Ruiz Novoa. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea*, 218.

> Compañía A que contra-atacó inmediatamente y recuperó el Puesto avanzado.[9]

El Batallón Colombia perdió la posición y tuvo que abandonar la zona el 24 de marzo. La descripción de Ruiz Novoa de este evento nos muestra varias cosas. Primero, sirve para justificar su actuación como comandante de las tropas y responsabilizar a los estadounidenses por la derrota. No solo cuestiona las decisiones previas a la batalla, antes descritas, sino que indica que la disposición de las tropas aliadas no fue de ayuda en Old Baldy, y que de haber sido así, no hubieran perdido la posición. Un hecho particular en el relato de Ruiz Novoa es que no menciona cómo fue la retirada de la colina. Uno de los soldados veteranos, en un relato posterior, relató que la huida fue caótica, desordenada.[10] Es posible que el comandante del Batallón Colombia no quisiera dar una imagen de mal líder, por lo que esto fue omitido en su descripción.

Este relato nos muestra un estilo narrativo dominante: la primacía de la unidad militar sobre el individuo. No hay nombres de los soldados que participaron en estas acciones. Los únicos individuos que aparecen mencionados son los oficiales de alto rango. Las únicas menciones a soldados durante su descripción de la guerra se encuentran en una relación de los hechos más destacados, por fecha, donde los

---

9 Alberto Ruiz Novoa. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea,* 222.

10 Entrevista con el soldado Pedro Monroy, el 16 de junio de 2012.

individuos aparecen allí, o bien porque murieron en combate, o bien porque fueron sancionados disciplinariamente.[11]

El 21 de junio de 1956 Ruiz Novoa y las Fuerzas Armadas publicaron el libro *El Batallón Colombia en Korea*, como conmemoración de la toma del cerro "400", la mayor victoria del Batallón. Según indica la nota de imprenta, esta edición fue ordenada por el mismo Ruiz Novoa en su función de Contralor General y estaba destinada como obsequio a los que combatieron. Esta publicación se caracteriza por presentar las listas oficiales de los soldados y oficiales que participaron en la contienda. Su narrativa es similar a su tesis para coronel, en cuanto al estilo descriptivo de los hechos destacados del día en orden cronológico. En este texto aparece información adicional de algunos soldados de la guerra. La obra de Ruiz Novoa recoge las menciones y los discursos de las medallas entregadas durante la guerra. Así, vemos por ejemplo el caso de la mención sobre la toma del Cerro 180, ocurrida días antes de Old Baldy. Allí hace una mención de los nombres de los condecorados (dos cabos y trece soldados) y describe su acción como parte del colectivo que representa el Ejército:

> El Comandante del Batallón se siente altamente orgulloso de contar en la Unidad con Suboficiales y soldados como

[11] Alberto Ruiz Novoa. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea,* 152. "… Fue herido en acción el soldado José de Jesús Rodríguez […] Consejo de Guerra Verbal contra el soldado Luis Enrique Dagobed por la muerte del soldado Rafael Contreras, quien fue confundido con un enemigo. El sindicado fue absuelto".

> los que ayer subieron hasta el 180, y aprovecha la oportunidad para presentarlos al Batallón como los más fieles exponentes de nuestra raza altiva y bravía.[12]

Pese a que mencione a los individuos, la función de estos dentro de la narrativa es destacar lo que es el ideal de soldado, como ese fiel exponente de la raza "altiva y bravía". No está hablando de su mérito individual. El soldado es aquel que "va en sacrificio cuando la patria llama y que muere pronunciando nuestro lema".[13] Esta visión heroica sería una constante en los diferentes relatos de los oficiales. Ruiz Novoa ha sido de los militares oficiales que han negado la teoría de la participación en la guerra de Corea como una decisión política contra militares liberales, que sería un territorio de disputa sobre la reconstrucción de la guerra, como veremos más adelante. Posteriormente, el general se declaró liberal.[14]

Ruiz Novoa reconstruyó la batalla de Old Baldy en la compilación *En Corea por la libertad y la gloria*, de 2003, hecha por Álvaro Valencia Tovar y Gabriel Puyana García, sobre quienes hablaremos posteriormente. En un capítulo sobre la batalla, presenta los hechos con unos elementos literarios diferentes: la inclusión de adjetivos para describir a

---

12 Alberto Ruiz Novoa, *El Batallón Colombia en Korea,* 52.

13 Alberto Ruiz Novoa, *El Batallón Colombia en Korea,* 52.

14 Carlos Urán. *Colombia y los Estados Unidos en la guerra de Corea*. Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, Working Paper Nº. 69, 1986, 68. Respecto a la filiación política de Ruiz Novoa, el soldado veterano Hernando Orduz, en entrevista en julio de 2012, afirmó que el general siempre había manifestado ser liberal.

la tropa, por ejemplo, cuando habla de la actitud de algunos militares después de Old Baldy, el 25 de marzo, que califica como "silenciosos y tristes". Las menciones a soldados y otros miembros de la tropa siguen haciendo parte del balance de muertos. Los destacados siguen siendo los condecorados, quienes mostraron su "valor".

Un año después del primer texto de Ruiz Novoa, otro oficial, el entonces subteniente Francisco Caicedo Montúa, también publicó un libro con sus memorias de la guerra.[15] Fue el mismo Ruiz Novoa, siendo contralor general de la Nación, quien leyó el borrador en 1957, pero este solo hasta 1961 pudo ver la luz. Caicedo afirma que su libro, pese a esta fecha de publicación, fue el primero en escribirse.

¿Por qué publicar un libro sobre la guerra de Corea en un momento tan complicado para el país a nivel de orden público? El periodo en el que aparecieron estas obras es denominado por Marco Palacios como "el orden neoconservador", construido por cuatro pilares: proteccionismo, control sindical y obrero (y de la prensa, si se me permite añadir), desmovilización electoral y alianza estratégica con

---

[15] Francisco Caicedo Montúa nació en 1928 en Popayán, en el seno de una familia con arraigada tradición católica. En algún momento se interesó por ingresar al seminario. Durante muchos años, inclusive ya en la vejez, cargaba la virgen en el ritual de la procesión de Semana Santa en Popayán. Entró al ejército en 1946 y estuvo en varias campañas en Casanare en la época de la Violencia. Se presentó como voluntario para formar parte del primer Batallón Colombia, del cual hizo parte entre 1951-1952. Regresó al país con diferentes condecoraciones, incluida la Estrella de Bronce con "V" por heroísmo en el campo de Batalla. Siguió haciendo parte activa del Ejército hasta que alcanzó el grado de coronel. Estuvo vinculado al Estado Mayor del Ejército durante diez años. Se retiró de la institución en 1974.

los Estados Unidos.[16] El mismo Batallón Colombia, o por lo menos la unidad con ese nombre y como parte de las Fuerzas Armadas, participó en varias operaciones militares dentro de Colombia.[17] En una entrevista en el 2012, ya en retiro, Caicedo respondió: "Porque era una historia que Colombia no había tenido. Colombia no había estado en una lucha internacional a excepción de la Independencia a esa magnitud. Y más aún: por el papel que habíamos desempeñado, nuestros hombres, y por la sangre nuestra que se había convertido en la primera, pregonera del conocimiento de Colombia ante el mundo, a base de la valentía y el heroísmo de nuestros hombres. Esa era mi finalidad". El libro es así, una apología y justificación al papel de los militares, que se había puesto en entredicho por hechos como los del 9 de junio de 1954 contra los estudiantes.

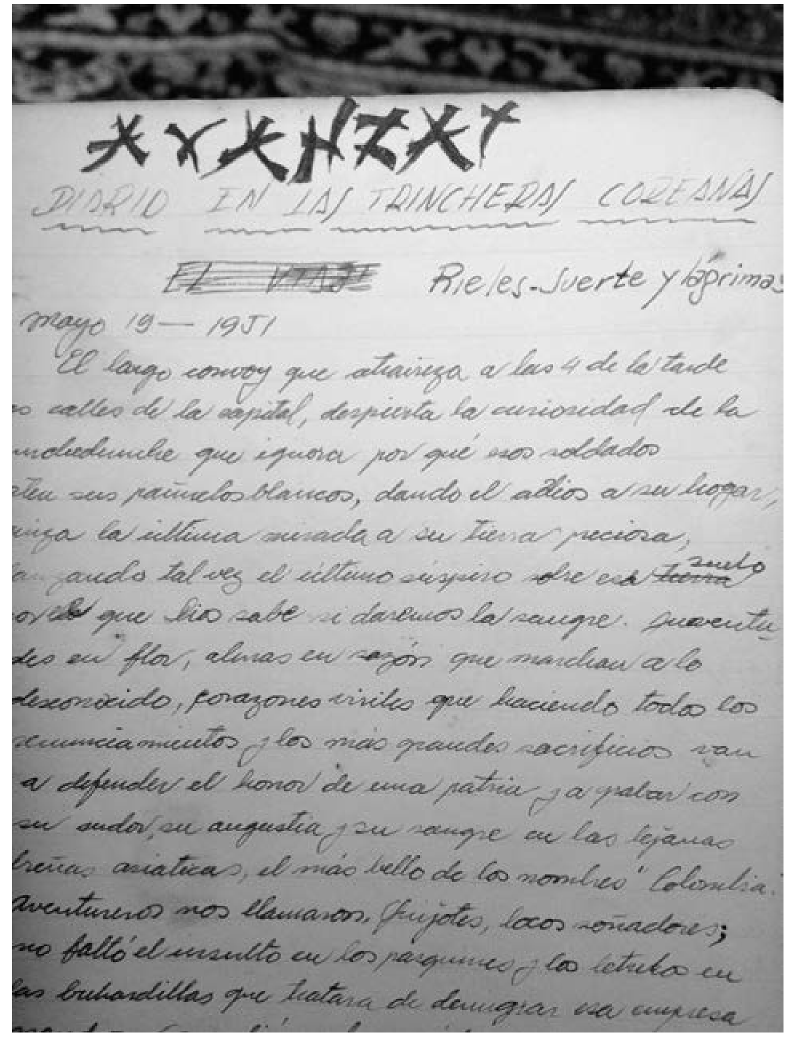
El libro de Caicedo es único dentro de los relatos de la guerra: una exageración de la trama romántica que roza con la epopeya. Presenta una visión heroica donde sus protagonistas representan los valores de una sociedad muy

---

16 Marco Palacios y Frank Safford. *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida.* Bogotá: Grupo Editoria Norma, 2002, 584-585. Carlos Urán también destaca el escenario estratégico en el que se situaban las relaciones con Estados Unidos durante esa época (cfr. Carlos Urán. *Colombia y los Estados Unidos en la guerra de Corea*, 68).

17 La tesis de grado de Christian Schroeder recoge documentos que muestran que inclusive las campañas de esta unidad se extendieron hasta más allá de los años sesenta en operaciones contrainsurgentes en diferentes partes del país (cfr. Cristian Shcroeder González. *La influencia de la participación de Colombia en la Guerra de Corea en la construcción de la nueva mentalidad del Ejército nacional entre 1951 hasta 1982.* Bogotá: Universidad del Rosario, 2009).

particular: católica y patriota. Esto se puede apreciar en la dedicatoria del libro:



DIARIO EN LAS TRINCHERAS COREANAS

~~EL VIAJE~~ Rieles-Suerte y lágrimas

mayo 19 — 1951

El largo convoy que atraviesa a las 4 de la tarde
s calles de la capital, despierta la curiosidad de la
muchedumbre que ignora por qué esos soldados
tan sus pañuelos blancos, dando el adiós a su hogar,
gen la última mirada a su tierra preciosa,
zando tal vez el último suspiro sobre esa ~~tierra~~ suelo
que Dios sabe si daremos la sangre. Juventu-
des en flor, almas en razón que marchan a lo
desconocido, corazones viriles que haciendo todos los
renunciamientos y los más grandes sacrificios van
a defender el honor de una patria y a grabar con
su sudor, su angustia y su sangre en las lejanas
breñas asiáticas, el más bello de los nombres "Colombia".
Aventureros nos llamaron, Quijotes, locos soñadores;
no faltó el insulto en los parques y los letreros en
las buhardillas que tratara de denigrar esa empresa

Manuscrito original del texto

> A los soldados colombianos. A los héroes desconocidos, que en los campos de batalla cayeron bajo el peso de su gloria defendiendo su bandera. A los que renunciando a todos sus amores y esperanzas, olvidaron meridianos y ambiciones para escribir con sus arterias rotas, entre cantos de victoria, el bello nombre de la patria […] a los que obedecieron la sagrada inspiración, Dios y Patria [...].[18]

En este texto se relatan las vivencias del autor desde que partió de Buenaventura, a bordo del *Aiken Victory,* hasta el regreso "triunfal" a Colombia. La edición de 1995 cuenta con un anexo que muestra su experiencia de volver a Corea veinticinco años después. En este relato, aparecen las voces de otros personajes como actores secundarios al narrador principal, Caicedo. Para analizarla, vamos a tomar la Operación Nómada, considerada el mayor triunfo militar de la guerra de Corea por parte del Batallón Colombia, y en la que el autor fue uno de sus protagonistas.

El Chamizo: la construcción del héroe

Verano de 1951. Las fuerzas de las Naciones Unidas en Corea estaban en su mejor momento. El general James Van Fleet comandaba más de medio millón de unidades. Las divisiones de este colosal ejército avanzaban hacia el norte de la península de Corea, para asegurar el control de las zonas

---

[18] Francisco Caicedo. *Banzay: diario en las trincheras coreanas.* Bogotá: Imprenta del Ejército, 1995 (1961, primera edición), 21.

aledañas al paralelo 38º.[19] El Batallón Colombia recientemente había llegado a integrar la División 24 del Ejército de los Estados Unidos y recibió su bautizo de fuego el 7 de agosto de ese año.

En el mes de octubre de 1951 se inició un gran despliegue conocido como "Operación Nómada", con el fin de capturar la ciudad de Kumsong, en la zona del triángulo de hierro al norte de la línea divisoria entre las dos Coreas, un punto estratégico de aprovisionamiento y comunicaciones en la región. El Regimiento 21 de Infantería, del cual hacia parte el Batallón Colombia, tomaría posición en el lado norte del ataque, con el objetivo de capturar tres objetivos: unas colinas bautizadas por los colombianos como "Don Polo", "La Teta" y "El Chamizo".[20]

Una de las compañías, denominada "A", tenía como misión destruir y capturar unas posiciones, para luego avanzar sobre el cerro "El Chamizo". Uno de esos pelotones se hacía llamar "Los Tigres", nombrado así por su líder Francisco Caicedo. La operación a gran escala se llevó a cabo el 13 de octubre, "el día D […] la última ofensiva realizada en la campaña coreana, que estabilizaría los frentes definitivos de

---

[19] John Miller. *Corea 1951-1953.* Washington: Government Printing Office, 1956, 116-117.

[20] Gabriel Puyana García. "Operación Nómada", en *En Corea, por la libertad y la gloria,* 165-195. Caicedo en *Banzay* (177) relata que se llamaron "Don Polo" en honor del comandante del Batallón, Jaime Polanía; "la Teta", por tener forma de pezón, y "El Chamizo", por haber allí un fragmento de árbol semidestruido que resistió los bombardeos.

batalla hasta la fecha memorable del armisticio. La que nos bañaría de sangre […] y de gloria”.[21]

En este relato aparecen algunos personajes que no tenían protagonismo en los relatos de Ruiz Novoa, como algunos soldados rasos. En la descripción de la antesala y la conquista de “El Chamizo”, vemos que aparecen los nombres y las acciones de seis soldados: Benjamín Quinceno, Danilo Ortiz, Julio Bermúdez Manrique, Jorge Wilches Ruiz, Rodrigo Arango Quintero y José Ardila. Por su parte, figuran el sargento Rafael Hernández, el subteniente Rafael Serrano, los tenientes Raúl Martínez, Miguel Contreras y Guillermo Peláez, el subteniente Bernardo Lema, el capitán Jaime Durán Pombo y los cabos Nolasco Espinel, Salomón Giraldo Cardona, José Sergio Romero y Silvestre Ballesteros. Once en total.

Pero no es solo cuestión de cantidad de personajes, sino también del papel que tienen dentro de la historia. En el caso de los soldados, no aparecen como actores con mayor grado de independencia y decisión (a diferencia de los oficiales y suboficiales, que aparecen como líderes natos), sino que cumplen una función dentro del lenguaje epopéyico de Caicedo. Rodrigo Arango, por ejemplo, es el héroe que se sacrificó por sus compañeros: “Tenía dos impactos de ametralladora en el pecho que vilmente lo habían atravesado”, describe el autor. Arango después pidió que le acomodaran un arma para seguir repeliendo el ataque, pese a sus heridas. “Había exhalado su último suspiro abrazando a su

[21] Francisco Caicedo. *Banzai*, 198.

arma en pleno fragor de la batalla".[22] Caicedo lo pone como paradigma del deber del soldado, que vence el miedo y las adversidades por cumplir su misión. No sabemos nada más de él en el relato, sino su "sacrificio por la patria", términos que utiliza el autor para referirse al grueso de soldados que participaron en la guerra.

Rodrigo Arango recibió la máxima condecoración de los Estados Unidos, la Estrella de Plata.[23] Dentro de las Fuerzas Armadas la figura heroica de Arango se consolidó, puesto que en la V Brigada, con sede en Bucaramanga, uno de los batallones recibe su nombre (Batallón Plan Energético y Vial N°. 7 *Rodrigo Antonio Arango Quintero*).[24] Así sucede con los otros soldados dentro de la narrativa de Caicedo: cumplen un papel destacado y digno de imitar, como Wilches, que se arrojaba valientemente sobre el enemigo, o Ardila, un enfermero que en su momento asistió a los heridos. En otro caso relatado, durante el bautizo de fuego, realiza una

---

[22] Francisco Caicedo. *Banzai*, 215.

[23] Otros dos soldados rasos también recibieron esta condecoración: José Eduardo García (muerto en acción) y Jorge Tulio Ruiz, pero de ellos no quedó ningún rastro en estas narrativas, además de la mención de la medalla y la citación presidencial de los Estados Unidos. Los protagonistas de esta historia, cabos primeros Nolasco Espinel y Salomón Giraldo, así como el subteniente Rafael Serrano, recibieron también esta distinción.

[24] Es notable la aparición del nombre de este soldado, desconocido en otros relatos, dentro de la V Brigada. Los otros tienen nombres de héroes consagrados en el panteón del Ejército: Batallón de Artillería de Defensa Aérea N°. 2 *Nueva Granada*; Batallón de Artillería No. 5 *Capitán José Antonio Galán*; Batallón de Infantería N°. 14 *Capitán Antonio Ricaurte*; Batallón de Infantería N°. 40 *Coronel Luciano D´elhuyar*; Batallón de Infantería No. 41 *General Rafael Reyes*; Batallón de Ingenieros N°. 5 *Coronel Francisco José de Caldas*; Batallón de Apoyo y Servicios Para el Combate N°. 5 *Mercedes Abrego*.

descripción particular de los combatientes: "Eran los mismos soldados de ayer, los héroes de Páez y de Rendón, los de Córdoba, Mosquera y Obando, que habían cambiado sus lanzas y rifles por M-1 y un puñado de granadas".[25] La metáfora es clara: se reemplaza el significado de "héroe" por el de "soldado", así, Caicedo cuando habla de los "héroes de Páez", lo que quiere decir es "los soldados de Páez", mediante una relación de analogía.

La obra de Caicedo cuenta historias de hombres notables, que obedecen a un ideal más grande que la simple participación. No aparecen personas que afecten esa gran narrativa heroica. No hay *outsiders* en su relato escrito, que busca una divulgación de mayor alcance. Sin embargo, en el relato oral y la entrevista personal, que se sabe que es limitada a los interlocutores, aparecen personajes sombríos dentro del Ejército.[26] Caicedo relató en una entrevista que le hice en el 2012 la anécdota de un soldado que le dijo que si lo mataban, le robaría el anillo que llevaba, el cual le habían regalado las

---

[25] Francisco Caicedo. *Banzay*, 147. Un elemento notable en Caicedo, que se vio durante su entrevista oral, es su filiación con Popayán y con el pasado de esta ciudad. La reconoce como forjadora de héroes y actores militares importantes, como los mencionados presidentes y líderes del siglo XIX como Mosquera y Obando. Esa visión de héroe-guerrero es la que domina su relato.

[26] El término *outsider*, definido como una desviación o rechazo a las conductas sociales aceptadas, donde la etiqueta no es generada per se, sino que es una construcción social hecha por otros: son etiquetados. Así, Caicedo etiqueta a quienes no se comportan según sus parámetros de conducta. Es él quien construye el *outsider*, desde su visión del mundo, y lo ubica fuera de su círculo, de los miembros "normales" del grupo, que en este caso son los combatientes (Howard Becker. *Outsiders: Studies in the Sociology of Deviance*. Nueva York: Free Press, 1973, 1-15).

autoridades de la ciudad de Popayán como homenaje por ser el payanés de más alto rango que iba a la guerra.[27] Pero este no es el tipo de historias que aparecen en este relato. El silencio entra a jugar en una de las etapas del proceso histórico: la creación de narrativas. La narrativa idealista que cobija a los personajes de Caicedo silencia los demás aspectos de la vida del soldado, puesto que no los vemos en otro papel que el de héroes. El soldado se convierte en el representante de los valores de las Fuerzas Armadas, donde dominaba un discurso articulado a un panteón heroico nacional.[28]

Álvaro Valencia Tovar fue uno de los oficiales destacados que fueron a luchar en Corea.[29] Su primera publicación sobre

---

27 Entrevista con Francisco Caicedo, 15 de julio del 2012.

28 Todos los entrevistados coinciden en que durante el reclutamiento y el viaje les dirigían un discurso relacionado con que su misión era equiparable a las grandes conquistas del Ejército libertador. Es interesante ver el paralelo que hacen entre el Ejército moderno y los movimientos militares durante la Independencia, donde en el discurso oficial señala como punto de partida 1810 (cfr. "Historia del Ejército Nacional", en Centro de Estudios Históricos del Ejército Nacional, http://www.ejercito.mil.co/?idcategoria=204551 [consultado el 15 de septiembre del 2012]).

29 Se graduó de subteniente en 1942 de la Escuela Oficial de Cadetes de Bogotá. Enviado a negociar a Estados Unidos la compra de armamento para el Ejército colombiano, fue asignado para ir a Corea, a donde viajo como capitán. Fue comandante de la Escuela de Infantería y jefe de Operaciones en el Estado Mayor del Ejército. Luego fue comandante de la V Brigada, lo cual podría explicar el nombre del batallón de esta, que hace referencia al soldado caído en Corea Rodrigo Arango. Al frente de la V Brigada comandó la operación que acabó con la vida del jefe guerrillero Camilo Torres Restrepo, del ELN, en 1966. Alcanzó el grado de Comandante del Ejército Nacional (1974-1975), hasta su renuncia por desavenencias con el presidente Alfonso López Michelsen. Después de su retiro, se convirtió en el gran historiador y analista de las Fuerzas Armadas, participando en numerosas publicaciones.

la guerra, en 1977, fue *Corea: resurgimiento de las cenizas*. Allí se sigue usando el lenguaje enaltecedor del papel del militar de las anteriores publicaciones: “Mi actuación en la primera jornada de combate fue la que cualquier oficial del Batallón hubiera tenido en mi lugar: la de un *soldado* que en la Escuela Militar de su Patria aprendió conceptos inolvidables de honor, de hidalguía, de cumplimiento del deber por encima del peligro, de lealtad hacia todo lo que representa ser oficial de Colombia”.[30]

En su libro recoge algunas de sus vivencias personales y opiniones sobre la guerra. En su recuento de la Operación Nómada y la conquista de Kumsong, se refiere a la victoria como algo glorioso, que liga al pasado heroico tradicional: “Allí tremolan los colores de Colombia más gloriosos que nunca. Parece como si el gran Córdoba hubiese marchado como en Ayacucho, repitiendo con esta nueva infantería el mismo inmortal PASO DE VENCEDORES”.[31] Valencia Tovar atribuye esta victoria al colectivo y no a los individuos. Es notable que los héroes patrios a los que se refiere Valencia Tovar son precisamente los próceres militares de la Independencia, al igual que Caicedo.

Gabriel Puyana García[32] fue otro de los oficiales que publicaron un texto sobre sus vivencias en Corea, pero con

---

30 Álvaro Valencia Tovar. *Corea: resurgimiento de las cenizas.* Bogotá: Antares, 1977, 12.

31 Álvaro Valencia Tovar. *Corea: resurgimiento de las cenizas*, 49.

32 Gabriel Puyana García nació en Bucaramanga el 30 de mayo de 1926. Se graduó como subteniente en 1946. Cumplió misiones de instrucción como oficial en la Escuela Militar de Cadetes y participó en misiones de orden público

una particularidad: él fue asignado como corresponsal de guerra para el periódico *El Tiempo*, bajo la dirección de Roberto García Peña, pariente cercano suyo.[33] En su libro *¡Por la libertad… en tierra extraña!*, de 1993, recoge varias crónicas que publicó en este diario, además de un recuento de sus memorias y vivencias personales en la guerra y durante una misión que cumplió en Tokio en la década de los setenta.

Puyana García es uno de los autores que han contribuido a reforzar el argumento de que la selección de personal para ir a la guerra tuvo tintes políticos. Este libro recoge un escrito del autor del 15 de mayo de 1951, no publicado hasta ese momento, pero que sirve como indicador de una perspectiva de la guerra que se repetiría de forma posterior en otros autores, especialmente en la academia, como veremos en el siguiente capítulo. Aparece la tesis de que se enviaron militares liberales de manera sistemática a Corea:

> Habían pasado algunas semanas de entrenamiento cuando recibí una llamada telefónica del sargento Vera [...] [que] estaba seriamente afectado porque yo hacía parte del batallón [Colombia]. Se mostró remiso a darme información por teléfono, pero al fin lo hizo:

---

en diferentes partes del país. Se presentó como voluntario para ir a la guerra de Corea y fue seleccionado como el abanderado del Batallón. En 1952 participó como enlace en Tokio. Se graduó, posteriormente, en Derecho Internacional y Diplomacia en la Universidad Jorge Tadeo Lozano. Fue miembro de diferentes asociaciones académicas, entre ellas la Academia Colombiana de Historia y la Real Academia de Historia de España. Falleció el 2 de junio de 2011.

[33] Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!*, 39.

> - Mi teniente, no me meta en vainas [...] pero ojalá no se vaya para Corea. Yo estoy en la sección de personal del ejército y estuve trabajando [...] en la selección de suboficiales; hemos escogido a todos aquellos que creemos que son liberales o por lo menos sus familiares son de ese partido.[34]

Las afirmaciones de Puyana han generado controversia inclusive entre los mismos soldados, como veremos en el capítulo IV. Los métodos de selección de oficiales y de soldados rasos fueron diferentes, pero se ha extendido la creencia de que los soldados también fueron obligados a ir, por lo que han sido marcados como víctimas u objetos pasivos frente a las decisiones partidistas. Este punto es controversial, en la medida en que los mismos protagonistas señalan que hubo deserciones y abandonos antes de emprender el viaje, mientras que otros manifiestan que fueron ellos mismos quienes se presentaron motivados por comenzar carrera militar o deseo personal de aventura, entre otras. Esta investigación no busca ahondar en el debate de la selección, sino mostrar las implicaciones que esta interpretación tuvo en la representación del soldado, puesto que fue victimizado al punto de convertirlo en un sujeto sin agencia política y poder de decisión.

Pero, ¿cómo es la visión particular que tiene Puyana del soldado? ¿Se corresponde con el papel de víctima que atribuirían quienes reinterpretaron esta afirmación para hablar de todo el personal que fue a Corea? En absoluto. El autor

---

[34] Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!*, 64.

planteó el libro como un homenaje al "soldado colombiano de tierra, mar y aire, artífice de un pasado glorioso y bastión indiscutible sobre el que se apoya la esperanza de la Patria y el porvenir de la República".[35]

El prototipo de soldado heroico se puede apreciar en la exaltación de los primeros caídos de la guerra. Puyana García transcribe el denominado "himno del Batallón", escrito por el cabo primero Helio de Jesús Ramos, que junto al sargento segundo Daniel Hurtado y el soldado Oliverio Cruz Herrera serían las primeras bajas colombianas de la guerra. En la versión de Caicedo toma un último poema del soldado Ramos, el cual habla de sus anhelos de volver a Colombia y dice que si llegase a caer en el campo de batalla, "caigo muerto por ti, Colombia mía".[36] Su última frase antes de morir, según Caicedo, fue: "Cumplí con mi deber", y con ello se consagró como soldado. En la versión de Puyana, Ramos le entregó la versión del himno que había compuesto para que la publicara en *El Tiempo*, aunque no salió en el periódico. Estos son algunos apartes:

> Son los hijos de aquellos guerreros, que vencieron un día en Boyacá [...]
> Si morimos, no importa, la vida es ofrenda de sangre y honor [...]
> Imitemos con celo a los héroes.[37]

---

[35] Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!*, 40.

[36] Francisco Caicedo. *Banzay*, 181.

[37] Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!*, 227-229.

Como anotación final, Puyana indica que ellos señalaron con sus nombres la "senda del sacrificio por la que seguramente muchos otros habrán de transitar en el cumplimiento de sus destinos. Que Dios los reciba en su seno y que la patria pueda llegar a comprender algún día esta entrega generosa de sus vidas por los ideales de libertad".[38] Este himno y su posterior uso como forma de exaltación, es una muestra de la representación que promulgan los oficiales sobre los soldados miembros del Batallón. En la reconstrucción de la Operación Nómada por parte de Puyana García, se ve cómo el soldado se convierte en arquetipo del buen militar, y de paso se diluye su papel protagónico, puesto que son los oficiales quienes toman las riendas de la guerra.

Los personajes principales en la descripción de esta batalla son los oficiales que comandaban las tropas, como Raúl Martínez y Bernardo Lema (Compañía "C", asalto); Alberto Lozano y Jaime Durán (artillería); Numael Parra (observación); Francisco Caicedo (Compañía "A", asalto), entre otros. Así como en la retórica la sinécdoque se usa para referirse al todo mediante la descripción de la parte, Puyana convierte la acción de los oficiales en la actuación conjunta de la tropa: "Lema ha alcanzado su segundo objetivo y bate con fuego el 57 a distancia inmediata el 'Chamizo'. El teniente Martínez que ya ha alcanzado 'Don Polo' asegura la retaguardia de Lema. Ya los tres pelotones Caicedo, Serrano y Lema se encuentran a tiro de granadas".[39]

---

[38] Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!*, 229.

[39] Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!*, 238. En el caso de estos textos militares, la palabra "soldado", que en términos castrenses

El sujeto de la descripción es el oficial, en tanto que las acciones del pelotón o compañía se desprenden de su actuación. Las acciones del soldado son narradas de manera colectiva en los relatos de la batalla. Se habla de "soldados" en plural, de manera ocasional o genérica. Aparecen algunos soldados en su narración, pero no como protagonistas de los hechos destacados. Uno es de apellido Blanco, alguien que le ofrece un trago de agua para calmar la sed dentro de las trincheras. Los demás son combatientes heridos, como el soldado Mojica, afectado en la pierna y evacuado de la zona, o el soldado Noguera Casallas, que recibió un disparo en la pierna y otro en la espalda.

La representación del soldado como modelo a seguir también aparece en el relato de Puyana. Es el caso de otro soldado, también herido:

> Continúa el traqueteo de las ráfagas y unos soldados aparecen con el cuerpo herido. Tiene un impacto en la cara que *tangencialmente* le ha destrozado su pómulo derecho. Es el soldado Patacón, guardaespaldas del coronel [Polanía Puyo, comandante del Batallón], la personificación del *hombre fiel, bueno y leal*, el campesino huilense convertido en soldado, que riega con su sangre estas tierras inhóspitas, donde se combate por la libertad sin que se comprenda cabalmente por qué se lucha en esta guerra.[40]

es el nivel más básico de la organización, es usado para referirse a todos los individuos que componen la fuerza armada.

[40] Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!*, 260. La cursiva es mía. La redacción del pasaje es ambigua, en cuanto no se sabe si se

En el libro de Puyana, el soldado aparece herido o como personaje secundario, que bien puede ser representante de un ideal o una situación al margen del combate. Pese a que algunas frases de este autor han sido usadas por otros para señalar la inconformidad con la guerra de algunos oficiales, es claro que Puyana defendió la participación en Corea.[41] Los nombres propios de oficiales son los que se destacan en el campo de batalla, en tanto que el soldado es un personaje indeterminado, que está junto a los oficiales o sigue sus órdenes, que va junto a ellos en el campo de batalla, pero que no es quien logra la victoria. Se evidencia allí la relación de jerarquía militar y relevancia en el relato histórico. Esta representación es contra la que chocan muchos soldados en el presente, como veremos en el capítulo IV.

En el 2003, bajo la dirección académica de Álvaro Valencia Tovar y Gabriel Puyana García, se publicó *En Corea por la libertad y la gloria*, un texto conmemorativo de los cincuenta años de la participación en la guerra de Corea, en la imprenta de las Fuerzas Militares. La edición también fue apoyada por el gobierno de Corea, a través de la representación diplomática en Colombia. Esta publicación tuvo la intención de reunir relatos y textos de los protagonistas de la guerra. Se mencionan como colaboradores principales de la edición a la Asociación de Oficiales Veteranos de Corea,

refiere a que hubo varios soldados heridos y uno de ellos era Patacón, o si él era el único herido, pero hubo un problema de número en la sintaxis de la oración.

[41] Cfr. Adolfo Atehortúa. "Colombia en la guerra de Corea". *Folios*, Nº. 27 (2008): 66.

una organización precedida en esa época por el mismo Puyana García. Actualmente la precede Raúl Martínez. El prólogo de esta edición fue escrito por Álvaro Uribe Vélez, entonces presidente de Colombia, quien recuerda a los soldados caídos y enaltece los nombres de los oficiales que lideraban las tropas. [42]

La organización del libro muestra la asimetría entre oficiales y soldados. Los relatos principales sobre los hechos de la guerra son escritos por los oficiales ya mencionados atrás. La obra se divide en dos partes. En la primera y principal aparecen el contexto de la guerra descrito por Valencia Tovar; la operación Nómada y las primeras acciones de guerra, entre ellas el "Cerro 400", por Puyana García; los ataques de Old Baldy y la operación Bárbula, por Alberto Ruiz Novoa; y el regreso a Colombia, por Fabio Lugo Peñalosa, un coronel. La segunda parte, denominada "testimonios de guerra", reúne las voces de diferentes veteranos, tanto soldados como oficiales. Los soldados que escriben son Danilo Ortiz Alvarado, el primer prisionero de guerra; Isaac Vargas, que aparece con el rango de suboficial, pero fue soldado raso durante la guerra; y Ricardo Silva, sobreviviente de Old Baldy. Tres testimonios de soldados de los veintiuno que aparecen en esta parte de la obra.[43]

---

[42] Uribe usa el aniversario de la guerra de Corea como invitación para la solidaridad internacional "para enfrentar la amenaza terrorista, que inunda con dolor y muerte a miles de hogares de la patria" (cfr. Álvaro Uribe. "Saludos y mensajes", en *En Corea por la libertad y la gloria*, XXIV).

[43] Los testimonios están en esta sección por la importancia del rango: dos mayores generales, un brigadier general, dos coroneles, un cabo primero, dos

En este texto hay una continuidad con la representación de los soldados como héroes ideales. En la sección de "Testimonios de la guerra", que recoge escritos tanto de oficiales como de algunos soldados, Puyana García habla de los caídos en acciones militares como los "héroes olvidados". En un relato presenta la historia de un soldado que cayó en combate, como forma de homenaje a los que dieron su vida en la guerra: Miguel Agatón, que perdió la vida organizando su patrulla durante una emboscada, el 16 de enero de 1952.[44] En esta misma línea, Francisco Caicedo escribió el texto "Un sacrificio heroico: la muerte del soldado Arango". En un pequeño texto recuerda la acción del soldado antes mencionado, que cayó durante la Operación Nómada el 13 de octubre de 1951.[45]

En este libro, la descripción de las acciones de guerra sigue siendo dominada por las unidades militares y sus líderes como sujetos dentro de la historia, pero el soldado raso continúa sin desempeñar un papel de relevancia en estas acciones. Los soldados son mencionados cuando mueren o

---

tenientes, tres mayores, dos capitanes, más los tres soldados antes mencionados. Pese a que en la guerra la mayoría de quienes la vivieron fueron soldados, los que dominan la sección de testimonios son los oficiales.

44 Gabriel Puyana García. "¡Sangre en la nieve! Corea febrero de 1952", en *En Corea por la libertad y la gloria*, 495-502. La reconstrucción de la emboscada que sufrió el soldado Miguel Agatón se hace a partir de la información de los soldados Miguel Salazar y Ricaurte Mahecha y del enfermero Rafael Soler. El relato se presenta como síntesis en primera persona de la voz de estos soldados, pero no se sabe quién de ellos habla en los diferentes pasajes.

45 Francisco Caicedo. "Un sacrificio heroico: la muerte del soldado Rodrigo Arango", en *En Corea por la libertad y la gloria*, 465.

protagonizan casos anecdóticos excepcionales, como el soldado Rafael Quiroga, de la compañía "A", que sobrevivió a un impacto de granada el 23 de septiembre de 1952 y es puesto como ejemplo de una situación jocosa, donde el comandante del Batallón los regañaba por no usar el casco.[46] Sin embargo, en las descripciones de las acciones militares concretas, como combates directos, despliegue de tropas o defensa de posiciones, los soldados no hacen parte de la narrativa.

En entrevistas orales hechas en el 2012 a los oficiales veteranos para este estudio, se ve una *composición* del relato donde ellos son los protagonistas de los hechos, sobre los demás personajes. Esto sucede, por ejemplo, con Raúl Martínez, un comandante de una compañía en la Operación Nómada. En su versión, la victoria surge como producto de sus decisiones y se convierte en el protagonista de las acciones: "entonces yo inicie el movimiento y empecé a recibir fuego de atrás, los chinos hacían unos túneles donde ellos se refugiaban para que la artillería y la aviación no los perjudicara entonces en ese momento empecé a recibir fuego". [47]

El soldado en su historia aparece nombrado, pero como actor tangencial, en dos momentos. Primero, como parte de las bajas: "Asalté el sitio donde estaban refugiados los chinos y lamentablemente mataron un soldado. Me hirieron tres más con granadas de mano, entonces yo tomé posición y más tarde, alrededor de las 12 del día, me dieron la orden de

---

[46] Gabriel Puyana García y Alberto Ruiz Novoa. "La guerra continúa", en *En Corea por la libertad y la gloria*, 281-314.

[47] Entrevista con Raúl Martínez, 10 de febrero del 2012.

proseguir el ataque hasta el cerro que se llamaba don Polo".[48] El otro soldado que aparece en su relato es un antioqueño que detectó dónde se encontraban escondidas las tropas chinas. En este relato, las decisiones pasaban por él y él toma parte como sujeto de las acciones de toda su unidad: los verbos y los pronombres de su relato están construidos en primera persona, singular y plural.

Martínez identifica los valores del Ejército ya descritos con los de todos los soldados y combatientes: "el soldado colombiano había demostrado heroísmo, arrojo, bravura, una particularidad especial que era ser muy obediente, muy sumiso. Fuimos verdaderamente héroes". Desde su posición actual, Raúl Martínez representa la memoria colectiva de los oficiales, puesto que es el presidente de la Asociación de Oficiales Veteranos de la Guerra de Corea. Una posición que coincide con los puntos de vista de Valencia Tovar y Puyana García.

En los libros de los oficiales hay una clara oposición al comunismo. Estos soldados ideales que han dibujado los oficiales no solo son unos héroes patrios más, sino que luchan contra aquella ideología. Escudados en el lema de "libertad", en realidad hay un lenguaje de oposición hacia el comunismo y su posible expansión. La representación del soldado no es libre de esa pugna, puesto que el soldado que

[48] Entrevista con Raúl Martínez, 10 de febrero del 2012. Este aspecto de las "bajas" se puede confundir con el de víctima o victimización de los soldados, que se emplea en el siguiente capítulo. Sin embargo, es una ambigüedad del castellano al referirse a las víctimas de la guerra. La interpretación de los oficiales se acerca a lo que en inglés se denomina *casualties*.

construyen los oficiales es un héroe que en realidad lucha contra el comunismo. Desde el *Decreto contra el comunismo* que emitió el papa Pío XII en 1949 contra todos los católicos que colaboraran con organizaciones comunistas, la confrontación ideológica se hizo más fuerte.[49] Caicedo plantea las dimensiones de la lucha como una confrontación romántica entre el bien y el mal: "El comunismo era el enemigo común que congregaba en una lejana península guerreros de todo el universo. Nuestra patria, orgullosa y soberana como en aquellos días en que saboreaba los triunfos de Boyacá y Vargas, daba el ejemplo más grandioso a la América del Sur, siendo la primera y única nación latinoamericana en enviar sus juventudes a luchar por la democracia universal, por los principios de libertad y justicia".[50]

La lucha como se comenzó a plantear durante los años cincuenta fue casi una cruzada: "Cristo y Lenin están enfrentados, Cristo vencerá. Nosotros estamos con Cristo".[51] Puyana García, por ejemplo, recrea la homilía que se hizo antes de la salida del Batallón hacia Corea, en 1951. Allí, el capellán de las Fuerzas Armadas, el coronel Pedro Pablo Galindo dijo: "del lado de la libertad y de la Patria se halla la democracia, esa que hoy recibe un embate [por parte del comunismo] […] La democracia que da valor al individuo, la democracia ungida con la sangre de Cristo […] pero vais a defender lo nuestro, nuestros hogares, nuestra religión, todo

---

49 *El Siglo*, 17 de junio de 1951.

50 Francisco Caicedo. *Banzay*, 24.

51 *Eco Nacional*, 28 de mayo de 1950.

lo que nos es querido".[52] El hecho de que quien dirige la misa sea coronel y capellán, simultáneamente, tiene un doble efecto: dentro de la jerarquía militar es quien da las ordenes a los soldados rasos, mientras que dentro del ritual católico de la misa es quien dirige el dogma. Así, se ve una postura ideológica ya formada dentro de las Fuerzas Armadas que desde el catolicismo muestra uno de los ejes que se alinean contra el comunismo. Y de esta manera, en la narrativa los soldados irían como cruzados a defender esa sociedad que se veía amenazada, lo que evidencia la trama de tipo romántico en la que están escritos estos textos.

Francisco Caicedo, luego de la publicación de su libro, continuó como defensor de su memoria particular del conflicto. En 1972, un general de Corea del Sur visitó Colombia con el objetivo de rendir un homenaje al país, por iniciativa del presidente surcoreano Park Chung-Hee. Caicedo fue designado como edecán por parte del gobierno para esta misión. Es curiosa la visión que este veterano tiene del expresidente coreano. Chung-Hee fue un general que derrocó al gobierno de Syngman Rhee en un golpe de Estado relativamente pacífico y asumió la presidencia de 1963 a 1979, cuando murió. En 1972, debido a una crisis política proclamó la ley marcial, disolvió la Asamblea Nacional, cerró universidades y suspendió el ejercicio de actividades políticas. Además, estableció lo que se llamaría la Constitución de Yusin (*revitalización*, en coreano), muy criticada por los

52 Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad….en tierra extraña!*, 72.

sectores disidentes, aprobada en un ambiente de intimidación. En pocas palabras, un dictador.[53] No obstante, para Caicedo este presidente fue el gran restaurador y el gestor de la Corea moderna.[54] ¿Va esta justificación del dictador de la mano con el papel protagónico que se asigna Caicedo durante la conmemoración o es afinidad ideológica con el protagonista? La *composición* del relato aparece de nuevo en este punto, puesto que Caicedo justifica su participación dentro de la ceremonia y anula una posible contradicción que pudiera existir entre su papel en la guerra como defensor de la democracia y participar activamente en un homenaje posterior hecho por un mandatario que disolvió las instituciones democráticas de su país.

Caicedo recrea una conversación entre el general de cuatro estrellas coreano y él, posiblemente entre 1971 y 1972. El general le dice que quieren ayudar económicamente a Bogotá con una obra de alto impacto urbano y tiene en mente la Avenida El Dorado, que atraviesa de oriente a occidente la ciudad hasta el aeropuerto. La única condición es que le deben cambiar el nombre por Avenida Corea. Caicedo le responde que la gente, en general, tiene un alto coeficiente de ignorancia y le pone un ejemplo hipotético de reunir cuatro personas en la Avenida Caracas y preguntarles por qué se llama así:

---

[53] Eunsong Yang. *Corea: historia de un proceso de reunificación.* Madrid: Catarata-Centro Español de Investigaciones Coreanas, 2007, 57-58.

[54] Entrevista con Francisco Caicedo, 15 de julio del 2012.

> Habrá una persona que nos dice que es una ciudad de un país que queda pegado a nosotros. Otro dice "será una montaña", otro "será una batalla" y el otro dice "a mí no me importa". El coeficiente de ignorancia es grande. Si eso sucede con una ciudad que está vecina a nosotros y con una avenida que tenemos permanentemente, que la trajinan todos los días, ¡qué puede pasar el día que a una avenida que le pongamos Corea! No les dice un carajo. Si, a cambio de esto, se hace un monumento de líneas arquitectónicas orientales, de unas líneas diferentes a nuestros sistemas arquitectónicos o urbanísticos de construcción, entonces va suscitar la inquietud de la gente. "¿Por qué esa vaina? ¿Qué diablos hace aquí?". Entonces viene a surgir la memoria de nuestra permanencia allá, la gratitud de su pueblo la unión nuestra que se hizo con sangre en el frente batalla en la guerra.[55]

Al general le gustó la idea. Un mes después, un arquitecto coreano trabajó junto a Caicedo para escoger el sitio y ultimar detalles del monumento. A los seis meses llegó en un barco procedente de Corea. Caicedo reparó que la placa estaba cubierta y quiso verla antes de que lo inauguraran. Al destaparla, no le gustó la inscripción que había allí: "monumento a la victoria en la guerra Corea". Caicedo estuvo en desacuerdo con el texto original: "En Corea no hubo ninguna victoria, en primer lugar. En segundo lugar si es victoria, estamos conmemorando una victoria contra el

[55] Entrevista a Francisco Caicedo, 15 de julio del 2012.

comunismo, entonces ese monumento no nos va durar 15 días aquí, ¡lo vuelan!".[56]

Caicedo tomó su libreta y anotó lo que debía decir la nueva placa. El nuevo monumento se estrenó un año después, el 19 de mayo de 1973, con esta dedicatoria: "El pueblo de la República de Corea a las Fuerzas Militares de la República de Colombia".[57] Las obras de la Carrera 15 con Calle 100, de 1994, donde se construyó un paso deprimido para que pasara la Avenida NQS, obligaron a la reubicación el monumento. La decisión del traslado del monumento fue también de Caicedo. Inicialmente, se dijo que iba a ser trasladado a la Calle 88, pero los vecinos del sector protestaron por la tala de árboles.[58] Después el Instituto de Desarrollo Urbano (IDU) anunció que la pagoda sería llevada al Parque Simón Bolívar.[59] Según Caicedo, esto fue idea de Ruiz Novoa, para que estuviera en un lugar público, a lo que él se opuso diciendo que no se podía dejar el monumento a la intemperie, sin protección contra los grafitis.

---

[56] Entrevista a Francisco Caicedo, 15 de julio del 2012. La fotografía que aparece a la izquierda es la placa original que fue enviada por el gobierno de Corea. Se encuentra en el patio del apartamento de Francisco Caicedo, quien comenta de manera jocosa que la usa para secar sus pantuflas (fotografía tomada por el autor).

[57] Las fotografías que aparecen a continuación son tomadas de Yeo Menju (Ed.). *Korean War Memorials in Pictures: Remembering UN Participation 60 Years Later, Vol. 3.* Seúl: Ministry of Patriotic and Veterans Affairs, 2010.

[58] *El Tiempo*, 19 de marzo de 1994.

[59] *El Tiempo*, 10 de junio de 1994.



Comparación entre la placa original (izquierda) y la placa final (derecha). La placa original está en el patio de Caicedo (la segunda referencia es tomada de *Korean War Memorials In Pictures*, Vol 3).

Caicedo revisó los planos urbanísticos de Bogotá y vio que en un futuro las vías rodearían la Escuela Superior de Guerra, actualmente el complejo militar de la Carrera 7ª con Calle 104. "Al cuidado de nosotros quedaría el monumento", dijo Caicedo.[60] De esta manera, los militares tendrían control, no solo del objeto físico, sino también simbólicamente de la memoria de la guerra. Así, estos monumentos no sufrirán alteraciones como grafitis o mutilaciones, que atenten contra esa memoria que se quiere construir y mantener.

El monumento cuenta con varias placas adicionales. Una de ellas es la renombrada frase del mayor general Blackshear Bryan, comandante de la División 24 durante la toma de Kumsong: "He combatido en tres guerras, he comandado y visto luchar a los mejores soldados del mundo. Pensé que nada me quedaba por ver en el campo del heroísmo y la intrepidez humana, pero viendo combatir al Batallón Colombia,

[60] Entrevista a Francisco Caicedo, 15 de julio del 2012.

he presenciado lo más grande, lo más soberbio de mi vida". Un nuevo elogio que refuerza el ideal del combatiente, representación del soldado que domina el lenguaje de los oficiales, y por extensión, de las Fuerzas Militares de Colombia.



Tomado de *Korean War Memorials in Pictures*, Vol. 3.

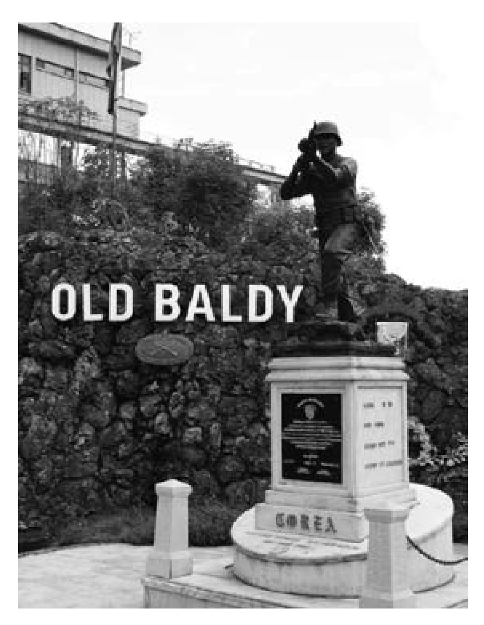
Otra placa adjunta habla del soldado. Se puso de forma posterior, el 12 de mayo del 2001, en la conmemoración de los cincuenta años del Batallón. Esta fecha coincide con el desfile marcial del contingente militar en la Plaza de Bolívar, el 12 de mayo de 1951, antes de partir a Corea. La placa tiene

un fragmento del discurso de Laureano Gómez de ese día, donde declara que los soldados son hijos predilectos de la nación. Esta versión coincide con la de Gabriel Puyana en el libro de sus memorias de la guerra y, dada su posición al frente de la Asociación de Oficiales Veteranos en 2001, es muy probable que tuviera participación en la decisión de qué texto debía ir en la placa.[61] Este es el principal monumento de la guerra. Allí se llevan a cabo las ceremonias conmemorativas y las visitas del cuerpo diplomático de Corea del Sur cuando rinden homenajes a los veteranos. En este monumento reside la construcción del pasado de los oficiales, principalmente Francisco Caicedo y en parte Gabriel Puyana. Sus representaciones sobre el deber ser del soldado y sus ideales son un reflejo tanto desde su ubicación geográfica como desde los discursos que maneja. Allí también aparecen los nombres de los caídos en combate.

Existen tres monumentos más: uno en el Ministerio de Defensa, en Bogotá; otro en Cartagena, dedicado a los hombres de la Armada que participaron; y un homenaje hecho por los soldados rasos, desconocido por algunos de los veteranos y por los libros de reseñas de monumentos de la guerra. El monumento del Ministerio de Defensa es un homenaje a los soldados, resaltando los dos momentos más importantes: la victoria de Kumsong y la derrota de Old Baldy.

---

61 Cfr. Gabriel Puyana García. *¡Por la libertad…en tierra extraña!*, 75-77.



Tomado de *Korean War Memorials in Pictures*, Vol. 3.

Allí se refuerza la imagen del soldado como defensor de los ideales de la nación, en una ubicación en que solo la disfrutan los que visitan el Ministerio en su interior, puesto que está alejada del público en general. Está pensada más como un mensaje a los soldados que transitan por la zona que como un mensaje a la sociedad civil. El soldado en este monumento está en pie de lucha, dispuesto a atacar, representando los valores del héroe que se ha buscado construir desde las miradas oficiales del papel del soldado.

En resumen, la representación del soldado desde los oficiales tiende a ser homogénea. Ruiz Novoa presenta al soldado raso en los relatos como parte de las bajas. Las referencias a soldados en todos los textos de oficiales, de ahí

en adelante, estarían relacionadas con el momento en que ellos cayeron en batalla. En otras situaciones, aparecen de modo circunstancial, pero no como protagonistas directos, como es el caso de los oficiales, quienes lideraban las tropas. Las narrativas de los oficiales son una continuidad del funcionamiento por jerarquía del aparato militar, donde su funcionamiento teóricamente se debe a las decisiones de los altos mandos sobre los subordinados. Esto no solo llevó a construir un modelo de relato histórico que elimina toda posible capacidad de acción del soldado raso, sino que además creó una imagen de este idealizada, que se ajusta a los valores que el Ejército quiere proyectar. Un héroe. El héroe que lucha por defender ciertos ideales nacionales, pero que en el fondo esconde también una lucha contra un sistema ideológico: el comunismo, aunque parece oculto bajo el eslogan de "la lucha por la libertad".

En las posteriores narrativas de los oficiales, el elemento católico sería matizado y solo el anticomunismo iba a permanecer como el enemigo común dentro del estilo romántico de tramar el relato. En el prólogo del libro *En Corea por la libertad y la gloria,* el comandante general de las Fuerzas Armadas, el general Jorge Enrique Mora Rangel, describe a los combatientes como "los protagonistas colombianos de ese empeño internacional por defender y afianzar los ideales del mundo libre".[62] La ministra de Defensa de la época, Marta Lucía Ramírez, afirmaba que las cualidades del soldado

[62] José Enrique Mora Rangel. "Prólogo Comandante General de las Fuerzas Militares", en *En Corea por la libertad y gloria*, XXXIII.

colombiano eran "lealtad, valor sacrificio, arrojo y valentía", lo que no solo aplica para los soldados de los años cincuenta, sino también para los de su presente, el año 2003, cuando la política de Seguridad Democrática del gobierno de Álvaro Uribe estaba en pleno apogeo: "Hoy los desafíos son otros", continúa Ramírez. "Los enemigos de la democracia están en nuestra propia patria y el campo de batalla en nuestro suelo. Guiados por intereses económicos más que por causas ideológicas, estos antipatriotas apuntan sus armas contra la población indefensa, destruyendo pueblos, secuestrando niños y asesinando campesinos".[63] De esta manera, el soldado del Ejército siempre es quien defiende una sociedad amenazada, por lo que siempre se justifica su actuación.

El relato corresponde a una forma de romance: "El romance es fundamentalmente un drama de autoidentificación simbolizado por la trascendencia del héroe del mundo de la experiencia, su victoria sobre éste y su liberación final de ese mundo [...] es un drama del triunfo del bien sobre el mal, de la virtud sobre el vicio, de la luz sobre las tinieblas, y de la trascendencia última del hombre sobre el mundo en que fue aprisionado por la Caída".[64] Como sostiene Frye, "el héroe del romance se mueve en un mundo donde las leyes ordinarias de la naturaleza están suspendidas: prodigios del coraje y la resistencia, ajenos para nosotros, son naturales para él".[65]

---

[63] Marta Lucía Ramírez. "De la Ministra de Defensa", en *En Corea por la libertad y gloria*, XXIX.

[64] Hayden White. *Metahistoria*, 19.

[65] Northrop Frye. *Anatomy of Criticism*, 3.

La liberación se da cuando entrega su vida por la patria, cuando muere por defender los ideales de una civilización. No en vano, los relatos en los que aparecen soldados corresponden a aquellos que cayeron en combate, por lo que sus muertes son glorificadas y construyen un modelo ideal de actuación del soldado dentro de las Fuerzas Armadas. El caso más notable es Rodrigo Arango. No obstante, el soldado va más allá de esta visión que le despoja toda agencia y posibilidad de acción, como también aquella que lo llena de laureles. Inclusive, algunos dudaron de esta idealización. Sectores académicos y de la cultura popular, como el teatro y la literatura, construyeron otra imagen del soldado, muy opuesta a esta glorificación hecha por el Ejército, como veremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 3
Caída:
El soldado fuera del cuartel

¿Cómo ha sido analizado el papel del soldado fuera del ámbito militar? El tema de la guerra de Corea y la participación colombiana no ha sido ajeno a otras miradas, como los estudios académicos o la literatura. En estas visiones hay una forma de ver al soldado muy diferente de la que se mostró en el capítulo anterior, desde el lenguaje de los oficiales y la institución militar. Dos estilos narrativos han dominado la representación del soldado en los últimos sesenta años: como un ser invisible dentro de las dinámicas de la guerra y como víctima de las decisiones políticas.

El soldado desconocido

La primera tendencia historiográfica aparece en los primeros estudios sistemáticos de la guerra de Corea. De este corpus destacan una serie de textos que se han convertido en referencia obligada y que muestran una visión desde arriba, donde prima la visión institucional y el papel de los máximos líderes militares.

El primer estudio sistemático fue escrito por Russell Ramsey, de la Universidad de Florida, en 1967, inspirado en su experiencia como instructor de contrainsurgencia a

militares colombianos en la US Army School of the Americas. Este instituto fue muy importante dentro de la dinámica de los nuevos tratados de cooperación entre países latinoamericanos y los Estados Unidos. Entre 1946 y 1960, cerca de 835 estudiantes hicieron parte de estos entrenamientos en diferentes aspectos militares. En el periodo 1961-1970 se graduaron 882 estudiantes y desde 1952 se realizaron cursos de entrenamiento de contrainsurgencia no oficiales dentro de la dinámica del anticomunismo.[1]

Ramsey presenta un resumen general de eventos políticos que antecedieron a la guerra. No hace ninguna distinción de las unidades, sino que presenta un balance de cifras de los eventos bélicos. Por ejemplo, Old Baldy es descrita como "una batalla donde 3.089 hombres participaron en acción. De estos, 131 murieron en combate y diez por otras causas [...] Se presentaron un total de 18 Medallas de Estrella de Plata de los Estados Unidos (tercera condecoración más alta) y 25 Estrellas de Bronce con V (cuarta condecoración más alta)".[2] Los únicos individuos que aparecen son los comandantes Alberto Ruiz Novoa, Carlos Ortiz Torres y Jaime Polanía Puyo, junto a otros actores políticos, como presidentes y altos funcionarios.

Las fuentes principales del estudio de Ramsey son textos académicos de otros autores. En su presentación señala que

---

1 Carlton Fox. *The U.S. Army School of the Americas and U.S. National Interests in the 20th Century*. Virginia: Virginia Polytechnic and State University, 2001, 2-38.

2 Russell Ramsey. "The Colombian Battalion in Korea and Suez". *Journal of Inter-American Studies*, Vol. 9, Nº. 4 (octubre 1967): 548.

exploró diferentes bibliotecas en Estados Unidos y Colombia, además de material facilitado por militares colombianos. Los textos que se destacan en su análisis son los libros de Ruiz Novoa y Eduardo Franco Isaza. En *Guerrilleros y soldados*, de 1981, Ramsey propuso un análisis más amplio que, sin embargo, se sigue remitiendo al mismo tipo de fuentes de este escrito. Así, el pequeño apartado que dedica al Batallón reconstruye los hechos desde la visión de *El Tiempo*, como fuente para argumentar cómo la historia de la participación en Corea está ligada a decisiones políticas de los gobernantes, por lo que vemos que Ramsey no abandonó su preocupación por la historia política e institucional de Colombia.[3]

En Colombia, el primer texto que abordó la guerra de Corea como problema histórico fue *Política e intervención militar en Colombia*, de Francisco Leal Buitrago (reeditado posteriormente con el título de *Los militares en el desarrollo del Estado 1907-1969*). Este ensayo explora las raíces de la profesionalización militar y de la inserción de los militares al sistema bipartidista del Frente Nacional. Sobre la guerra de Corea, Leal Buitrago afirma que la decisión del envío de tropas se debió a una decisión política del Ejecutivo como estrategia para fortalecer las relaciones con Estados Unidos y lavar su imagen, hechos que relacionaba con la crisis política interna y el antiamericanismo de Laureano Gómez durante el segundo gobierno de López. En este texto aparece una afirmación, que ya había sido esgrimida por la prensa liberal durante el conflicto y reafirmada por algunos oficiales: "Se

3 Russell Ramsey. *Guerrilleros y soldados*, 192.

aprovechó la ocasión para enviar un número proporcionalmente mayor de oficiales de origen familiar liberal", cuya fuente es el testimonio no especificado de un oficial dentro del Ejército.[4]

La guerra de Corea aparece aquí como un evento secundario dentro del contexto de la lucha contrainsurgente por parte del Estado. El argumento se construye desde la historia política tradicional que señala como protagonistas a los líderes políticos y sus decisiones como el motor de la historia. Así, habría una continuidad en la construcción de la narrativa hegemónica, pero con otras preocupaciones puntuales, que tienen que ver con la situación política desde la que escribe, en medio del bipartidismo del Frente Nacional.[5] Ni el soldado ni ningún otro miembro del Ejército tienen relevancia como actores históricos, porque ese papel de sujeto de la historia es asumido por la institución.

El texto de Leal Buitrago surge en una coyuntura política particular, que influiría en los posteriores trabajos académicos. En 1965, el presidente de Colombia, Guillermo León Valencia, tuvo un enfrentamiento político con su ministro

---

[4] Francisco Leal Buitrago. "Los militares en el desarrollo del Estado 1907-1969", en *Estado y Política en Colombia*, 214. Este artículo se publicó por primera vez en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 32, N°. 3, Memorias del IX Congreso Latinoamericano de Sociología, 4 (May - Jun., 1970): 491-538. El autor se basó en entrevistas con oficiales del Ejército. Sin embargo, no revela sus nombres.

[5] Rigoberto Rueda. *De la guardia de fronteras a la contrainsurgencia: elementos de la evolución política e institucional del Ejército colombiano, 1958-1965.* Bogotá: Icfes, 2000, 18-19. Las tesis de Leal Buitrago se centran mucho en la noción de crisis del bipartidismo, mostrando este eje de análisis como factor que estructura el régimen político colombiano.

de guerra, el general Alberto Ruiz Novoa, al punto de que el presidente creyó que había una insurrección militar y estuvo a punto de dispararle al general cuando creyó que lo iba a encarcelar.[6] Finalmente, la crisis se zanjó con la renuncia del general. Esta situación despertó un nuevo interés por los estudios militares, centrándose en las relaciones políticas del Ejército (como institución) con los partidos políticos.[7]

En este contexto, hay que tener en cuenta que durante la década de 1960 en Colombia se produjo una renovación de la forma en que se concebía la historia y el oficio del historiador. Se presentó un distanciamiento de la historia política tradicional, que se centraba en el análisis de las acciones de grandes hombres o la historia militar. Los historiadores se decantaron por la historia social y económica.[8]

Eduardo Pizarro Leongómez, a finales de la década de 1970, abordó el tema de la profesionalización y los cambios del Ejército en varios artículos. En su análisis sobre la guerra de Corea hace una historia política desde arriba, en una relación entre la ideología del conflicto y la del país, con relación a los oficiales que fueron a la guerra:

---

6 *El Tiempo*, 24 de agosto de 1997. La situación es explicada por el mismo presidente en una transcripción de Ramón de Zubiría, de una entrevista que tuvo cuando era embajador en Holanda con Guillermo León Valencia, en 1969.

7 Rigoberto Rueda. *De la guardia de fronteras a la constrainsurgencia,* 18-19.

8 Carlos Miguel Ortiz Sarmiento. "Historiografía de La Violencia", *en La historia al final del milenio*, Vol. 1, 379-380.

> La guerra de Corea constituyó el único conflicto internacional de importancia en que se ha visto involucrado el ejército nacional y, de otra parte, el hecho de que se viera enfrentado a las fuerzas comunistas de Corea del Norte y la China continental sensibilizaría a un grupo significativo de *oficiales y suboficiales* (entre 150 y 200) en los postulados de la "Guerra Fría". Aun cuando su impacto no fue inmediato, dadas las características del conflicto interno en que se hallaban envueltas las fuerzas militares, a largo plazo la interiorización del conflicto este/oeste y una vez estos *oficiales* acceden a los puestos de mando de la institución, serán los portavoces de la llamada "revolución estratégica" en el país.[9]

Pizarro destaca varios aspectos que habrían influido en la consolidación "de la institución militar como actor político", y entre ellos incluye la participación en Corea: los oficiales que fueron a la guerra tuvieron una gran influencia en el cambio de mentalidad del Ejército, que lo llevaría a superar la tradicional adscripción partidista. Sus fuentes para afirmar esto son Francisco Leal Buitrago y Álvaro Valencia Tovar. Es notorio que la palabra "soldado" ni siquiera sea mencionada en el ensayo. Para el autor, los oficiales son los gestores del cambio político dentro de las Fuerzas Armadas.

En 1986 Carlos Urán hizo una aproximación diferente a la guerra de Corea, gracias a su consulta de fuentes diplomá-

---

9 Eduardo Pizarro Leongómez. "La profesionalización militar en Colombia (II): el periodo de La Violencia". *Análisis Político*, 32. La cursiva es mía.

ticas en Washington. Su obra, de gran influencia posterior, explora la relación entre la política colombiana y la política internacional y diplomática. Este texto no tiene ningún interés en mostrar el papel del soldado, sino que se centra en las decisiones políticas de los principales dirigentes del país y el Ejército. Urán presenta un interesante debate que sería una de las tendencias en la interpretación del papel del soldado que fue a Corea. Evalúa la afirmación según la cual algunos militares fueron escogidos para ir a la guerra por su condición partidista. Basado en entrevistas con militares y políticos conservadores de la época, refuta la tesis de que hubo un interés en deshacerse de militares liberales.[10] De esta manera, rebate la tesis de Leal Buitrago.

En el 2001 se publicó la tesis doctoral de Bradley Lynn Coleman, *The Colombian-American Alliance, 1938-1953,* posiblemente el más completo estudio sobre la guerra de Corea hasta ahora publicado, y a su vez el menos citado.[11] Este texto evalúa la contribución colombiana en el contexto de las relaciones estadounidenses con América Latina, usando la alianza colombo-estadounidense como caso de estudio

---

[10] Carlos Urán. *Colombia y los Estados Unidos en la Guerra de Corea,* 68. Pone como ejemplo a Alberto Ruiz Novoa, quien se declaró liberal, como paradigma de que los militares sí querían ir.

[11] Esta disertación de la Universidad de Georgia posteriormente sería ampliada en el libro *Colombia and the United States: the Making of an Inter-American Alliance, 1939-1960*. Kent: Kent State University Press, 2008. El análisis que acá se hace es a partir de la tesis doctoral. Este trabajo fue supervisado por William W. Stueck, experto en historia diplomática de Estados Unidos, la guerra de Corea, las relaciones internacionales entre Corea y Estados Unidos, además de la historia del tabaco.

para examinar las dimensiones hemisféricas de la Segunda Guerra Mundial y de la guerra de Corea.

El autor propone un análisis de política internacional, gracias a que tuvo acceso a archivos diplomáticos y militares en Estados Unidos. Para Coleman, la Violencia es una de las claves para comprender la participación colombiana en la guerra de Corea. El autor aborda el problema desde las relaciones internacionales, en el sentido de que fue un acto de cooperación estratégica, en un plano de intereses materiales (economía, tecnología) y de valores compartidos (ideología democrática y anticomunista).

Al igual que el texto de Urán, esta obra no habla directamente del soldado, pero genera discusiones sobre su representación. Para Coleman, los soldados eran en su mayoría voluntarios, excepto algunos. No son víctimas. No obstante, su narración de la guerra no plantea ninguna *agencia* a los individuos, sino que los adscribe al cuerpo militar. La discusión sobre la filiación política de los militares, o si estos eran voluntarios, solo le da una existencia efímera al soldado como individuo en el momento antes de entrar al Ejército, donde paradójicamente aún no es soldado. Ya en el Ejército, la narrativa anula su papel como agente individual y lo subordina al comportamiento de la estructura militar.

La breve reconstrucción que realiza de la batalla de Old Baldy, por ejemplo, es una muestra de que las preocupaciones de Coleman no se centraban en el papel individual del soldado. Su descripción es generalizada y se centra en dos aspectos: el movimiento de grandes unidades militares, tanto chinas como de las Naciones Unidas, y en la disputa

de los dos oficiales de alto rango a cargo de la operación: Alberto Ruiz Novoa, comandante del Batallón Colombia, y Arthur Trudeau, comandante de la 7ª División de Infantería, a la cual pertenecía la unidad militar colombiana.[12] Dentro de esta generalización, el autor sostiene que el único soldado condenado por un acto de indisciplina fue Alfred Ferhevach, cuya pena fue de 24 meses de prisión por robo. De resto, todos eran "disciplinados".[13] Así, el soldado es representado como un sujeto que responde a las directrices de la institución a la cual sirve.

Coleman compara las unidades colombianas con los etíopes, fieros en combate pero con un nivel de indisciplina perjudicial, al punto que llegaron a asesinar de manera selectiva a oficiales dentro de sus tropas. Por su parte, las tropas colombianas eran felicitadas por sus superiores estadounidenses. El autor reproduce, de esta manera, la visión ideal del soldado como agente de orden. No en vano critica que el problema de

---

[12] Bradley Lynn Coleman. *The Colombian-American Alliance: Colombia's Contribution to U.S.-Led Multilateral Military Efforts, 1938-1953,* 215-216. Estas discusiones las plantea a partir de los informes militares recopilados del Ejército de Estados Unidos, donde concluye, por ejemplo, que Ruiz Novoa fue usado como excusa por Tradeau para justificar su derrota en la batalla de Old Baldy.

[13] Bradley Lynn Coleman. *The Colombian-American Alliance: Colombia's Contribution to U.S.-Led Multilateral Military Efforts, 1938-1953,* 199. El nombre del soldado es Alfredo y no "Alfred". Coleman realiza un uso conveniente para su argumentación a partir de la fuente que utiliza, puesto que allí aparecen más casos. Por ejemplo, en la fuente aparece el soldado Álvaro López Zapata, condenado a dieciocho meses de prisión por "inutilización voluntaria", el 3 de agosto de 1952, o el soldado Julio Ernesto Rodríguez, condenado a siete meses de arresto militar por atacar a su superior, el cabo 2º Luis Alfonso Boorquez, el 23 de agosto de ese año (cfr. Alberto Ruiz Novoa. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea,* 152-154).

la participación se haya reducido a dos visiones: un conflicto partidista interno y la política imperialista estadounidense en Colombia. Si bien los soldados fueron vehículos para un fin mayor, que para Coleman serían los intereses políticos de unidad nacional y de alianza estratégica de Laureano Gómez, no hay una problematización de ese aspecto. Simplemente hacían parte de una organización: el Ejército.

En el 2005 Saúl Mauricio Rodríguez publicó un estudio similar que evalúa la influencia de los Estados Unidos en el Ejército Nacional. El autor analiza la colaboración durante la guerra de Corea y el conflicto del Canal de Suez; así mismo, plantea que los Estados Unidos se convirtieron en un referente para Colombia ("estrella polar") y que el conflicto asiático fue el punto de partida de una alianza que moldearía a las Fuerzas Armadas. Su análisis del funcionamiento del Ejército en Corea y en los años cincuenta está construido desde los discursos de los oficiales de alto rango, especialmente Alberto Ruiz Novoa. Rodríguez hace su análisis en términos de la relación de los altos oficiales del Ejército con el modelo estadounidense. ¿Qué papel desempeña el soldado dentro de su representación? Un testimonio de un veterano, sin especificar, le hace pensar que no hubo vínculos entre los dos batallones, el de Corea y el del Canal de Suez. Además, utiliza el testimonio del combatiente Pablo A. Torres Almeyda para mostrar que los soldados tenían una perspectiva ideológica favorable hacia la guerra: "Pertenecer a un regimiento estadounidense en plena guerra de Corea generó lazos indestructibles y acercó a los soldados y posteriores veteranos colombianos, a la causa de sus camaradas de armas.

Un combatiente colombiano señalaba que a los soldados que más agradecía en la línea de combate era a los estadounidenses", asevera el autor.[14] La voz del soldado, para Rodríguez, se identifica con la de los oficiales. El testimonio que utiliza sirve para generalizar la voz de los demás combatientes rasos.

En un aparte hace mención del paso del duro entrenamiento de los soldados, el complejo de inferioridad y la dificultad de manejar la ración, hasta una superación de la situación:

> Se pasó a una fuerte seguridad de las tropas colombianas para cumplir misiones de alto riesgo durante su permanencia en la línea de combate. Tanto que *todos* los soldados ansiaban combatir. Un hecho extraño si se tiene en cuenta que estaba en juego la propia vida. Esto se debió en buena parte al alto sentido de pertenencia que logró integrar a los soldados colombianos por sentirse como representantes de Colombia ante el mundo y frente a otras unidades militares.[15]

Para Rodríguez, el soldado es representante justo del modelo militar que surgió de la relación entre Colombia y los Estados Unidos. El soldado se vuelve un problema cuando no puede continuar en el Ejército una vez la guerra finalizó.

---

[14] Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, 54.

[15] Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, 55-56. La cursiva es mía. Esta afirmación se basa en el testimonio del soldado Danilo Ortiz (cfr. Danilo Ortiz. *En busca de la gloria*, 59).

Siguiendo a García Márquez, se lamenta de que los conocimientos aprendidos en Corea hayan sido "desperdiciados".[16] Este texto da mayor voz al soldado, puesto que ya tiene un papel determinado dentro del Ejército y no es un simple integrante de la institución monolítica. Sin embargo, continúa con la visión del papel del soldado como un agente del orden, esta vez que debe aplicar este conocimiento en Colombia. En otra obra Rodríguez afirma que los soldados que fueron reclutados por conscripción (servicio militar) "han carecido de sentido de un 'verdadero sentido de pertenencia y claridad de su misión'".[17]

La historia de la guerra como historia político-institucional ha dominado el recuento académico del conflicto. Este tipo de visión se construye mediante la metonimia, en el sentido de la relación que existe entre la parte y el todo. La parte "soldado" puede reemplazar el todo "ejército", y viceversa. No hay diferenciación entre la institución militar y sus miembros, por lo que sigue el carácter reduccionista característico de la metonimia. La mayoría de analistas se ha preocupado por ver las implicaciones de la actuación militar en relación con temas como partidismo, reestructuración de las Fuerzas Armadas y relaciones de los militares con la

---

[16] Saúl Rodríguez. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, 57. El autor retoma los textos de Alberto Ruiz Novoa, Álvaro Valencia Tovar y Gabriel Puyana García, principalmente, para analizar la situación en Corea.

[17] Saúl Rodríguez. "¡Aquí comienza la excelencia!: apuntes sobre conscripción y democracia en la Colombia contemporánea", en *De milicias reales a militares contrainsurgentes*, 74.

política nacional. Esto ha hecho que el soldado no sea visto como un agente político, sino como parte de una organización. De esta manera, el soldado se convierte en una proyección del deber ser de la institución militar, que es un agente que defiende el orden. No obstante, existe otra visión que cuestiona el papel de los soldados dentro del conflicto de Corea y en el Ejército. Estos replanteamientos transformaron la visión del soldado: deja de ser parte integral de la organización y se convierte en una víctima.

La victimización del soldado

El papel del soldado como víctima es un tema recurrente en diferentes narrativas de los últimos sesenta años. En el capítulo II se mostró cómo algunos oficiales sostenían que los miembros del batallón habían sido escogidos por su filiación política, aunque no había una victimización generalizada de los participantes. En la sección anterior se usaron algunos de estos argumentos para mostrar, en mayor o menor medida, cómo las decisiones políticas afectaron a los participantes. No obstante, serían otros autores quienes ahondaran en la descripción de los soldados que participaron en la guerra como víctimas de una situación política contra la cual no podían hacer nada.

Gonzalo Bermúdez Rossi, mayor del Ejército retirado, obtuvo el título de sociólogo de la Universidad Santo Tomás, de Bogotá, en 1975. En un estudio definido como sociología militar, en 1982, realizó un análisis de la institución en diferentes escenarios políticos e históricos. Su tesis apunta a que existía una militarización del país, donde las Fuerzas

Armadas dejaron de ser una herramienta política y se convirtieron en un actor político.[18]

Bermúdez afirma que los combatientes fueron desplazados a Corea impositivamente, aunque se les quiso mostrar como voluntarios. Su fuente es una encuesta hecha a 200 miembros de las Fuerzas Armadas, en servicio activo y en retiro, que combatieron en Corea. Este texto refuerza la tesis de los combatientes como víctimas, apoyado en las memorias del soldado veterano Alejandro Martínez Roa, de quien nos ocuparemos en el siguiente capítulo, y en los escritos de Álvaro Valencia Tovar.

Los extractos escogidos por Bermúdez muestran un Ejército politizado y dominado por los intereses estadounidenses. El autor adopta una postura crítica con respecto a Valencia Tovar, que compara la actuación de los soldados en Corea con la de las unidades de lanceros de la Independencia: "Las 'huestes colombianas' que fueron a Corea no lucharon ni ahincadamente, ni con verdadera mística por su propia liberación, ni en su propio suelo, sino en pro del imperio norteamericano".[19] También cita algunos testimonios, como el de Joaquín Velandia en Radio Cadena Nacional: "A nuestro regreso del frente de batalla en Corea, fuimos olvidados por el gobierno y los mandos militares, por lo que numerosos decidieron incorporarse a las guerrillas del Sumapaz".[20]

---

[18] Gonzalo Bermúdez. *El poder militar en Colombia: de la Colonia a la Contemporaneidad.* Bogotá: Editorial Expresión, 1992, 19-20.

[19] Gonzalo Bermúdez. *El poder militar en Colombia*, 95.

[20] Gonzalo Bermúdez. *El poder militar en Colombia*, 95

Bermúdez retoma narrativas que ya existían, pero que no habían sido visibles para la academia, en un modo irónico de urdir la trama confrontando la visión de Valencia Tovar. El autor utiliza por primera vez el texto del soldado Alejandro Martínez Roa y la voz de otros, mediante encuestas. Los oficiales del capítulo II usaron la voz del soldado para citar su heroísmo y la forma en que representaba una actuación ideal. Bermúdez tomará esa voz para mostrar cómo los soldados se vieron afectados por la situación política y unos intereses particulares. El soldado es representado como víctima de un conflicto ajeno, obligado a luchar por una causa que no es propia y damnificado por la guerra, no solo durante el conflicto, sino después de este, porque el gobierno los desatendió. En el 2008 Adolfo Atehortúa publicó un artículo que sigue esta línea argumentativa de Rossi, reforzándola con testimonios extraídos de algunas memorias de los militares:

> No es posible definir cuántos oficiales encontraron en la Guerra de Corea la oportunidad para escapar a la situación comprometedora en la que el Ejército venía moviéndose frente a la dinámica de la violencia: prefirieron combatir en Corea antes que matar compatriotas en los Llanos. Varias décadas más tarde, algunos confesaron que "no entendían por qué motivo habían acudido a un teatro extraño a su geografía, ideales, valores y aspiraciones". Otros, en cambio, lo dijeron sin tapujos [cita a Puyana García].[21]

[21] Adolfo Atehortúa. "Colombia en la guerra de Corea". *Revista Folios,* N°. 27 (primer semestre 2008): 65.

En 1993 Elsa Blair afirmó que el envío de tropas fue una herramienta política de Laureano Gómez contra los liberales.[22] Este argumento es contradictorio, puesto que una fuente para esta afirmación es el trabajo de Carlos Urán, el cual problematiza la selección. La investigación de Blair apunta a la idea de que con la participación en la guerra, el gobierno de Laureano Gómez buscó la asistencia militar y la ayuda extranjera de los Estados Unidos, con el pretexto de la lucha contra el comunismo. Así, el Gobierno logró asociar al liberalismo con el comunismo, para restarle legitimidad, y usar la ayuda militar en el conflicto interno. Esta visión muestra de manera implícita a los combatientes colombianos de la guerra de Corea como títeres de los intereses políticos del gobierno conservador. Así, se comienza a generar una visión crítica del papel del soldado en la guerra, que continuaría en las interpretaciones académicas.[23] El soldado es visto como un prisionero de la política bipartidista que no puede escapar de ese destino, el cual lo condena como personaje histórico.

En 1996 Kyong Mi Cha, de la Universidad Nacional de Colombia, presentó una tesis de maestría cuyo objetivo era

---

[22] Elsa Blair. *Las Fuerzas Armadas: una mirada civil.* Bogotá: Cinep, 1992, 74-76.

[23] Vale la pena recordar la definición de White del modo tramar satírico: "El tema arquetípico de la sátira es precisamente lo opuesto a este drama romántico de la redención (que es el planteado desde los oficiales); es en realidad un drama de desgarramiento, un drama dominado por el temor de que finalmente el hombre sea prisionero del mundo antes que su amo, y por el reconocimiento de que, en último análisis, la conciencia y la voluntad humanas son siempre inadecuadas para la tarea de derrotar definitivamente a la fuerza oscura de la muerte, que es el enemigo irreconciliable del hombre" (Hayden White. *Metahistoria*, 19-20).

demostrar que la participación colombiana en la guerra de Corea fue una decisión partidista, contrariando la creencia (existente sobre todo en el lenguaje de las Fuerzas Armadas) de que las razones obedecían a una tradición civilista y defensora de los principios democráticos. La autora usa de manera sistemática entrevistas a excombatientes, tanto soldados como oficiales, mediante una serie de preguntas estructuradas sobre la participación.

Esta tesis usa en gran medida estos testimonios, junto a notas de prensa y otros textos, para reconstruir la guerra de Corea. La voz del soldado aparece en diferentes escenarios, según el cuestionario. Así, unos hablan de "heroísmo", "valor", "abnegación", "sacrificio" y "disciplina". Sin embargo, cuando se llega a la pregunta de por qué fueron a la guerra, las respuestas son que fueron engañados, obligados, o sencillamente que eran ignorantes, en el sentido de que dado el origen campesino de la mayoría, desconocían las dimensiones y consecuencias de la guerra. De esta manera, Kyong argumenta que la decisión de la participación fue vertical, desde arriba, impuesta a los soldados de una u otra forma. Esta posición limita la capacidad de decisión individual, en el sentido de que es otro el que toma la decisión.

Es interesante ver cómo en el trabajo de Kyong se comienza a construir el discurso de posguerra de algunos militares, que como veremos más adelante es muy característico de los soldados rasos. Según recoge la autora, "la mayoría de ellos contestaron [...] que fueron olvidados, despreciados

y humillados sin ninguna ayuda por parte del gobierno".[24] Ahí aparece un conflicto, no desarrollado dentro de la tesis, donde algunos cuestionan "que las prebendas fueron recibidas por los altos oficiales", y donde señalan los problemas de reinserción a la sociedad que tuvieron después, al buscar trabajo, o la hostilidad de la población civil hacia ellos. Así, al igual que en Bermúdez Rossi, el soldado padece en la guerra y de regreso a casa.

Kyong afirma, de manera desafortunada, "que la mayor presencia de elementos liberales en la línea de fuego [...] pudo haber obedecido a una estrategia del gobierno conservador en el poder, tendiente a disminuir en el país la presencia liberal prevaleciente en el elevado número de las masas populares".[25] No cuenta con un trabajo estadístico (nadie lo ha hecho) para decir categóricamente que la mayoría de soldados eran liberales. Además, como ella misma señala, la mayoría de sus entrevistados (a excepción de uno) eran liberales, por lo que esta escogencia aleatoria de la muestra determinó el resultado del análisis de las entrevistas. Kyong no analizó los testimonios que recogió. Pese a que el soldado habla en primera persona, vuelve a aparecer como un actor determinado por las decisiones partidistas conservadoras y que no puede hacer nada para enfrentarse a su trágico destino.

---

[24] Kyiong Mi Cha. *La participación de Colombia en la Guerra de Corea, 1950-1953.* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1996, 156.

[25] Kyiong Mi Cha. *La participación de Colombia en la Guerra de Corea*, 158. Inclusive, llega a afirmar que "los excombatientes en el primero y en el segundo contingente no fueron reclutados en forma voluntaria sino que fueron objeto de una orden militar impartida" (159).

En el 2007 se publicó la tesis de maestría de Bárbara Skladowska, titulada *Los nombres de la patria en la guerra de Corea: el ocaso de un mito.* La autora adopta una postura crítica en relación con la historiografía tradicional, donde el protagonista, "el soldado que parte para Corea, está casi ausente o aparece como un peón irreflexivo o víctima de una compleja interacción social".[26] Su trabajo busca mirar "desde adentro", desde la dimensión cultural de la realidad histórica, como una reacción crítica de la autora respecto a las miradas anteriores que solo veían al Ejército desde "afuera". La investigación de Skladowska tiene como propósito "indagar por las representaciones patrias; por la manera cómo los contemporáneos (la sociedad representada en la prensa de los 50 y los combatientes) traducen lo extraño y amenazante de su entorno [...] cómo dotan de significado al contexto social y su relación con él y regulan consecuentemente sus prácticas".[27] Su intención es rescatar esa voz de los protagonistas, de los "enviados". Sin embargo, pese a su intento de desligarse de la historiografía tradicional, la perspectiva de Skladowska presenta al soldado de nuevo como una víctima de las circunstancias políticas y de la guerra, en un modo satírico donde ni los personajes ni el mundo social encuentran reconciliación al final.

El escrito en mención plantea una diferenciación en dos categorías de análisis: *la voz desde Colombia*, que aparece

---

[26] Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea,* 6. Los autores de los que se aleja son Gonzalo Bermúdez Rossi, Russell Ramsey, Álvaro Tirado Mejía, Jorge Orlando Melo, Francisco Leal Butrago y Carlos Urán.

[27] Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea,* 59.

en la prensa bogotana y los discursos políticos de los años cincuenta, y *la voz desde Corea*, donde hablan soldados y oficiales. Sin embargo, esta interpretación desde los militares tiene algunos problemas:

> El segundo eje discursivo, el de los enviados, lo componen las múltiples voces de los militares, los que hablan desde el horizonte "significativo-relacional" atravesado por la cruda realidad de un campo de batalla [...] se compone de los diferentes testimonios inscritos en la dimensión temporal y espacial única: los tres años que duró la misión del Batallón en Corea.[28]

Los enviados (o "la voz desde Corea") hablan en Colombia, puesto que la autora se basa en entrevistas que realizó a los veteranos en el siglo XXI y en los textos y memorias publicados por soldados y oficiales a largo del siglo XX. No tiene en cuenta la temporalidad ni el lugar de producción de estas fuentes, pero los evalúa como si estuvieran hablando en tiempo presente durante la guerra. Skladowska usa estos datos para confrontarlos con la prensa de la década de 1950 y mirar cómo se construyó el discurso sobre la patria, de forma paralela, entre quienes combatían y quienes estaban en Bogotá.

La autora atribuye mayor agencia a los beligerantes que otros estudios: "Podemos pensar que aunque los combatien-

---

[28] Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea,* 86-87.

tes estaban constreñidos por las condiciones no elegidas, sus actuaciones fueron resultado de sus propias elecciones".[29] Esta frase resume la representación del soldado que se plantea la autora. Por una parte, habla de unos sujetos envueltos en una situación política concreta, a la que fueron enviados como carne de cañón por unos intereses partidistas de la época; la visión del soldado-víctima. En contraste, sostiene que cada soldado construía su propia visión del mundo que lo rodeaba y de la guerra, por lo que plantea la dualidad entre lo que representan los mismos militares y la opinión pública. El "soldado" es en este caso un concepto generalizado, puesto que la autora no hace distinción de rango entre los combatientes, por lo que su descripción vale tanto para los oficiales como para los soldados rasos. El tropo que mejor describe la operación de escritura es la sinécdoque, puesto que primero transfiere las características del todo —los enviados, en conjunto— a la parte —los soldados rasos (función integrativa)—. Segundo, transfiere las cualidades de la palabra víctima

El mismo título de su obra, *El ocaso de un mito*, refleja que en su narración domina el discurso pesimista sobre la participación colombiana en la guerra de Corea y el conflicto mismo, todo lo cual considera un sinsentido, criticando la visión oficial que ha destacado la importancia de la participación dentro de la geopolítica del conflicto. El soldado, como sujeto social, es rescatado en este relato, al no reducir

---

[29] Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea,* 106.

las decisiones y la mentalidad del individuo a una acción institucional, como sucedía en las anteriores corrientes historiográficas, sino que es un actor que entra en conflicto o que apropia discursos y prácticas que se construyen desde un centro político que es Bogotá.

Los trabajos de Kyong y de Skladowska suscriben una perspectiva diferente de la guerra de Corea, distanciándose de los discursos dominantes en la academia de los últimos sesenta años que han reducido el problema de Corea a sus circunstancias políticas e institucionales. No obstante, estos cuestionamientos no eran nuevos. En la literatura ya existía una preocupación por mostrar cuál era el papel de los soldados que fueron a combatir a la guerra de Corea. Una obra de teatro, *Guadalupe años sin cuenta*, y la novela, *Mambrú*, son una muestra de preocupaciones en otros ámbitos fuera de la academia.

Estos relatos serán vistos como producciones populares, partiendo de la visión de Néstor García Canclini en *Culturas híbridas*. El autor se separa del sentido clásico de lo popular (que se reducía al folklore o a lo campesino, como por ejemplo se ve en el trabajo de Mijail Bajtin),[30] y propone una nueva aproximación, en especial para América Latina, donde opera una relación entre tradición y modernidad de los sectores excluidos que no participan en el mercado de los bienes simbólicos legítimos (en este trabajo, las narrativas académicas y militares producidas por la "alta cultura", en

---

30 Mijail Bajtin. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de François Rabelais.* Madrid: Alianza Editorial, 2003.

términos de García Canclini). Las tecnologías comunicativas y la reorganización industrial de la cultura no sustituyen las tradiciones, sino que cambian las condiciones de obtención y renovación del saber.[31] Así, una obra de teatro como *Guadalupe* es una producción que combina el saber tradicional del teatro, con la inclusión de un público más amplio y la posibilidad —más reciente— de grabar y retransmitir las presentaciones que se hicieron en medios masivos como la televisión o internet, gracias a la gran popularidad de que gozó la obra. De igual forma, *Mambrú* es una mezcla de la pluma de un escritor formado en la tradición literaria académica con la apropiación de los relatos de los subalternos, masificados mediante un género popular como la novela y editoriales de gran tiraje. En esta investigación, el concepto de exclusión y subalternidad de García Canclini no es pensado tanto en quien produce el relato, sino en cuanto a su posición respecto a la tradición historiográfica, puesto que el teatro y la literatura no han solido ser tomados como referentes críticos sobre la producción histórica.

Guadalupe años sin cuenta fue escrita a varias manos por el grupo del Teatro la Candelaria y se estrenó en 1975. Ganó

---

[31] Néstor García Canclini. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. México: Editorial Grijalbo, 1990; Cruz Elena Espinal Pérez. "La (s) Cultura (s) Popular (es): los términos de un debate histórico-conceptual". *Revista Universitas Humanística* (Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá), Nº. 67 (enero-junio 2009): 223-243. Es curioso observar que estos relatos, aparentemente excluidos y subalternos, se transforman en relatos hegemónicos para los soldados rasos, puesto que presentan una visión que los excluye y no los representa, por lo cual deben adoptar sus propias estrategias narrativas.

el Premio Casa de las Américas.[32] Es uno de los clásicos colombianos, al punto que en la actualidad se sigue representando. Santiago García, director y fundador del Teatro, llegó a realizar más de 1500 presentaciones de esta obra.[33] La pieza narra la historia del asesinato del líder guerrillero liberal Guadalupe Salcedo. La historia se sitúa en el contexto de la Violencia partidista después del 9 de abril, ya con los conservadores en el poder, y muestra a través de las voces del pueblo, militares y políticos de la época, la rebelión liberal de los llanos orientales, culminando en 1953 con la muerte del líder liberal. La obra hace una inteligente combinación del tradicional coro que aparece en los cambios de escena del teatro antiguo con música colombiana. Plantea, desde su prólogo, un choque de versiones de la historia: el relato oficial *versus* el relato popular.

Uno de los personajes principales es el soldado Joaquín Robledo. Entró al Ejército a prestar el servicio militar, luego partió hacia la guerra de Corea, de donde regresó lleno de

---

[32] Los autores que estuvieron desde la creación, investigación y escritura son: Patricia Ariza, Luz Marina Botero, Graciela Méndez, Fernando Cruz, Inés Prieto, Hernando Forero, Oberth Gálvez, Manuel Gil, Santiago García, Carlos Parada, Fernando Mendoza, María Elena Sándoz, Francisco Martínez, Fernando Peñuela, Alfonso Ortiz y Álvaro Rodríguez. También contó con la ayuda de Arturo Alape, famoso por sus libros sobre la época de la Violencia y la muerte de Jorge Eliécer Gaitán (cfr. *Guadalupe años sin cuenta,* Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/guadalupe.htm [consultado el 10 de diciembre del 2012]). La lectura de esta obra se basa en esta versión.

[33] Lucía Garavito. "Guadalupe años sin cuenta: el lenguaje oral como instrumento de resistencia ideológica". *Latin American Theatre Review*, Vol. 20, Nº. 2 (Spring 1987): 6.

condecoraciones. En su primera aparición sigue las órdenes de un sargento de apellido Velandia en un retén en los Llanos Orientales. Habían capturado a un campesino de la zona, Jerónimo, a quien acusaban de rebelión. En su diálogo con él, encontramos una primera forma de representación del soldado raso:

> - Jerónimo: Entonces, ¿por qué no escapamos los dos a buscar la revolución liberal de los Llanos? Muchos soldados liberales han pasado a la revolución. Dese cuenta. Hasta el capitán Silva lo hizo con cuarenta soldados. (Pausa). ¡O déjeme escapar esta noche!
> - Robledo: Hombre, a mí no me haga esas propuestas. (*Cada vez más cerca del campesino).* Ahora soy soldado. Y como soldado no me puedo meter en política. Eso lo dice el teniente. Eso lo dice mi sargento Velandia.
> - ¡Anímese, hombre! Déjeme ir esta noche.
> - (Se *arrodilla junto a Jerónimo).* Entienda mi situación
> - ¿Por qué no escapamos los dos entonces?
> - Déjeme decirle: a los desertores los fusilan y yo soy soldado. Me gustaría ayudarlo. Pero, ¿qué puedo hacer?[34]

En esta parte de la obra Robledo aparece como un soldado de origen campesino, de El Limón, en el Tolima y de familia liberal. Lo dice en voz baja, para no llamar la atención

---

[34] "El Reten", en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/reten.htm [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

de los oficiales. El soldado se representa como un individuo de la misma índole que los demás hombres campesinos, diferente de los oficiales. Está en el Ejército por cuestiones circunstanciales, pero no comparte su ideología. Simplemente sigue las órdenes para no meterse en problemas. Esto se puede ver en un corrido que cuenta su historia inicial, luego de ser insultado por el teniente Velandia por ser "cachiporro" (liberal), quien le anuncia lapidariamente: "¡O lo enderezco o se lo lleva el putas!". Un corrido después de esta escena cuenta la historia de este soldado:

Joaquín Robledo, el soldado,
campesino tolimense
antes de ser enrolado
ya tenía bien presente
que si un día era soldado
llegaría a ser teniente.
Ya empieza a tener sorpresas
este muchacho inocente
ya está en manos del sargento
que le va a lavar la mente.[35]

Unas escenas más adelante, el soldado vuelve a aparecer como recluta de la guerra de Corea. Un corrido, con ritmo de paisaje sabanero, lo vuelve a presentar dentro de la obra:

---

[35] "El Reten", en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/reten.htm [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

Y el campesino inocente
Joaquín Robledo, el soldado,
vio cambiar sus ilusiones
tragando siempre callado.
Su vida se la cambiaron
ya es hombre bien adiestrado.
En las manos del sargento
tiene el tiro ya afinado.
Va a la guerra de los yanquis
contra el pueblo coreano
con ilusión de medallas
y un buen ascenso de grado.[36]

Robledo, "el campesino inocente", aparece como una víctima de un sistema elitista, donde las decisiones se toman desde arriba, en una estratósfera muy por encima del pueblo. Esto es una constante dentro de la obra, especialmente cuando se ven las discusiones políticas en la capital comparadas con la lucha de guerrillas liberales en los Llanos. El soldado se muestra como un sujeto cuya mentalidad va cambiando y se moldea según los intereses del sistema.

El mismo sargento Velandia es quien da la instrucción a los soldados que parten hacia Corea. Luego de preguntarles si saben qué significa la guerra, pronuncia un discurso donde les asegura que de esa guerra van a volver como soldados

[36] "La Vaca", en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/vaca.htm [consultado el 10 de diciembre de 2012]).

de verdad y que no van a dejar "ni un solo bandolero vivo". Velandia pone como modelo de soldado al estadounidense: "conoceremos, eso sí, a verdaderos soldados, altos, rubios, fuertes, capaces de dar la vida por la Patria. De los soldados norteamericanos debemos aprender su valor, su arrojo. Su desprecio por la vida. Son hombres cojonudos, hombres que sienten en su honor de soldados el vestir el uniforme de la Patria".[37] Una serie de valores de los que carecen los hasta ahora reclutas. En un diálogo con el soldado Robledo, muestra el proceso de transformación de mentalidad de este al entrar al Ejército, donde deja de ser "una mierda, un miserable collajero" y se convierte en un soldado de la patria, "que no se mete en mierdas políticas". Un soldado que responde a un ideal: "¡Defender la Patria, mi sargento!".[38]

Unos agitadores irrumpen y les gritan: "¡Soldados colombianos! Ustedes no van a defender a Colombia en Corea. No estamos en guerra contra el pueblo coreano. ¡Esta es una guerra provocada por el imperialismo yanqui!". "¡Abajo el imperialismo yanqui! ¡Soldados, ustedes van a una carnicería, los mandan como carne de cañón! ¡Regresen!".[39] Esta visión se puede entender como la del clamor popular, según

---

[37] "El envío de tropas a Corea", en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/envio.htm [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

[38] "El envío de tropas a Corea", en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/envio.htm [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

[39] "El envío de tropas a Corea", en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/envio.htm [consultado el 10 de diciembre del 2012]).

los autores. Esto se ve porque usan el mismo lenguaje que los cantantes de los corridos que hay entre cada escena. Por ejemplo, es recurrente el término "guerra *contra* el pueblo coreano", que tiene un significado ideológico muy de la mano con las corrientes comunistas. La metáfora de "carne de cañón" también es recurrente; se puede encontrar, en cierta medida, en la literatura de excombatientes como Alejandro Martínez Roa. Unos años más tarde, otro de los soldados rasos veteranos, Fabio Botero, va a criticar esta postura, como se mostrará en el siguiente capítulo. Esta expresión aparece también en el texto de Bárbara Skladowska, en diferentes pasajes.[40]

La transformación está completa cuando Joaquín Robledo regresa de la guerra, repleto de medallas por acciones heroicas, y hace presencia en un acto religioso para honrar la memoria de unos soldados asesinados en los Llanos. El cura usa la figura literaria del apóstrofe, dirigiéndose a Robledo, en un discurso que hace un llamado a los soldados que fueron a Corea a la defensa de los valores cristianos, de la democracia y la paz.[41] Así, el soldado regresa como un instrumento

---

40 Bárbara Skladowska. *Los nombres de la patria en la guerra de Corea, 1951-1953: el ocaso de un mito,* 3, 71, 91, 111.

41 El apóstrofe se usa cuando el interlocutor se dirige, hablando en segunda persona, hacia una o varias personas presentes, ausentes, vivas o muertas, animadas o inanimadas, para captar mejor la atención. La forma más famosa es la usada por Cicerón con Catilina en el discurso *In Catilinam*, donde pareciera que le habla directamente a su rival político, cuando en realidad se está dirigiendo a los demás senadores. Este recurso sirve para aumentar el énfasis del personaje sobre el discurso aplicado. En el caso de Robledo, refuerza su estereotipo.

del poder político, en una escena que culmina con el soldado Robledo haciendo un saludo fascista.

Robledo llega totalmente diferente de Corea. Habla mitad inglés y mitad español. Aparece en una cantina, donde llora a su madre muerta. Se emborracha y confunde a una india con su progenitora. Luego sufre una situación de estrés postraumático y a la india la ve como un coreano, la ve como un coreano. Intenta ahorcarla y comienza a lanzar maldiciones, en las cuales se puede entrever una nueva crítica hacia los oficiales, pese a que Robledo había alcanzado el grado de sargento:

> ¿Dónde está el capitán, dónde está el teniente? Oficiales de mierda que no pelean, que no le dan la cara al enemigo. Son iguales a todos esos bandoleros que merodean por estas selvas, sin mostrarse de cuerpo entero. Aquí está el "Colombian Tiger", el tigre de Corea, con ansias de pelea. Come on, capitancito de mierda, teniente sin huevas, ¡oficiales que las charreteras les quedan grandes![42]

Es significativo el hecho de que la representación de este soldado afectado por la guerra, que solo habla de batallas, sea "tigre", el mismo nombre que tenía la compañía de Francisco Caicedo en el asalto al cerro de El Chamizo. "La sangre de los tigres no la hiela el miedo", grita el trastornado sargento.

---

[42] "La cantina", en *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/cantina.htm [consultado el 10 de diciembre de 2012]).

Le disparan. Luego reaparece más adelante buscando a Jerónimo en los Llanos para capturarlo, al mismo liberal que habría querido ayudar al principio de la obra, completando el ciclo de transformación. La actuación del soldado comienza y termina en el mismo sitio, alrededor del mismo personaje. Pero antes de Corea, es un simple liberal campesino recluta; después, es parte del aparato de represión del Estado. Esta visión que victimiza al soldado continuaría en la literatura colombiana.

En 1996, el escritor boyacense Rafael Humberto Moreno-Durán publicó en Barcelona *Mambrú*, una novela que presentaría por primera vez la dicotomía entre oficiales y soldados de manera explícita. Este texto presenta un modelo de relato muy informado de las situaciones bélicas del conflicto de Corea. A través del personaje ficticio Vinasco, un historiador cuyo padre participó en la contienda, Moreno-Durán articula su novela sobre las narraciones de excombatientes. En esta obra hay choques de clase y de raza; psicosis de la guerra; insultos y motes a oficiales; facciones que entran en conflicto con los ideales tradicionales, con el concepto de patria y con su papel dentro de la guerra. La diferencia entre los soldados y los oficiales, "los de allá arriba", aparece más explícita. Por ejemplo, uno de los narradores, lisiado y que vive en Tokio, relata cómo se conoció con el historiador protagonista, hijo de uno de los oficiales que conoció:

> Fue entonces cuando el profesor me dio su nombre y algo se removió en mi memoria y mi actitud cambió [...] ¿Sabe que su padre fue uno de los pocos tipos decentes que conocí

> yo en la guerra? Aunque él era oficial a nosotros siempre nos trató como iguales.[43]

Estas comparaciones se pueden apreciar en otro episodio, que relata una de las anécdotas del viaje del primer batallón desde Buenaventura hacia Pusán: la escala en Honolulu, en Hawái. El narrador se pregunta "¿Por qué los oficiales pueden bajar a tierra y nosotros [los soldados rasos] no?".[44] Así, uno de los factores para definir al soldado en esta obra es la diferencia. El *yo* o el *nosotros* se construye alrededor de lo diferente y dominante, que es la oficialidad. No en vano este soldado ironiza que Ruiz Novoa haya sido condecorado pese a no estar en el frente de batalla, mientras que él sí estuvo, hecho totalmente inventado por R. H. Moreno-Durán que puede suceder por dos cosas: por desconocimiento de que los soldados del primer batallón fueron comandados por otro oficial o, más probablemente, que el objetivo del autor sea realizar la crítica al exceso de autocomplacencia de los oficiales respecto a sus condecoraciones, sin importar la exactitud histórica.

Esa crítica también se puede advertir con respecto a esas memorias de los oficiales. Otro de los soldados que habla en *Mambrú* se burla de Valencia Tovar, no solo por su estatura ("el pequeño capitán"), sino porque aparecía siempre en los medios y en sus escritos nunca mencionaba a su tropa.

---

[43] Rafael Humberto Moreno-Durán. *Mambrú.* Bogotá: Santillana, 1996, 33.

[44] Rafael Moreno-Durán. *Mambrú*, 60.

En ese relato cuenta la historia del soldado Camilo Torres, quien bajo las órdenes de Valencia Tovar participó en una misión suicida de rescate que posteriormente fue alabada en periódicos, memorias y manuales militares. En su estilo narrativo ácido, Moreno-Durán vincula este hecho con la posterior victoria militar de Valencia Tovar sobre Camilo Torres, el cura insurgente, quince años después. De esta forma, vemos cómo esta obra muestra dos dimensiones: el soldado, como un personaje víctima del destino y que no logra la reconciliación, en un modo de tramar que se debate entre la sátira y la tragedia, puesto que si bien algunos mueren, otros sobreviven y cuentan la historia, con un final que es producto del destino (no hay reconciliación). Los oficiales, por su parte, hacen menos que los demás y se llevan la gloria, por lo que los presenta en un modo irónico, lo cual le permite la negación de la imagen tradicional.[45] Este hecho es marcado cuando el narrador es un oficial que confronta a los críticos de la guerra:

[45] Rafael Moreno-Durán. *Mambrú*, 90-91. En otro pasaje se burla de manera sutil del relato del subteniente Francisco Caicedo y su pelotón, a través de uno de sus personajes: “Los Tigres eran los más petulantes y no cesaban de vanagloriarse porque en uno de los combates más tenaces lograron sacar vivo de la refriega al teniente Peláez, a quien los chinos le dieron un tiro en las pelotas” (173). Ese cuestionamiento a la moralidad militar de los oficiales es un tema analizado dentro de la obra de Moreno-Durán, que algunos señalan que es una forma de desenmascarar “el fallido eufemismo de la guerra como juego” (Moisés Park. “*Mambrú*, novela sobre el Batallón Colombia en la Guerra de Corea: memoria, erotismo y olvido en la doctrina Marilyn Monroe”. *Brújula: Revista Interdisciplinaria sobre Estudios Latinoamericanos* (Universidad de California), Vol. 7, 2009, 108).

> Usted mismo menciona en sus escritos errores indignos de su objetividad. Mire bien: las bajas exactas fueron 639, de las cuales apenas 163 fueron muertos y 448 heridos. Se canjearon 28 prisioneros y algunos soldados se dieron por desaparecidos. Sume bien y dígame, ¿vale la pena hacer tanta alharaca por unas bajas tan poco significativas? Piense en cambio en la cantidad de condecoraciones con que los americanos premiaron el valor de nuestros hombres.[46]

El soldado aparece como un sujeto con agencia, que toma decisiones, no como parte de una estructura jerárquica organizada ni como un dato aislado. Así, vemos por ejemplo las razones que Moreno-Durán pone en boca de los soldados para ingresar al Ejército: algunos alegaban que fue por huir del exterminio político de la época, otros hablaban de forma de deshacerse de hijos díscolos, inútiles, que eran un dolor de cabeza y tenían poca esperanza en la vida civil. Unos afirmaban que lo hacían por promesas de becas y estudio del gobierno colombiano y del estadounidense. Algún otro afirmaba que se vio obligado a ir por lotería. Estas visiones se pueden encontrar en algunos testimonios orales de los soldados, así como en sus libros publicados.

El soldado en *Mambrú* se convierte en la voz que cuestiona la guerra de Corea y la visión tradicional del poder militar, que se puede sintetizar en el tradicional lema "Patria, Honor, Lealtad" del escudo del Ejército de Colombia. Si bien esta es

---

[46] Rafael Moreno-Durán. *Mambrú*, 160.

una novela, la construcción de su historia presenta elementos investigativos muy sólidos. En algunos pasajes hace referencia a prensa de la época (incluyendo las crónicas de García Márquez) y los libros principales del tema, incluidas las memorias escritas de los oficiales y el texto de Russell Ramsey. En su relato se ven algunas apreciaciones que en posteriores entrevistas con los soldados excombatientes son evidentes, especialmente la crítica a esas "historias de los oficiales" detalladas en el capítulo II. En una entrevista, el mismo autor explica cuál fue su proceso para consolidar esta obra:

> Elegí un historiador, hijo de un héroe de Corea, como narrador porque se siente hijo de héroe hasta que investiga. Los veteranos empiezan a contarle cosas que lo hacen dudar de la verdad que conoce. Entonces, va a los archivos militares colombianos, la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos y a Londres. El personaje es alumno de Eric Hobsbawm, el mayor historiador vivo del mundo, que es especialista en violencia colombiana. Son los pasos que yo di para la novela.[47]

Desde la misma época de la guerra, en el calor de los acontecimientos, no se hacía una reinterpretación del papel del soldado tan crítica. La obra de Moreno-Durán plantea un escenario que la historiografía académica no había tocado: el papel del soldado como actor dentro de una institución. Los análisis militares hasta ahora solo habían visto la

[47] *El Tiempo*, 15 de agosto del 2003.

organización como un conjunto monolítico, preocupados más por analizar una historia política desde la construcción hegemónica del discurso. Se rompe la homogenización que plantean otros escritos, puesto que se muestran historias de vida disímiles. La narrativa académica muestra una historia institucional donde el papel del soldado no es relevante. En las narrativas literarias, el papel de este es fundamental para comprender los conflictos sociales.

¿Cuál es la versión dominante de las narrativas de la guerra dentro de la sociedad colombiana? Para establecer esto habría que recurrir a un modelo estadístico para analizar de qué forma representan el pasado los colombianos y cómo la guerra de Corea está presente en sus percepciones históricas. Hacerlo está fuera del alcance y propósito de esta investigación.[48] Sin embargo, algunas publicaciones de prensa actuales muestran qué tipo de interpretaciones siguen circulando. En un artículo conmemorativo de los sesenta años del Batallón Colombia, la *Revista Semana* presenta una narración de los hechos que refleja las visiones de los oficiales, donde el soldado-héroe aparece en la narración del caso del soldado Camilo Torres Cruz, que como se mostró en el capítulo II corresponde al modelo de héroe que impera en la narrativa de los oficiales.[49] En ese mismo ambiente de aniversario,

---

[48] Un estudio de estas características fue ejecutado por Roy Rosenzweig y David Thelen, donde evaluaban los usos que los estadounidenses tienen de su historia. *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life.* New York: Columbia University Press, 1998.

[49] Pedro Arciniegas Rueda. “En la guerra olvidada”. *Revista Semana*, 9 de octubre del 2010.

El Tiempo publicó una entrevista a Álvaro Valencia Tovar, donde continúa su narración desde los principales personajes de la guerra (no hay mención de los soldados) y aparece de nuevo el énfasis en que la mayoría de participantes eran liberales.[50] Las visiones dominantes que se producen fuera del ámbito militar se pueden articular en tres ejes: el primero corresponde a la visión de las historias de las Fuerzas Armadas desde lo institucional y a las publicaciones periódicas, donde se recurre a la metonimia en la relación soldado-institución para explicar su papel. El segundo se desprende mediante la problematización del primero por parte de la academia. Los historiadores comenzaron a construir un relato donde el soldado se desarticulaba de la institución y se convertía en una víctima del destino. El tercer eje es producto de la lectura que desde la cultura popular se hizo del conflicto. El personaje del soldado también se victimizó, pero mediante una trama que se acercaba más a la tragedia, puesto que si bien el destino y las decisiones de la lucha política determinaron su suerte, los personajes pudieron mostrar un grado mayor de libertad, y al final del relato hubo una ganancia en la conciencia sobre los personajes, a saber, que fueron a pelear por una causa injustificada.

---

50 Cfr. María Isabel Rueda. "Sesenta años después, ¿qué ganamos en la guerra de Corea?". *El Tiempo*, 2 de noviembre de 2010. La misma periodista es quien pregunta "¿Es cierto que la mayoría del Batallón Colombia estaba compuesto por liberales?", una muestra de la expansión dentro de diferentes niveles de esta afirmación (por cierto, hay que decirle a María Isabel que la embarcación que llevó al primer Batallón se llamaba *Aiken Victory*, y no *Iken Victory*).

No obstante, existen otros relatos que circulan, y que dan una visión más amplia de lo que significó ser soldado en el conflicto coreano. Se trata de la visión de los mismos soldados, que mediante escritos, entrevistas y monumentos hicieron su propia interpretación de la participación en la guerra.

Capítulo 4
Renacimiento: El soldado se reconstruye

El 13 de agosto de 2012, una de las noticias más destacadas del día fue un artículo que apareció en *El Tiempo*, en su contraportada, con un título provocativo: "La historia del veterano de guerra que fue rescatado de un basurero". El texto de la periodista Sally Palomino Carreño relata cómo la Policía encontró en Soacha, al sur de Bogotá, en condiciones deplorables, al ex combatiente Hernando Piñeros, quien luego fue asistido por los miembros de la Asociación Colombiana de Veteranos de la Guerra de Corea (Ascove).[1] Piñeros participó como cabo primero en la guerra y fue instructor de sanidad del tercer pelotón, aquel que combatió en Old Baldy. En este artículo se aprecia la disputa que tienen en la actualidad los excombatientes de rangos bajos con el Estado colombiano por reconocimiento y recompensas después de la guerra. En el capítulo I vimos cómo García Márquez relató el incumplimiento de esas promesas. Sesenta años después la disputa se ha agudizado. Esto afecta la forma como se recuerdan hoy los combatientes y la manera en que narran la historia. En este capítulo veremos cómo los soldados se han representado

---

1 *El Tiempo*, 13 de agosto del 2012.

a sí mismos después de la guerra y cómo esta construcción refleja una dimensión diferente de la organización militar, no tan rígida y jerárquica, donde los individuos tienen agencia y control de ciertas situaciones más allá del esquema orgánico del Ejército narrado por oficiales y la mayoría de la historiografía académica. Los soldados dejaron de ser *objetos* de la historia y se convirtieron en *sujetos* de esta.

En los textos del Ejército y las memorias de los oficiales, el soldado ha aparecido mediado según los intereses de quien narra. Después de la guerra, se escucharon algunas voces de los soldados en diferentes publicaciones. En la *Revista Militar*, en 1957, aparece el relato del soldado Gabriel Londoño acerca de la toma del Cerro 400, el 21 de junio de 1952. Esta operación se conoció bajo el nombre de "Climber", y consistió en un ataque a un puesto de avanzada del enemigo, más allá de la línea de combate, es decir, dentro del territorio de Corea del Norte. Esta batalla es recordada porque los militares estadounidenses, ante la forma de combate de las tropas colombianas, decían "*They are crazy!*". El Batallón recibió la felicitación de parte del comandante del Octavo Ejército de los Estados Unidos y de las tropas de la ONU en Corea, el general James Van Fleet.[2] El soldado Londoño relata así la actuación de la tropa durante la toma:

> Fue en aquel instante cuando del grupo de soldados se desprendió una sombra; un soldado que con arrojo y decisión

[2] Gabriel Puyana García. "Operación Climber: ataque al Cerro 400", en *En Corea por la libertad y la gloria*, 266-268.

> se levantó y avanzando a través de las posiciones enemigas, sin importarle la metralla que caía a sus pies tratando de impedirle el avance, fue a clavar el tricolor colombiano en la cima del cerro. Había nacido en ese instante el nuevo Girardot de nuestra época; aquel soldado, aquel pequeño boyacense, con la sangre india en sus venas, con aquel corazón lleno de patriotismo, con el coraje heredado de sus gloriosos antepasados, había efectuado una hazaña nunca vista en los anales de la guerra de Corea.[3]

El relato tiene las características que ya veíamos como típicas en otros relatos de los militares, como la mención del heroísmo o evocar a los héroes patrios. No hay que olvidar que estaba en una revista oficial del Ejército. No obstante, vemos que el soldado del relato era quien tomaba la delantera de la operación, por su propia decisión de ir al frente. También aparece por primera vez, y quizá única, la mención de la ascendencia indígena de los combatientes, tan negada desde los discursos de Laureano Gómez y los militares, quienes solo vinculaban el pasado heroico con la tradición criolla y española. En el relato, los soldados son los protagonistas: toman posiciones, capturan el armamento enemigo.

---

[3] La fuente de este texto es indirecta. Es una transcripción que aparece en el libro: Pablo E. Torres Almeyda. *Colombia en la Guerra de Corea: impresiones de un combatiente.* Bogotá: Fuerzas Militares, 1960, 60-63. Allí indica que toma esta versión de la *Revista Militar*, N°. 3, de 1955. No obstante, en la investigación no se encontraron vestigios de este número de la revista. En la Biblioteca Nacional de Colombia están los ejemplares 1-2 y del 4 hasta el 20, en 1960. El soldado al que hace referencia es Pedro Alcántara Pira, muerto por impactos de granada en el estómago luego de esta acción.

Los oficiales arengan, pero no deciden la batalla. Al final del combate, llega un oficial y dice "Cumplida la misión…. vencimos… Viva Colombia".

En 1960 Pablo Torres Almeyda escribió un libro sobre la guerra. El autor viajó con el octavo relevo, bajo el grado de sargento segundo. Si bien este texto es escrito por un oficial, aparecen transcripciones literales de relatos de guerra de soldados rasos que dan una visión totalmente diferente de su papel en el conflicto. Este libro es de gran calidad, en cuanto a su presentación e introducción de la historia de Corea, atento a las fuentes de donde saca la información; un texto de gran factura en este aspecto comparado con otros escritos por los veteranos. No obstante, no tuvo gran difusión ni reimpresiones. Este escrito se encuentra archivado en la Biblioteca Nacional y no hay copias disponibles en ninguna otra librería o biblioteca pública.[4] En los textos que hablan de la guerra, es mencionado dentro de la bibliografía por algunos, pero es escasamente citado. El texto es dedicado a los oficiales y a los soldados que participaron, y fue escrito durante el Frente Nacional. No en vano, como muchos escritos militares, inclusive en la actualidad, pone en su portada al presidente de turno, en este caso Alberto Lleras.

El libro tiene la transcripción de algunos testimonios de soldados que estuvieron en el frente de guerra en las batallas

---

[4] Las otras copias disponibles están en la Biblioteca Central de las Fuerzas Militares "Tomas Rueda Vargas", dentro de la colección general y la colección especial "Álvaro Valencia Tovar". El libro fue publicado por la imprenta de las Fuerzas Militares.

del Cerro 180 y Old Baldy, en marzo de 1953. La primera historia es la de Benedicto Silva García, un fusilero. El relato explica qué tipo de armamento llevaba el soldado: un fusil M-1, cuatro granadas de fragmentación, tres de contusión y una antitanque. En alguna otra parte del texto, Torres Almeyda hace una descripción general de las armas usadas por los soldados, suboficiales y oficiales, donde se ve que los primeros manejaban la mayoría de armas pesadas y de asalto, como es el caso de las carabinas M-1 y M-2, semiautomáticas, de gran poder de fuego, y que facilitaban la movilidad del soldado; ametralladoras Browning .30 y .50, morteros de 45 y 81 milímetros; fusiles sin retroceso 57, 75 y 105 o el M-1 Garand, para destacar las principales armas. En tanto que los oficiales solo usaban pistolas de 45 milímetros, también empleadas por los soldados que tenían la función de apuntadores y asistentes.[5] En Torres la diferenciación entre los oficiales y el resto del cuerpo militar es evidente:

> Su comandante puede ser Teniente, Subteniente, Sargento 2º, cabo 1º o 2º. Es de anotar que tanto entre los oficiales como entre los suboficiales, estos son los grados, que, por lo común, con el soldado, hacen la guerra de forma práctica y material en la línea de fuego; los demás grados, de capitán hacia arriba dirigen las tropas teóricamente con base

---

[5] Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 100-101. En los anexos del texto de Saúl Rodríguez. *La influencia de Estados Unidos en el Ejército colombiano*, *1951-1959,* hay algunas imágenes de este armamento, aunque no especifica allí quién usa esas armas.

> en la carta topográfica, en lugares más o menos seguros y a distancia prudencial del enemigo.[6]

El relato del soldado Silva García no está inspirado ni en héroes patrios ni en ideales, como sucedía en los relatos de los oficiales.[7] Durante el ataque al Cerro 180, se describe a sí mismo en una situación desesperada, donde no tenía el control. En su relato, recibe ciertas órdenes de un oficial antes de entrar en acción, pero es él quien decide cómo actuar durante la batalla. En un primer momento, se describe lanzando granadas a diestra y siniestra, según lo considerara necesario. Avanza, retrocede, toma posiciones por su propia cuenta. De pronto, estalla una granada a su lado y una esquirla le abre una herida de diez centímetros en la pierna. Con el fusil hecho pedazos, sin casco y sangrando, es encontrado en una zanja por un grupo de soldados chinos, que lo capturan. Lo llevan a un campamento donde le dan un trato digno —le ofrecen cigarrillos, comida y atención médica—. Silva es llevado a un búnker para curarlo de su herida, que se agravaba por la infección. En un momento entra una granada a la habitación, pero sus captores lo salvan de la explosión arrojándolo al suelo y poniéndolo a cubierto. Luego de tres días, es llevado a un campo de prisioneros y allí se encuentra con dos estadounidenses, un puertorriqueño y dos colombianos, Óscar Noval Durán y Álvaro Robayo, capturados en Old Baldy, batalla ocurrida apenas días después de que

[6] Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 112.

[7] Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 128-133.

capturaran a Silva. Este relato revela a un soldado totalmente diferente, que adquiere protagonismo dentro de la guerra, más allá de las decisiones de la jerarquía militar. Es él quien controla su destino.

Torres Almeyda transcribe otro relato de un soldado que estuvo en Old Baldy, Alcides Mejía, un caldense oriundo de Marquetalia, quien prestó el servicio militar en el Centro de Ingenieros "Caldas" en 1952 y después ingresó al Batallón Colombia.[8] Mejía estaba en el búnker junto a un cabo antioqueño, que le había pedido que no lo abandonara.[9] En un momento el cabo es herido y el soldado tiene que protegerlo. Se le traba el fusil, por lo que el soldado debe luchar solo con la bayoneta. Entran a su posición cuatro chinos, a cierta distancia. Se acerca uno lentamente. Mejía lo apuñala en el estómago y le quita el arma. Salen huyendo los otros y regresan con veinte soldados más que lo acorralan para capturarlo. Uno se da cuenta de que el cabo herido se estaba haciendo el muerto y lo remata, mientras los demás se llevan al soldado malherido a un búnker. En su relato muestra cómo, dentro del grupo de prisioneros, no importaba la jerarquía porque todos se trataban como iguales, sin importar el rango o país de origen. Permaneció cuatro meses y medio en un campo para prisioneros hasta la firma del armisticio. Su dieta era principalmente arroz y jugaba baloncesto para pasar el tiempo. Los captores le propusieron que por cada diez moscas matadas, les daban un cigarrillo. Durante este

---

8 Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 141-144.

9 Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 141.

tiempo, mató 3000 y recibió tres paquetes como paga. Si bien estos datos finales pueden parecer irrelevantes, son una muestra de cómo para el soldado la guerra corresponde a su experiencia vivida. El eje de la narración no está en el papel de las Fuerzas Armadas en el conflicto, sino en su historia personal. Como protagonistas de la historia, adquieren una autonomía dentro de la institución militar, donde escapa al simple cumplimiento de instrucciones.

Oscar Noval Durán, que fue hecho prisionero junto con Álvaro Robayo y Benedicto Silva García, también le dio su testimonio a Torres Almeyda.[10] Noval, de veinte años, era enfermero del puesto de sanidad bajo órdenes del capitán Hernando Rubiano Groot. Llevaba once meses al frente y le faltaban trece días para regresar a Colombia antes de que sucediera la sangrienta batalla de Old Baldy. Su relato nos sugiere una dimensión más amplia de cómo era la vida en Corea para los colombianos: tomaban cerveza y otras bebidas alcohólicas en bares coreanos. Junto con un mexicano, Miqui Sánchez, intérprete de Sanidad, salían a cazar pájaros y los hacían caldo. Le decían "Cantinflas", por sus cualidades de imitación del actor mexicano. Su narración de Old Baldy comienza con una premonición: en su segundo día de combate, su desayuno fue volado por un tiro de artillería. Los siete primeros días en esta posición fueron difíciles: las patrullas que salían sufrían por la artillería y las minas sembradas. Tenían que estar hacinados en los búnkeres, y dada su función de enfermero debía lidiar con heridos y muertos.

[10] Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 143-144.

La escena más fuerte de este relato sucedió el 21 de marzo:

> A las siete de la mañana me llamó el Teniente [Álvaro] Herrán a curar heridos alcanzados en su bunker por un tiro de artillería; uno de ellos, sentado con las botas en la mano, al moverlo se le cayó la cabeza. Casi me vuelvo loco de ver cuadro tan macabro. Lo sacamos secretamente con el fin de no desmoralizar a nuestros compañeros [...] A las dos de la tarde del 23 de marzo llegó Hernán García [otro soldado] con dos botellas de Ron Cundinamarca traídas de Colombia. Comentábamos: serían los últimos tragos de nuestra vida. La tierra se estremecía y saltaba por el aire ensuciándonos la ropa. Luego caían las mismas papeletas diciéndonos: "¡Váyanse, colombianos!". Estábamos muy desmoralizados.[11]

Estos relatos subvierten las narraciones idealizadas de los oficiales. La moral estaba por el suelo en esta batalla y no había heroísmo que valiera. El cuadro de este combate, la peor derrota que sufrieron las tropas colombianas, no se había descrito en esta dimensión. La prensa capitalina publicó información de una manera matizada: "Doce muertos y 24 heridos", informaba un titular de *El Siglo*. "La actuación fue gloriosa, dice Washington. Son falsas las informaciones alarmantes".[12] "Otra página de gloria", diría dos días después el mismo diario, publicando las palabras de Rojas Pinilla, aún

[11] Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 147.

[12] *El Siglo*, 25 de marzo de 1953.

comandante de las Fuerzas Militares, donde hablaba de apenas 18 bajas: "Nuestros soldados dieron prueba de coraje y su valor, y escribieron una página de gloria más para nuestro ejército".[13] En *El Espectador* también reportaron las mismas cifras de muertos, que eran en ese momento las oficiales, y también aludieron a las declaraciones que exageraban la magnitud del hecho: "Fue una batalla de bastas proporciones, de resultados significativos, pero en ningún caso de la gravedad de que dan cuenta los cables de la prensa", decía el ministro de Guerra, José María Bernal.[14]

Por el contrario, en el frente de batalla no se sentían tan gloriosos. En el relato de Noval solo se oyen gritos de terror de los soldados: "Gritos y algarabía salvaje se sentía por doquiera a la par del fuego infernal. Unos gritaban: '¡Me mataron!', '¡Virgen Santísima!', otros: ¡Ay Dios mío!', y caían para siempre".[15] No aparecen los oficiales ni suboficiales. Son solo hombres, sin distinción de rango, probablemente en su mayoría soldados rasos, que muestran unas relaciones de solidaridad, comparten temores, suplican y se confiesan ante Dios, de cara a una inminente aniquilación por parte de las miles de tropas chinas que atacaban la posición. La avanzada china llegó hasta su posición y capturaron a Noval, junto con otros cinco combatientes. Mientras los sacaban de allá, el cerro estaba siendo bombardeado por toda la artillería y la aviación de las Naciones Unidas, en su intento de no dejar

---

13 *El Siglo*, 27 de marzo de 1953.

14 *El Espectador*, 26 de marzo de 1953.

15 Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 148.

la posición en manos de los comunistas. Este bombardeo arrasó con todo el cerro, impidiendo el reconocimiento posterior de las víctimas. El cómputo final oficial de bajas es de 222, con 95 muertos, 97 heridos y 30 desaparecidos en acción, casi el 60% de las bajas de la campaña en Corea.[16]

Noval fue llevado con otros prisioneros a un campamento del enemigo. Allí se evidencia la ruptura de rango entre los prisioneros: había oficiales e inclusive capellanes en la misma situación, vestidos con prendas chinas. El soldado fue luego conducido a un hospital, donde se encontró con los otros dos prisioneros colombianos, Benedicto Silva y Álvaro Robayo. Luego del armisticio de julio de 1953, los prisioneros fueron liberados. En total, en el grupo de Noval había veintiún colombianos. A "Cantinflas" le llegaron incluso a proponer sus captores que se quedara con ellos y que lo ayudarían a instalar en China. "Yo tenía mis compañeros, mi madre y mis hermanos en Colombia, y aunque pensé quedarme, a las 12 del día 31 de julio [de 1953] salimos en una ambulancia muy lujosa".[17]

Estos relatos, de finales de la década de los cincuenta, hablan del soldado en otra dimensión, más activo, participativo, con temores, angustias y preocupaciones. No era el soldado antes de ir a la guerra del capítulo I, que la veía con cierta inocencia, romanticismo e incertidumbre. No era quien

---

16 Gabriel Puyana García y Alberto Ruiz Novoa. "El Cruento mes de marzo de 1953: Operación Bárbula, Dale y Old Baldy", en *En Corea por la libertad y la gloria*, 343.

17 Pablo Torres. *Colombia en la Guerra de Corea*, 159.

decidía la batalla, ni el protagonista del relato, pero tampoco dependía de órdenes de superiores para actuar. En estos testimonios recogidos por Torres Almeyda la participación de los oficiales es mínima, y solo aparecen como referencia a la unidad a la que pertenecían los soldados o como personajes circunstanciales.

En 1974, Alejandro Martínez Roa publicó sus memorias en el libro *Sangre en Corea*. Martínez participó como soldado raso en la guerra y recibió la Estrella de Plata de los Estados Unidos como condecoración. Oriundo de Santander, se presentó en 1950 en Puerto Wilches a un reclutamiento militar. En 1952, hallándose en Cartagena, fue trasladado a la Escuela de Infantería en Bogotá, para formar parte del Batallón Colombia. Hizo parte del 7º relevo, que partió ese mismo año hacia Corea. En Roa encontramos un relato sólido de alguien que no quiso ir a la guerra, pero que no ha sido usado como fuente por los historiadores:

> Recuerdo que al principio no quería ir a la guerra. Una vez allá en Usaquén, traté de fugarme, pero fui aprehendido. Me castigaron severamente y en total desnudez pasé una noche horrible en el "calabozo". Al día siguiente, después de una dura reprimenda, me mandaron a la fila, pero pronto vino mi resignación.[18]

[18] Alejandro Martínez. *Sangre en Corea: un infierno vivido en la guerra: Historia del Batallón Colombia, relatos personales.* Bogotá: Gráficas Nuevo Mundo, 1974, 125.

Los historiadores, como vimos en el capítulo anterior, han usado relatos de algunos oficiales para criticar la conformación del Batallón. No obstante, ninguno ha usado este texto donde aparece alguien que no quería ir, pero no por un motivo político, sino personal. Martínez destaca el papel heroico que desempeñaron quienes fueron a Corea, aunque con un matiz que no se ve en los relatos de los oficiales: este soldado reniega de la guerra y la critica; no la glorifica. Al igual que en los relatos anteriores, los oficiales tampoco son los protagonistas principales. Martínez también participó de las batallas del Cerro 180 y de Old Baldy.

El relato de Old Baldy comienza en la madrugada de 10 de marzo de 1953 y se centra en destacar aspectos relativos al ambiente: "Era un verdadero infierno. Lamentos, estallidos de granadas, bombas de todo calibre, chinas y nuestras, en furiosa combinación".[19] Los protagonistas son el cabo Lasmillas, abaleado en una acción suicida donde enfrentó solo a un grupo numeroso de chinos, y los soldados que se arriesgaron a salvarlo, que aparecen anónimos en el relato. Luego de la operación, Martínez, que trabajaba como radiooperador, fue seleccionado para ir al frente a rescatar unos cadáveres en posición misteriosa sobre el cerro. Al llegar al lugar, en "tierra de nadie", se aproximó a uno de los cuerpos que identificó como el soldado Gustavo González. Dentro de su vientre halló un bulto lleno de hojas con propaganda en inglés y en chino. Mientras rescataba los cuerpos, los chinos detectaron su posición y comenzaron a atacar la patrulla.

---

[19] Alejandro Martínez. *Sangre en Corea*, 129.

Martínez hace una reflexión, en este punto, sobre la guerra, que deja ver en claro una crítica a las jerarquías:

> Esa es la guerra. Las víctimas son siempre jóvenes. La muerte llega de improvisto sin esperarla [...] es la violencia desatada contra todos. Escasamente se sabe en el frente el porqué de una conflagración. En ello juegan intereses políticos, geográficos, religiosos, amparados siempre por decisiones tercas de gobiernos y de gentes que nunca van a luchar en las trincheras. Es el castigo del hombre.[20]

La descripción de los campos de batalla no es la epopeya del teniente Francisco Caicedo, sino dantesca. En una zanja encuentra el cadáver de un soldado con su mismo apellido, desfigurado. Era Antonio Martínez, quien había formado a su lado siempre. Siente náuseas y asco. A los pocos días, Martínez y su contingente se dirigen hacia la zona de Old Baldy, después de haber sido bombardeada por los aliados en el desesperado intento por recuperarla de manos chinas. Allí son encontrados, en los escombros, un soldado vivo y otro muerto, que son llevados a la retaguardia. Otro soldado, Jesús Lucero, de Bogotá, es hallado por una patrulla mientras caminaba perdido y aturdido en las laderas del cerro. Otro de los cadáveres era un soldado, un campesino, de acuerdo a su identificación.

Estas dos batallas son descritas de una manera diferente de lo que los oficiales narraban. No son la compañía "A" o

[20] Alejandro Martínez. *Sangre en Corea*, 139.

"B", liderada por este o por aquel, sino son relatos que incorporan elementos narrativos diferentes, que inclusive no tienen que ver con el teatro general de las operaciones o de la guerra. Es un relato que habla de la experiencia personal. El oficial en retiro Francisco Caicedo, autor de *Banzay*, se refirió posteriormente a este libro como "muy pobre en cuestiones históricas".[21] No cuenta esa gran historia sobre sucesos y acontecimientos de grandes hombres, que en Caicedo y los otros oficiales serían los líderes de las unidades militares, generales, tenientes y capitanes que dirigían las tropas, apoyados por soldados idealizados. Martínez Roa habla sencillamente de su experiencia en la guerra, de su niñez y de algunas concepciones políticas personales, en un relato a veces desordenado.

En *Sangre en Corea* aparece el batallón en una dimensión no militar. Se ven fotos de los soldados jugando fútbol o cantando. No son las imágenes que salen en la prensa y otros textos militares donde los soldados siempre están en actitud marcial, en entrenamiento o en combate. También recopila algunos testimonios breves de soldados, como por ejemplo el de Inocencio Báez Cruz, de Boyacá, perteneciente al primer pelotón y quien luchó en la batalla de "El Chamizo". En el relato de Báez encontramos las formas narrativas de los oficiales, donde destacan los tenientes que participaron, y una breve descripción de la batalla. Él se encontraba en las trincheras de Kumsong, donde fue herido

21 Entrevista Francisco Caicedo, 15 de julio del 2012.

y quedó inconsciente, para luego despertar en una camilla sin su brazo: había sido amputado.[22]

Pasarían unos años más para que otro relato de un soldado fuera publicado. En las páginas de la revista *Correo de Los Andes*, dirigida por Germán Arciniegas, aparecieron una serie de artículos escritos por Isaac Vargas Córdoba, soldado raso del tercer batallón, quien viajó en el 7º relevo que llegó a Corea. Su primer texto publicado fue "Los colombianos en Corea", en 1986. Este era un extracto de sus memorias, aún inéditas, donde describe su participación en la batalla del Cerro 180.[23] Este relato menciona a oficiales, suboficiales y soldados que participaron en la batalla, como protagonistas: allí son importantes las órdenes del comandante del pelotón, el teniente Andrade y las del comandante de su escuadra, el cabo Hernando Lamilla, del mismo modo que las acciones de armas de soldados como Zamora, Díaz o Marroquín. Sin embargo, el peso del relato está en su propia experiencia. Vargas y Marroquín se posicionaron en medio del intercambio de fuego entre tropas chinas y colombianas, en medio del caos del asalto. Vargas le dijo a su compañero: "Disparemos desde aquí; cuando usted corra hacia atrás para cargar su fusil, yo disparo; pero cuando yo lo haga usted dispara".[24] Una vez más, son los soldados quienes se organizan en medio del combate, donde la estructura militar se fragmenta debido al

---

22 Alejandro Martínez. *Sangre en Corea*, 194-195.

23 Isaac Vargas. "Los colombianos en Corea". *Revista Correo de Los Andes*, Nº. 36 (enero-febrero, 1986): 54-58.

24 Isaac Vargas. "Los colombianos en Corea", 57.

fragor del enfrentamiento. Marroquín queda inmóvil, lleno de sangre. Luego, en medio de la lluvia de fuego, oye a Lamilla gritar. Va a rescatarlo y de repente todo comienza a dar vueltas. Pierde el conocimiento. Lo recupera y ve todo rojo: había sido herido de gravedad. Sus compañeros lo evacúan de emergencia en un tanque oruga que es atacado en la huida. Vuela por los aires junto a los demás heridos y, como puede, llega al puesto de sanidad de la Cruz Roja, donde es recibido por el coronel Rubiano Groot, médico del Batallón, antes de desmayarse en sus brazos. Recupera momentáneamente el conocimiento, para recibir la absolución del capellán del Ejército que iba con ellos. Vuelve a quedar inconsciente.

Vargas escribió otros textos en esta misma revista. Un año después, habló sobre la guerra, criticando la falta de reconocimiento hacia los soldados:

> La juventud colombiana caída en Corea fue indemnizada con dos, cinco o diez mil pesos. Valía más el equipo personal, la munición o el fusil. No con gratitud recordatoria, con sentimientos de reconocimiento. No tiene valor o importa poco la muerte de jóvenes del campo, de la ciudad, analfabetos y alpargatones. Con este barro social se moldea el soldado desde la época de la independencia. Es materia prima silvestre, barata. La tiranía azul de rezo, machete y plomo, y luego la injusticia social, la impunidad y la inmunidad de los perversos dirigentes, lo han utilizado a bajo costo […] Los muertos por la patria se consideran elementos sobrantes de la sociedad. Colombia no ha reconocido el heroísmo a los soldados caídos en Corea. Por

> el contrario, insultos han salido de congresistas desde el propio Capitolio Nacional.[25]

Vargas publicó sus memorias en 1991 bajo el título de *La democracia traicionada.* El prólogo del libro fue escrito por Germán Arciniegas y permite entender por qué Vargas publicó algunos artículos en *Correo de los Andes*. Arciniegas, en su calidad de director de esta prestigiosa revista, lo conoció en un viaje de Fusagasugá a Bogotá. En ese momento el exsoldado llevaba once años al frente de una panadería llamada *El Arbolito*, que Arciniegas describe que surgió como consecuencia de la experiencia que tuvo Vargas en la guerra, donde aprendió la disciplina y a no rendirse; de allí el éxito de este negocio que llegó a distribuir productos en diferentes supermercados.[26]

Hasta esta obra, ninguna memoria o libro, ya sea escrito por oficiales o soldados, había mostrado una crítica política tan fuerte. Vargas comienza su libro con la descripción de su juventud en el Huila, principalmente en la ciudad de Neiva, durante las sangrientas disputas partidistas. Allí muestra los excesos de esa lucha, haciendo énfasis en las consecuencias del 9 de abril con el asesinato de Gaitán y de la votación del 27 de noviembre de 1949, cuando salió elegido como presidente Laureano Gómez. Estos antecedentes tienen una

---

25 Isaac Vargas. "Diferencia bélica entre Colombia y Corea". *Revista Correo de Los Andes,* N°. 45 (junio-julio 1987): 81-82.

26 Germán Arciniegas. "Prólogo", en Isaac Vargas. *La democracia traicionada*. Bogotá: Tercer Mundo, 1992, 12.

intención narrativa clara y es, como venía haciendo en sus artículos, acusar a los políticos, especialmente a los conservadores, en cabeza de los "dictadores" Mariano Ospina y Laureano Gómez. Su decisión de ir a la guerra surge como un escape a esta situación, lo que le llevó a presentarse con apenas dieciséis años al cuartel como voluntario, aunque pensó en desertar durante los entrenamientos en Bogotá.

Este relato de Vargas añade información sobre cómo eran los soldados que combatieron en Corea, en aspectos como el vestuario para invierno: un pantaloncillo corto y uno largo de algodón; pantalón de paño y nailon para que no se pegara a la nieve; medias y botas de lana; camiseta de algodón manga larga; camisa de paño; chaleco antibalas; dos bandoleras con proyectiles; cuatro granadas de mano; cinturón con munición; gorra de pelo hasta la barbilla; casco de fibra y acero; fusil M-1 con bayoneta; y guantes de cuero.[27]

Su relato de la batalla del Cerro 180 es muy similar a la que apareció en el artículo cuatro años antes de publicar su libro. El libro describe con detalle qué pasó con Vargas luego de ser herido, aspecto apenas mencionado en los artículos precedentes. Vargas recibió un impacto de bala en su rostro y debió ser trasladado a un hospital militar. Fue llevado a Houston, en Estados Unidos, donde fue tratado de sus heridas. El Gobierno estadounidense no se hizo más cargo de sus gastos médicos, por lo que Vargas fue sacado por la fuerza del centro de rehabilitación y enviado a Colombia en avión. Al llegar, fue recogido por un volquetero, junto con otros

[27] Isaac Vargas. *La democracia traicionada*, 103.

dos soldados, y llevado a un centro médico en el barrio San Cristóbal, en Bogotá. Según el relato, fueron tratados peor que quienes fueron hechos prisioneros en los campos chinos. Los soldados que estaban junto a Vargas fueron dados de baja del Ejército arbitrariamente y tuvieron que luchar contra oficiales indolentes a quienes les importaba poco su situación de salud. El autor recoge historias de algunos soldados, por ejemplo, la de uno que había perdido un ojo, le dieron de baja por supuesto mal comportamiento y apareció luego ahorcado cerca de la clínica. Otro apodado *Pachito*, quien perdió las piernas en la guerra y fue encontrado por Vargas después pidiendo limosna en un carrito de balineras.

El autor hace una defensa de la democracia como sistema político y es el motivo que más aclama para justificar la participación de Colombia en la guerra. No obstante, critica incisivamente a Laureano Gómez y a los dirigentes colombianos, con ideas como que la guerra fue una excusa para deshacerse de militares de carrera que eran liberales, llegando a insinuar que aquel Ejército era una herramienta de avanzada de los conservadores.[28] Ese sistema político, corrupto, es para Vargas la causa de que no haya monumentos ni placas que conmemoren su participación en el conflicto coreano. El soldado aparece como una víctima de un partido político, que tuvo que arreglárselas como pudo para sobrevivir. Más adelante volveremos a su historia, que cambiaría en ciertos aspectos veinte años después.

[28] Isaac Vargas. *La democracia traicionada*, 145.

La obra que cierra el ciclo de textos publicados por los soldados es *Corea del Norte, 1951-1952*, de Fabio Botero López. El autor nació en Sevilla, Valle del Cauca, el 19 de abril de 1931. Estudió en Manizales, Caldas e ingresó al Ejército como "voluntario", puesto que no tenía $ 35 que costaba la libreta militar.[29] Esta obra fue ganadora de un concurso literario del departamento de Caldas, bajo la modalidad de testimonio, y fue publicada en el 2001 por la Gobernación del departamento.

El escrito inicia con una crítica a quienes dicen que los combatientes fueron "carne de cañón". Botero asevera que en el lado estadounidense murieron 50 000 hombres, mientras que colombianos apenas murieron 200.[30] Este texto, sin embargo, no es una apología. El soldado aparece en una faceta que molestaría a los oficiales: el soldado rebelde.

La faceta rebelde se puede ver en la descripción de un hecho que podría considerarse aislado dentro de las narrativas clásicas de la guerra, es decir, las batallas. Botero relata que se encontraba haciendo labores de patrullaje en el frente, en la región montañosa norcoreana de Igil-Li, en algún momento de 1952. El subteniente Héctor Sanabria le informó que tenía que ir con una patrulla de observación. El mismo Botero, en la madrugada del día de la operación, le pidió al oficial un intercambio de armas: el fusil del soldado por la

---

[29] Fabio Botero. *Corea del Norte, 1951-1952: vivencias de un soldado colombiano agregado al Ejército de las Naciones Unidas.* Manizales: Fondo Editorial de Caldas, 2001, 26. Botero hizo parte del segundo Batallón, al mando del teniente coronel Alberto Ruiz Novoa.

[30] Fabio Botero. *Corea del Norte*, 25.

carabina automática .30, con cinco proveedores de 30 balas. Esta decisión, indica Botero, salvaría su vida.[31] Acá vemos una actitud donde es el mismo soldado quien toma la iniciativa, por encima a las jerarquías. Pero aún hay más.

La patrulla era comandada por el sargento segundo Saltaren Roque. Botero cumplía las funciones de radio-operador. Después de hacer un reporte, hacia las diez de la mañana, las fuerzas enemigas los atacaron. El sargento Roque dio la orden de retirarse ante la embestida, pero Botero quedó aislado. Trató de usar su radio, pero este fue hecho añicos por el fuego de las Thomson de sus rivales. Un soldado norcoreano se aproximó y Botero le disparó, escondido. Otros dos se aproximaron a ayudarlo, y mientras lo sacaban de la zona, el soldado colombiano apuntó hacia las granadas de mano que cargaban. El objetivo estaba a diez metros de distancia, pero Botero no falló: "la explosión hizo desaparecer de mi vista a los tres soldados enemigos convertidos en fragmentos que volaron en todas direcciones".[32]

Al darse vuelta, Botero se dio cuenta de que estaba solo y sus compañeros habían emprendido la huida. Sobre su posición llegó gritando y disparando un oficial enemigo. Botero giró rápidamente y le disparó una ráfaga que lo envió hacia un precipicio que había atrás. Después apareció otro soldado armado con un fusil, al que le disparó y por la violencia del

---

[31] Fabio Botero. *Corea del Norte*, 105.

[32] Fabio Botero. *Corea del Norte*, 109. Es notorio que Botero se refiere a sus rivales como norcoreanos, mientras que los demás veteranos, tanto soldados como oficiales, en sus textos y relatos orales, los llaman chinos.

impacto lo envió también hacia el abismo. Botero salió de la roca donde estaba oculto para buscar un lugar seguro, justo segundos antes de que cayera allí una lluvia de granadas. En la huida disparó a unos soldados más y se lanzó sobre la cañada, para dar contra unas rocas, y esperó a ver si bajaba alguien por ese barranco. Al rato, avanzó sangrando por el pequeño valle al fondo de la cañada, y se encontró con un oficial armado. Frente a frente, el norcoreano le disparó con una pistola y lo arrojó al suelo. Al acercarse el enemigo a verificar, Botero apretó su gatillo y le dio de lleno en el pecho: el chaleco antibalas que usaba lo había protegido.

Botero da cuenta de un detalle, fuera del romanticismo de las narrativas anteriores. En los otros relatos, la actitud de los colombianos hacia los enemigos se había destacado, especialmente en los buenos tratos a los prisioneros. Acá, en el relato de Botero, se ve una dimensión de la guerra sin formalismos. Botero se recuperó y se dio cuenta de que tenía algunos huesos rotos, pero que el chaleco lo había protegido. Se acercó al oficial enemigo malherido y, pensando en que si lo dejaba vivo sería un problema, se acercó y le dio un tiro de gracia en la nuca.

Maltrecho, continuó avanzando en territorio hostil. En el camino encontró a un compañero herido, Darío Torres, con quien había compartido su almuerzo antes de que los atacaran. Botero se arriesgó a rescatarlo, temiendo que hubiera una emboscada. Al soldado Torres le sangraban los pies y tenía torniquetes puestos. Juntos intentaron avanzar, pero las heridas de Torres no les permitieron continuar, por lo que Botero dejó a su compañero con su arma, mientras iba

por ayuda. Al regresar al campamento lo recibieron con una Coca-Cola, mientras les decía que había que ir por Darío. Acá vemos al narrador en una faceta de soldado rebelde. Un oficial entra y dice: "Nadie puede moverse allá sin una orden del comando de la compañía; debemos esperar órdenes para saber qué hacer". Botero solicitó a sus compañeros, en voz alta, una carabina .30, que le fue suministrada por un cabo primero, un superior. El oficial se le acercó y le dijo: "¡Soldado! No hay orden de que nadie abandone las posiciones, y yo tampoco se la voy a dar. ¡Si sale hacia allá, se expone a un consejo de guerra!". Botero se le puso en frente y le contestó: "Yo estoy patrullando mi **** [insulto omitido en el original] y no necesitó ordenes suyas ni de nadie para ir a rescatar a mi compañero malherido [...] La única forma que usted tiene para imponérmelo es pegándome un tiro aquí mismo ¡No sea tan pendejo!". Lo empujó y salió del búnker.[33]

El relato finaliza cuando los camilleros se fueron detrás de él para ir a salvar al soldado Darío Torres, que se recuperó posteriormente en Estados Unidos, donde le reconstruyeron las piernas. Botero fue convocado por el comando del Batallón y no le creyeron el relato. Un oficial colombiano lo acusó por perder el radiotransmisor. En la carpa estaba presente un mayor estadounidense que le preguntó, en inglés, qué había sucedido. Al oír su versión, el estadounidense regañó a los oficiales colombianos y les obligó a que le pidieran disculpas. El oficial implicado miró a Ruiz Novoa, en busca de

---

[33] Fabio Botero. *Corea del Norte*, 124. El autor prefiere no dar el nombre del oficial.

ayuda, pero él le ordenó seguir la línea de mando del Ejército de las Naciones Unidas. Botero no recibió ninguna medalla por esta acción de guerra. Es interesante el balance final que hace sobre las motivaciones del soldado, que difieren de la mayoría de relatos hasta ahora analizados:

> Ver peligrar la vida de un compañero enardece los sentidos y elimina cualquier impulso de supervivencia; se pierden automáticamente los sentimientos de la propia seguridad y aflora el desprecio absoluto por la vida [...] no creo que una acción valerosa efectuada por un soldado se deba a su amor por la patria, o el deseo de emular los héroes nacionales que le precedieron, o porque desea una condecoración, o porque añora que en el futuro lo califiquen de héroe. [...] Les pido mil perdones a todos los que anteriormente han utilizado en sus escritos términos como: heroísmo, valor y abnegación. A partir de este punto voy a permitir reemplazarlos por: compañerismo y solidaridad.[34]

Una bofetada a la narrativa defendida por los oficiales. Botero no hizo carrera militar. Se licenció como técnico en telecomunicaciones y trabajó en mantenimiento de equipos por casi cuarenta años. Al no seguir vinculado al Ejército, Botero no reprodujo el lenguaje heroico e idealista que aparece en los escritos de los oficiales de carrera del capítulo II. Si se compara con otros escritos, y a falta de un testimonio

---

[34] Fabio Botero. *Corea del Norte*, 97-98. Llega incluso a cuestionar la idea de “patriotismo”.

del mismo Botero de la época de la guerra, se puede pensar que esta visión es una *composición* que surge décadas después de participar y cuando ya no hay vinculación con las Fuerzas Armadas ni ningún interés de por medio, ni presión por parte de la institución castrense.

Estos libros de los soldados contienen elementos sobre la vida de campaña que son de mucho interés para la historia militar. No obstante, los historiadores no los citan. Los libros de Isaac Vargas y Fabio Botero no aparecen referenciados en ninguna bibliografía sobre la guerra.[35] El libro de Alejandro Martínez Roa apenas es mencionado en algunos apartes, al igual que el relato de Pablo Torres. Incluso, algunos investigadores los han desestimado abiertamente, entre ellos Adolfo Atehortúa, quien sostiene que son "ensayos lisonjeros que siguen considerando a las Fuerzas Armadas como actor independiente y anterior al Estado Nacional, alimentando su impermeabilidad frente a la influencia civil en general, alabando su existencia y dignificando sus operaciones". El autor se refiere a todos los escritos de los militares. Sin embargo, la falta de una lectura profunda de todos los escritos le lleva a considerar que todo el pensamiento de estos excombatientes es monolítico, rígido y empapado de un lenguaje militar unívoco.[36]

Estos escritos de los soldados rasos cuentan con una gran riqueza para analizar ciertos aspectos de la vida militar. Un

---

[35] Bárbara Skladowska referencia brevemente los artículos de Isaac Vargas que aparecieron en la *Revista Correo de Los Andes.*

[36] Adolfo Atehortúa. *Militares: otra visión, otros estudios.* Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2005, 16.

ejemplo puede ser el catolicismo y su influencia en el Ejército a mediados del siglo XX. Esto se puede ver en las diferentes prácticas, como las lecturas de misas o bendiciones antes de los combates, o la confesión de los pecados a quienes se encontraban al borde de la muerte, en la enfermería. Estos textos también permiten ver al Ejército desde una perspectiva diferente, ya que es el discurso de la tropa en primera persona. Allí se pueden observar construcciones e imaginarios sociales y culturales que la visión tradicional del Ejército como una institución total ha anulado. Las posibilidades son múltiples y dependen de la imaginación de los investigadores.

En el plano de las representaciones hechas de sí mismos por los soldados se puede apreciar un cambio, asociado a ciertas circunstancias históricas. En los escritos citados hay un interés por la reivindicación histórica y una lucha contra el olvido. Hay una crítica hacia una sociedad que no recuerda; una que no rinde de forma simétrica los homenajes que sí han recibido en Estados Unidos y Corea. Las entrevistas a profundidad del 2012 revelaron cómo esta tensión histórica se convirtió en parte esencial del relato de los soldados, que buscan definir su papel en la sociedad.[37]

"La historia que se ha contado es la de los oficiales", afirma un soldado veterano. "Parece que ellos hubieran ganado

[37] Como se indicó en la introducción, la muestra total fueron doce veteranos, entre exsoldados y oficiales retirados. El objetivo no era recolectar una gran cantidad de testimonios para realizar un análisis cuantitativo, sino profundizar en varias sesiones con estos soldados su experiencia de la guerra, para comprender cómo funciona la *composición* del relato.

la guerra solos".[38] Estos relatos muestran al soldado con un protagonismo mayor, además de un distanciamiento de los oficiales que participaron en la guerra. Por ejemplo, la descripción del cuerpo militar que hace Hernando Gómez Orduz, un enfermero perteneciente al tercer batallón, que luchó en Old Baldy:

> Uno sabía quiénes eran los oficiales y los suboficiales, pero nadie tenía distintivo de nada. Todo el mundo vestía igual, comía igual, dormía igual, vivía igual. El único distintivo que nosotros teníamos era un equipo de sanidad colgado aquí atrás donde uno llevaba lo de primeros auxilios, y una cosita de pequeñas cirugías, donde tenía bisturí, pinzas, aguja, hilo para coser, aunque uno en combate no se ponía en esas exquisiteces.[39]

Hernando Gómez usa una versión del pasado donde hay una igualdad entre los miembros del Ejército. No se considera ni menos ni más: está en un mismo nivel, tanto participativo como de importancia. Después de la guerra los soldados dedicaban los textos a los oficiales. En el 2012, los entrevistados no tienen el mismo aprecio hacia ellos. En el relato que hace Gómez sobre Old Baldy en una entrevista reciente se puede apreciar una descripción de cómo imagina hoy el mundo militar este soldado:

---

[38] Entrevista a Pedro Monroy, 10 de junio del 2012.

[39] Entrevista a Hernando Gómez Orduz, 20 de junio del 2012.

> El soldado tiene tres etapas muy características, por lo menos eso fue lo que yo pude experimentar. Hay una primera etapa cuando uno está recién llegado que es un recluta donde todo le asusta, y es medio torpe, no reacciona y la etapa donde uno tiene mayor peligro de que lo maten o de que lo hieran. Después viene una segunda etapa, tres meses después, donde empieza uno a entender todo: los ruidos, las situaciones, y empieza uno a obrar más suelto. A uno hasta le gusta el asunto [de la guerra] y uno puja un poquito más allá de las órdenes que tiene: es más arrojado. En la tercera etapa, ocho o nueve meses después, uno empieza a ser más cuidadoso. Eso no quiere decir que uno no haga lo que tiene que hacer. Lo que pasa es que no se expone tanto, y deja que los afiebrados —por llamarlos de cualquier manera— empujen, y es cuando a uno le entra la veteranía. En ese estado estaba yo cuando el asunto de Old Baldy. No es que uno no trabaje, no es que uno no haga las cosas, no. Lo que pasa es que las hace demasiado bien, demasiado técnicamente, automáticamente uno sabe qué es lo que tiene que hacer, hacia donde tiene que moverse, si tiene que disparar, dispara, sin exponerse demasiado.[40]

Esta división tripartita del esquema militar tiene gran relevancia al momento de describir las acciones durante la batalla:

[40] Entrevista a Hernando Gómez Orduz, 20 de junio del 2012.

> [En Old Baldy] La mayoría estaba en la primera etapa eran reclutas, por eso hubo tanta, tantísima baja. Claro, había de todo, pero entonces uno tomaba prácticamente el mando por que la veteranía se respeta. Entonces, uno habla o da una orden siendo soldado, inclusive habiendo oficiales pero se respeta la veteranía. Muchas veces un oficial acataba una orden de un soldado antiguo por que le encontraba lógica, es que el proceso de maduración por llamarlo de cualquier manera de personal allá era conjunto, porque los oficiales cuando eran reclutas eran reclutas, y cuando eran veteranos eran veteranos, lo mismo los suboficiales. Yo vi en varias patrullas que salía uno de la línea a patrullar y de una vez el grupo que iba en la patrulla le decía al soldado fulano de tal que era un soldado totalmente veterano, totalmente lidiado. El oficial se quedaba callado y el soldado tomaba el mando.
> Sebastián Quiroga: ¿Usted recuerda un caso específico de que el soldado dijo algo que el oficial o el suboficial acató?
> Hernando Gómez: Sí, en muchas oportunidades.

Ese nivel de división interna, producto de unas lógicas de veteranía, sobrepasan en algunos momentos el esquema jerárquico planteado en la organización militar. Este aspecto puede servir para analizar la relación entre práctica y discurso militar. El soldado que lleva más tiempo en una situación bélica es quien tiene mando en algunas interacciones con los demás miembros del Ejército. Puede que en el esquema de mando se sigan unas ordenes — tácticas, estratégicas, de cargos, etc.—, pero en la vida cotidiana del campamento no

siempre existe la relación jerárquica directa para cualquier relación. En el relato del soldado Botero vimos cómo él le propuso a un oficial que cambiaran de armas. Esta nueva perspectiva sobre la jerarquía militar permite entender que esta institución no es tan rígida o monolítica como a veces se suele proyectar.

En Isaac Vargas, el veterano herido expulsado de Estados Unidos, es posible encontrar un cambio en la representación de la guerra, que se puede explicar por su presente. En sus primeros textos, de 1986, Vargas se muestra muy crítico de Laureano Gómez y la política conservadora. Veinte años después, sus acusaciones fueron dirigidas hacia otro lado, al hablar sobre el estado de los veteranos después de la guerra:

> Hay una tradición [de desprecio hacia los veteranos]. Aquí el sistema colombiano es de traición. El 13 de junio de 1953 se tomó el poder, para evitar el desangre, para salvar el país el desangre que estaba envuelta la patria por la violencia. Se pacificó el país. Del 13 de junio de 1953 al 8 de junio de 1954, el país tuvo un año de paz. Se firmaron más de 52 convenios con todos los guerrilleros, liberales y conservadores. Todo el mundo quedó pacífico. No le reclamaron los llaneros, con Guadalupe Salcedo. No le reclamaron al país plata, ni casas, ni nada. Lo mismo los de este lado, los de Antioquia… ¡52 tratados!
>
> El 8 de junio de 1954 la Universidad Nacional no tenía ninguna valla. Eran unas instalaciones completamente libres. Usted podía pasar por la universidad a cualquier

hora, por cualquier parte. A las 7 u 8 de la noche, cruzó un policía por la Nacional. Habían celebrado ese día el 25 aniversario de la muerte de un estudiante Bravo, 25 años antes una muerte accidental. Hubo desfile al cementerio, las ofrendas florales y todas las cosas. A las 7 de la noche pasa el policía por la Universidad Nacional, le salen unos estudiantes a desarmarlo. No se deja. Saca el revólver y le pega un tiro a un estudiante, Uriel Gutiérrez. Al otro día, la gran manifestación. 10 mil estudiantes de toda Bogotá en gran avalancha por la Carrera Séptima hacia el Palacio Presidencial. Sacan un pelotón de soldados del Batallón Colombia, que no habían ido a la guerra, a la calle 13 con Carrera Séptima. Porque cuando uno regresaba, todo el mundo quedaba licenciado. Los únicos que quedaban eran los oficiales y los suboficiales. Todos los soldados salíamos. Cumplida la guerra, tome, muchas gracias.

Sacan un pelotón de soldados de la escuela de infantería y resulta que son del Batallón Colombia. Los ponen en la Carrera Séptima. Vienen los estudiantes, gritándole abajos al Ejército, abajos a Rojas Pinilla […] desafiantes. Según el general París, hubo un tiro de pistola que salió de un café que estaba en la esquina de la Calle 13. Los soldados se asustan y disparan sin orden del oficial y tumban nueve estudiantes. Ahí nace la dictadura. Ahora tienen ahí una placa que dice que los estudiantes murieron por oponerse a la dictadura, ¡si no había dictadura! La dictadura empezó ese día a las 11 de la mañana de la balacera donde murieron

> los nueve estudiantes, en adelante, porque todo cambió. Los partidos políticos le voltearon la espalda al gobierno.
>
> Nos sentenciaron a todos los veteranos de la guerra como los asesinos, que habíamos ido a Corea a padecer, para venir a matar la gente aquí en Colombia. Nos echaron la culpa a nosotros, y por eso nos han despreciado toda la vida desde entonces. Nos condenaron.[41]

Para Vargas es claro que esos estudiantes conformaron la clase política que después legislaría en el país, lo que llevó a que no se crearan leyes a favor de los veteranos de la guerra de Corea y a que no se los tratara con la misma dignidad que recibieron los veteranos en otros países. En el primer relato de 1986, la crítica se centraba en las políticas conservadoras de un periodo anterior a Rojas, como causa de los males que sufrirían los soldados después. Acá, hay un origen del problema (la masacre estudiantil) que se transformó en un odio de la sociedad colombiana hacia los veteranos de Corea. ¿Por qué cambiar su crítica, pasando de un cuestionamiento a una política de un grupo político en particular (el Partido Conservador) a los estudiantes y futuros legisladores del país?

La respuesta está en un aspecto que no parece tan evidente: la ausencia de una pensión para los soldados. Ninguna ley estipulaba que los soldados rasos recibieran una pensión después de la guerra. Fue después de muchos años, más de cincuenta, cuando los veteranos, ya de edad avanzada,

41 Entrevista a Isaac Vargas, 25 de junio del 2012.

comenzaron a organizarse mejor para reclamar lo que consideraban un derecho. El presidente César Gaviria, a comienzos de los años noventa, se comprometió con un reconocimiento a estos soldados. No obstante, el Ministerio de Defensa no los apoyó porque no eran soldados de carrera. La asociación de veteranos oficiales, poseedores de pensión por derecho propio, apoyó este concepto del Ministerio.[42]

Los veteranos de la guerra de Corea, en un principio, formaron una asociación que agrupó a soldados y oficiales, en 1958.[43] No obstante, divisiones internas por el esquema de la organización produjeron un cisma: los oficiales querían que se mantuviera el mismo esquema de rango militar en los cargos de la asociación, arguyendo que tenían más vínculos con el gobierno, en tanto que los soldados querían un mayor protagonismo.[44] El resultado fue la creación de dos asociaciones de veteranos diferentes: Ascove (Asociación Colombiana de Veteranos de la Guerra de Corea), de los soldados, y la Asociación de Oficiales Veteranos de Corea. Esa división se acentúa en los relatos de la guerra, que se puede apreciar en los últimos testimonios.

Regresemos a la disputa pensional. La asociación de soldados veteranos buscó a través diferentes formas, en los últimos años, reivindicar las pensiones de sus agremiados, y

---

42 *El Tiempo*, 19 de marzo de 1995.

43 Ascove, Nosotros, Historia: http://www.ascove.org.co/index.php/nosotros/historia [consultado el 14 de noviembre del 2012]. El mayor Pedro Londoño Vega fue la principal figura en la parte de agrupación y jurídica para la conformación de la asociación.

44 Entrevista a Hernando Gómez Orduz, 20 de junio del 2012.

como señala el artículo de prensa citado, no eran respaldados por los oficiales.

En el 2001 se aprobó la Ley 683 de 2001, que decreta lo siguiente:

> ARTÍCULO 1o. La presente ley tiene por objeto establecer unos beneficios, en los términos y condiciones que más adelante se indican, a favor de los veteranos supervivientes de la guerra de Corea y el conflicto con el Perú. [...] ARTÍCULO 3o. Créase un subsidio mensual equivalente a dos (2) salarios mínimos mensuales legales vigentes, con destino a cada veterano de que trata esta ley, que se encuentre en estado de indigencia.[45]

En el 2007 se presentó el Proyecto de Ley Nº. 096 de Senado y 153 de Cámara que buscaba modificar parcialmente la Ley 683 de 2001, para que hubiera un apartado especial para los veteranos de Corea. Este proyecto fue objetado por inconstitucional en el 2008 por el entonces presidente Álvaro Uribe Vélez por ir en contra de los artículos 46 y 355 de la Constitución Política, y consideraba suficiente lo establecido en la ley del 2001. Se mantuvo así la pensión solo para los soldados que vivieran en condiciones de indigencia.[46]

Hernando Gómez Orduz es actualmente el presidente de Ascove, en tanto que Isaac Vargas es un visitante constante

---

[45] *Diario Oficial* Nº. 44 516, del 11 de agosto del 2001: http://www.secretariasenado.gov.co/senado/basedoc/ley/2001/ley_0683_2001.html [consultado el 14 de noviembre del 2012].

[46] *Diario Oficial* Nº. 47 052, de 16 de julio del 2008.

del lugar. El discurso de ambos, al igual que el de otros exsoldados como Pedro Vergara, secretario de la asociación, van en la misma línea: la defensa del soldado raso y la reivindicación de su papel dentro del conflicto, como herramienta de lucha política. Esto no aparecía en los relatos de Vargas de los años ochenta, ni en el de algún otro soldado anterior a este periodo. El caso de Fabio Botero es particular, puesto que no tuvo vínculo con la asociación, por lo que en su narración no aparece este lenguaje político.

No solo es lenguaje, también acción. Isaac Vargas, con recursos propios y algo de ayuda del general Valencia Tovar, viendo la situación de los soldados y su falta de reconocimiento, mandó a hacer una placa conmemorativa. Escogió el costado de la Iglesia de San Francisco sobre la Carrera 7ª, frente al Banco de la República, en pleno centro de Bogotá. A unos pocos metros tuvo lugar la masacre estudiantil que él acusa de ser la causa de la animadversión hacia los veteranos. ¿Coincidencia? Esta pequeña placa, que pocos transeúntes se han detenido a observar, tiene grabados los nombres de los caídos en la guerra.

La lucha pensional de estos años ha llevado a cambiar la forma de interpretar la guerra y el papel del soldado en ella. En estos últimos relatos, la *composición* de la narración se ajusta a unas lógicas que permiten a Isaac Vargas y a Hernando Gómez conciliarse con el presente, uno donde ellos son miembros activos políticamente. La lucha pensional de los últimos veinte años se convirtió en un factor de reivindicación de la memoria de los soldados como protagonistas de la guerra, en contraste con una narrativa construida por los

oficiales que los invisibilizaba. Vargas construye monumentos públicos, ya que los otros están en el reino de los oficiales. Gómez, al igual que otros miembros de Ascove como Pedro Vergara, señala a través de los medios de comunicación, las injusticias de que han sido víctimas los veteranos. Al inicio del capítulo apareció la historia de Hernando Piñeros y su rescate por parte de los miembros de la asociación de veteranos. Una noticia que no solo muestra la situación presente de algunos de estos veteranos, sino que además evidencia las luchas por la memoria y la reivindicación de ciertos sectores de los soldados veteranos, que se sienten tratados injustamente por la sociedad y el Estado.

La composición de los relatos se convierte en una disputa de reivindicación entre el presente y el pasado. Mediante de estas estrategias de liberación narrativa, los soldados construyeron un relato que los constituye como verdaderos sujetos de la historia. Algunas historias son trágicas, como lo señala White.[47] Sin embargo, la dimensión de la narrativa es mucho más compleja, puesto que vincula una lucha entre un pasado hegemónico con las disputas del presente, como es la demanda por una pensión estatal y un reconocimiento por parte de sus conciudadanos. Quienes están ajenos a esas fuerzas opuestas organizan la trama del relato de una forma

---

[47] Hayden White. *Metahistoria*, 20: "las reconciliaciones que ocurren al final de la tragedia son mucho más sombrías; son más de la índole de resignaciones de los hombres a las condiciones que deben trabajar en el mundo. De esas condiciones, a su vez, se afirma que son inalterables y eternas, con la implicación de que el hombre no puede cambiarla, sino que debe trabajar dentro de ellas [...] Es una revelación de la naturaleza de las fuerzas que se oponen al hombre".

que destruya y descodifique los cánones militares. Esta es la visión de Botero, que mediante la ironía muestra cómo él logró oponerse a las fuerzas que imperan en la guerra y logró resaltar que el soldado es el vencedor de la historia, más allá de la versión de los oficiales, según la cual eran quienes guiaban las tropas, o de académicos y literatos, donde eran víctimas, oprimidos arrastrados por el destino.

El 15 de agosto del 2012, el Ministerio de Defensa confirmó que Piñeros tenía derecho a su pensión. Sin embargo, no la recibirá directamente, sino a través de Ascove.[48] Esta es una victoria para la memoria de los soldados asociados. Fueron ellos quienes alzaron su voz mostrando la situación en que se encontraban los veteranos, por lo que el alto gobierno respondió de manera pronta, a conveniencia, puesto que los medios de comunicación comenzaron a buscar historias de veteranos viviendo en la miseria. La interpretación histórica cobra así relevancia en el presente. En este caso, se impuso la visión de la injusticia con los soldados veteranos (diferente a la de víctimas políticas que aparece en los académicos o de héroes patrios en los oficiales veteranos), y fue esta construcción del pasado la que llevó a que ayudaran a Piñeros, no solo el Estado, sino algunas otras personas. La narrativa histórica es poderosa puesto que produce una visión del pasado mediada según los intereses del interlocutor.

---

[48] *El Tiempo*, 16 de agosto del 2012.

Conclusiones
El poder de la narrativa

El rol del soldado, como aquí se analizó, es variable y contingente. Se ha ajustado según el narrador y el momento histórico desde el cual se habla. Esto nos enseña una cosa sobre la historia: no es estática ni inmutable, se encuentra en constante reconstrucción. Es producida más allá del gremio profesional de historiadores o de la memoria que busquen imponer los gobiernos. Desde una exitosa obra de teatro, hasta un monumento arrinconado, desde una provocativa novela hasta una tesis de grado, la historia está viva en la sociedad. En este proceso de revisión de la construcción de la guerra de Corea, apreciamos cómo el soldado pasó a convertirse de objeto a sujeto de la historia, y las implicaciones que tiene ello en el proceso de producción y consolidación de la historia.

En los años cincuenta fue el nacimiento de la narrativa: el soldado pasó de ser un actor figurante en los diarios durante los entrenamientos del batallón, que desconocía las dimensiones de la guerra, a un héroe cuando estaba en el campo de batalla. El presidente Laureano Gómez lo representó como la máxima figura del ideal nacional, cristiano y heredero de la hispanidad. El discurso posterior de Rojas Pinilla fue más incluyente, pero de igual manera mostraba al soldado

como el defensor de un modelo de sociedad ante el comunismo. La imagen del Ejército comenzó a desdibujarse por su implicación en la Violencia, y en el caso de los soldados de Corea en la masacre estudiantil de junio de 1954. A partir de allí, el lenguaje heroico permanecería en los oficiales que participaron en la guerra, a través de sus memorias y los diferentes textos y discursos que difundieron. Por un lado, el papel del soldado estaba en auge, dentro de la memoria de estos oficiales y en los monumentos que se hicieron en su nombre, pero al mismo tiempo, de manera paralela, iba cayendo su imagen por fuera del mundo castrense.

Con el comienzo de los estudios sistemáticos sobre el papel de los militares en Colombia, la guerra de Corea comenzó a ser evaluada desde las nuevas perspectivas teóricas que se incorporaban al saber de la academia. En un primer momento, el soldado fue invisibilizado como actor y convertido en un sujeto que dependía totalmente de la estructura de la institución militar, al punto de que se veía su papel simplemente como un agente del orden, en sentido genérico, para diferenciarse de la visión de orden que buscaban tanto Rojas Pinilla como Gómez. Otros trabajos produjeron una narrativa en la que los soldados se convirtieron en víctimas de las interacciones políticas y partidistas de los años cincuenta. Si bien adquirieron una mayor voz en autores como Kyong y Skladowska a partir de la década de 1990, el soldado seguía apareciendo como un sujeto sin *agencia* y sin facultades de acción propia, ya no en el Ejército, sino dentro de la sociedad. Ya no era la estructura del Ejército la que lo dominaba, sino la política partidista del presidente Laureano Gómez.

La decadencia narrativa del soldado aparecería especialmente dentro de la literatura. La novela *Mambrú* y la obra teatral *Guadalupe años sin cuenta* reforzarían el estigma del soldado coreano como producto de la lucha política en Colombia. Sin embargo, este soldado ya no es homogéneo, como se veía en otros relatos, sino que se transforma y cambia según su historia de vida: es uno antes, campesino e inocente, y otro luego, producto de la guerra, más servil. Allí se muestra una mayor diferenciación entre el soldado raso y los oficiales, que los otros relatos no habían estimado, en su visión monolítica de las unidades que conforman un ejército.

Los mismos soldados salieron al paso ante estas representaciones que consideraban injustas, proponiendo una lectura de la guerra donde ellos tenían un papel más protagónico. Este sería el renacimiento de la narrativa, como respuesta a lecturas que los consideraban simple "carne de cañón". Estos soldados presentan una visión de la historia donde se rompe la jerarquía militar y se transforman en los protagonistas de la historia. La *composición* del relato hizo que su narración fuera cambiante, según las circunstancias de su presente, pasando de ser una gesta memorable y traumática en los primeros a convertirse en un discurso político que reivindicaba unos derechos legales a una pensión digna, negada durante décadas por el Estado.

Michel-Rolph Trouillot sostiene que dentro de la creación de la historia hay una fuerte relación entre los procesos históricos y las narrativas.[1] Los procesos históricos de

[1] Michel-Rolph Trouillot. *Silencing the Past*, 23.

la Violencia de Colombia tuvieron incidencia dentro de la creación de las narrativas históricas. Para la academia significó un nuevo interés por comprender el papel de las Fuerzas Armadas en la construcción del Estado. Esta narrativa, interesada especialmente en la historia política e institucional, se consolidó y ha dominado la forma de escribir y entender la guerra de Corea desde el ámbito académico. Gonzalo Sánchez considera, hablando sobre la memoria de La Violencia, que "los dueños del nuevo orden del Frente Nacional (contexto en el que surgieron estos primeros estudios sobre Corea), con su pretensión de refundación política, se reservan el control de la verdad sobre el pasado".[2]

Los únicos actores institucionales que construyeron un relato sobre la guerra de Corea fueron los militares. No hay ningún registro en museos, ni en memoriales, ni fechas de conmemoración fuera del Ejército, el Ministerio de Defensa o la Naval. Fuera de estas puertas, en los lugares públicos, el Estado no se preocupó por honrar la memoria de los veteranos de esta guerra. Pareciera que desde el Frente Nacional existiera una política de olvido del pasado militar por parte del Estado, en especial los años de dictadura, con el fin de ejercer una *buena memoria*.[3] Fuera del control estatal de la

---

[2] Gonzalo Sánchez. *Guerras, memoria e historia,* 83.

[3] Richard Vinyes (Ed.). *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia.* Barcelona: RBA Libros, 2009, 25. "El Estado tiene una sola memoria, la 'buena memoria'. Dese su inicio democrático, el Estado ha ido constituyendo una economía moral, es decir, una administración de los bienes morales y simbólicos, datos y fechas, actos de Estado y recursos administrativos y de difusión diversísimos, que aparentemente —y solo aparentemente— están destinados a garantizar la inhibición de los conflictos de la memoria; inhibición

memoria de la guerra se produjeron las diversas narraciones estudiadas aquí, las cuales se pueden dividir en dos grupos: una *leyenda blanca* de la participación, que se expresa en los escritos de la prensa conservadora, la música de los años cincuenta, las memorias de los oficiales (en especial Francisco Caicedo) y en algunos autores académicos como Saúl Rodríguez o Bradley Lynn Coleman, que señalan lo positivo de la participación en la modernización del Ejército; o la visión pesimista, la *leyenda negra*, producida desde sectores liberales, se extiende en la literatura y aparece en la mayoría de las obras académicas (Bermúdez Rossi, Carlos Urán, Elsa Blair, Adolfo Atehortúa, Bárbara Skladowska, etc.), donde se adopta una postura crítica frente al envío de tropas. Sin embargo, algunos aspectos de estas leyendas se intersectan, como los relatos de oficiales liberales como Álvaro Valencia Tovar o Gabriel Puyana García, que apoyan el argumento de que a la guerra fueron enviados muchos oficiales de su partido. Otras visiones simplemente pasan por alto el papel de los combatientes. Así, las visiones de la historia se van forjando de manera paralela, de forma que unos relatos se cruzan con otros como parte de la dinámica de la construcción de la historia.

¿Qué nos queda de los soldados rasos colombianos que participaron en la guerra de Corea? Estas visiones disímiles esconden una dimensión compleja sobre quiénes fueron los más de 3000 combatientes, en su mayoría campesinos, en una

---

considerara por la Administración como un deber moral para la buena convivencia de los ciudadanos de nuestra sociedad".

tierra desconocida para ellos. Esta investigación mostró que son más que las simples cifras que plasmaban los comandantes del Batallón Colombia y que tienen un papel más activo que el que mostraba la tradición académica. No son tampoco los héroes mitificados de los oficiales que sirven de modelo a seguir para los demás hombres que ingresen al Ejército, ni las meras víctimas de decisiones políticas ajenas que los arrojaron a un destino cruel. Fue un grupo heterogéneo de hombres que forjaron su propio destino, no solo en esos años de incertidumbre, sino en los siguientes sesenta años: la forma en que reconstruyeron su participación muestra cómo los sectores subalternos producen estrategias narrativas para luchar contra los discursos hegemónicos. El lector se queda con diferentes imágenes del soldado raso. ¿Cuál es la más cercana a la realidad? ¿Acaso una fuente diferente, como un registro de la lista de ingreso o una hoja de vida, nos permitiría comprender de manera indistinta quién es ese soldado raso que se ha dibujado en esta investigación?

Este trabajo tiene como objetivo generar una reflexión sobre cómo el conocimiento histórico es producido y comprender de manera más amplia el proceso de producción, desde la creación hasta la consolidación del relato histórico. La meta propuesta fue entender cómo la formación de la trama está ligada a un contexto de producción, y es un proceso tanto social como individual. Este trabajo no defiende un relativismo irresponsable en el discurso histórico, sino que busca comprender a través de un análisis estructurado cómo se produce el saber histórico, en este caso, del soldado raso que combatió en Corea. Al mismo tiempo, muestra cómo los

individuos subalternos — en este caso los soldados— tratan de escapar de los relatos históricos dominantes mediante estrategias narrativas y presentan una versión de su historia que los reivindica y los reinventa como protagonistas de una realidad que buscan describir.

Bibliografía

Publicaciones

Archila, Mauricio. "Voces subalternas e historia oral". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nº. 32 (2005): 293-308.

Arias, María Alejandra. *¡Qué viva Rojas Pinilla!: Representaciones sociales del gobierno militar durante la consolidación y legitimación de la presidencia de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1954).* Bogotá: Universidad de los Andes, 2011 (tesis de pregrado).

Atehortúa, Adolfo. "Colombia en la guerra de Corea". *Revista Folios,* Nº. 27 (primer semestre, 2008): 63-76.

_____. *Militares: otra visión, otros estudios* (en colaboración con Andrea Manrique Camacho). Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2005.

Atehortúa, Adolfo y Vélez, Humberto. *Estado y Fuerzas Armadas en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo, 1994.

Ayala, César Augusto. "Fiesta y golpe de Estado en Colombia". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Nº. 25 (1998).

Bajtin, Mijail. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de François Rabelais.* Madrid: Alianza Editorial, 2003.

Baker, Chris. *Cultural Studies: Theory and Practice*. Londres: Sage, 2005.

Barthes, Roland. "El discurso de la historia", en *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y de la escritura*. Barcelona: Paidós, 1994.

Becker, Carl. "Every man his own historian". *The American Historical Review,* Vol. 37, Nº. 2 (enero 1932): 221-236.

Becker, Howard. *Outsiders: Studies in the sociology of deviance*. Nueva York: Free Press, 1973.

Bergquist, Charles. "En defensa de la historia: una crítica disciplinaria de la *Historia doble de la Costa* de Orlando Fals Borda". *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 16-17 (1988-1989): 205-229.

Bermúdez, Gonzalo. *El poder militar en Colombia: de la Colonia a la Contemporaneidad.* Bogotá: Editorial Expresión, 1992.

Blair, Elsa. *Las Fuerzas Armadas: una mirada civil.* Bogotá: Cinep, 1992.

Blythe, Ronald. *Akenfield: Portrait of an English Village*. Londres: Allen Lane, 1969.

Botero, Fabio. *Corea del Norte, 1951-1952: vivencias de un soldado colombiano agregado al Ejército de las Naciones Unidas.* Manizales: Fondo Editorial de Caldas, 2001.

Bustos, Guillermo. "Enfoque subalterno e historia latinoamericana: nación, subalternidad y escritura de la historia en el debate Mallon-Beverley". *Fronteras de la Historia* (ICAHN), Nº. 7 (2002): 229-250.

Cabrera, Miguel Ángel. *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad.* Madrid: Cátedra, 2001.

Caicedo, Francisco. *Banzay: diario en las trincheras coreanas.* Bogotá: Imprenta del Ejército, 1995 (1961).

Chartier, Roger. "El mundo como representación", en *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural.* Barcelona: Gedisa, 2005. 45-62.

Cohen, Paul. *Speaking to History: the Story of King Goujian in Twentieth-Century China*. Los Angeles: University of California Press, 2009.

Coleman, Bradley Lynn. *Colombia and the United States: the Making of an Inter-American Alliance, 1939-1960*. Kent: Kent State University Press, 2008.

_____. *The Colombian-American Alliance: Colombia's Contribution to U.S. -Led Multilateral Military Efforts, 1938-1953*. Ann Arbor: UMI, 2001.

Croce, Benedetto. *Teoría e historia de la historiografía*. Buenos Aires: Escuela, 1955.

Cuesta Bustillo, Josefina. "Memoria e historia: un estado de la cuestión". *Revista Ayer*, Nº. 32, Memoria e Historia (1988): 203-246.

Erll, Astrid. "Cultural Memory Studies: an Introduction", en *Cultural Memory Studies: An International and Interdisciplinary Handbook* (Astrid Erll, Ansgar Nünning, editores). Berlín: Walter de Gruyter, 2008, 1-18.

Espinal Pérez, Cruz Elena. "La (s) Cultura (s) Popular (es): los términos de un debate histórico-conceptual". *Revista Universitas Humanística* (Pontificia Universidad Javeriana-Bogotá), Nº. 67 (enero-junio, 2009): 223-243.

Ferro, Marc. "Las fuentes de la conciencia histórica: ¿Crisis de la historia o de la disciplina?". *Signos Históricos,* Vol. 1, N°. 2 (diciembre 1999): 139-152.

Fontana, Josep. *La historia de los hombres*. Barcelona: Crítica, 2001.

Fox, Carlton. *The U.S. Army School of the Americas and U.S. National Interests in the 20th Century*. Virginia: Virginia Polytechnic and State University, 2001 (tesis de maestría).

Franco Isaza, Eduardo. *Las guerrillas del llano: testimonio de una lucha de cuatro años por la libertad.* Caracas: Editorial Universo, 1955.

Frye, Northrop. *Anatomy of Criticism: Four Essays*. Princeton: Princeton University Press, 2000.

Galster, Ingrid. *Aguirre o la posteridad arbitraria*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario y Editorial Universidad Javeriana, 2011.

Garavito, Lucía. "Guadalupe años sin cuenta: el lenguaje oral como instrumento de resistencia ideológica". *Latin American Theatre Review*, Vol. 20, N°. 2 (Spring 1987): 5-16.

García Canclini, Néstor. *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. México: Editorial Grijalbo, 1990.

García Márquez, Gabriel. *Entre cachacos: obra periodística 2*, 1954-1955. Barcelona: Mondadori, 1982.

García, Santiago (director). *Guadalupe años sin cuenta*, Biblioteca Virtual, Biblioteca Luis Ángel Arango. Disponible en: http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/todaslasartes/cinco/guadalupe.htm [consultado el 10 de diciembre del 2012].

Hart, Lidell (Ed.). *The Letters of Private Wheeler: 1809-1828*. Michael Joseph, 1997.

Hartog, François. *Regímenes de historiciad: presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana, 2007.

Hegel, G. W. *Lecciones sobre filosofía de la historia universal: introducción general.* Valencia: Universitat de València, 1991.

Henao, Jesús María y Arrubla, Gerardo. *Historia de Colombia para la enseñanza secundaria.* Bogotá: Librería Colombiana Camacho Roldan & Tamayo, 1920.

Heródoto. *Historia Libros I-II* (introducción y traducción de Carlos Schrander). Madrid: Editorial Gredos, 2000.

Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica, 2008 (1994).

Iggers, Georg. *La ciencia histórica en el siglo XX: las tendencias actuales.* Barcelona: Idea Universitaria, 1998.

Leal Buitrago, Francisco. "Los militares en el desarrollo del Estado 1907-1969", en *Estado y Política en Colombia.* Bogotá: Cerec, 1984.

Lowenthal, David. *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

Martínez, Alejandro. *Sangre en Corea: un infierno vivido en la guerra: Historia del Batallón Colombia, relatos personales.* Bogotá: Gráficas Nuevo Mundo, 1974.

McWilliams, Bill. *On Hallowed Ground: the Last Battle for Pork Chop Hill*. Annapolis: Naval Institute Press, 2004.

Medina, Medófilo. "Historiografía política del siglo XX en Colombia", en *La historia al final del milenio* (Mauricio

Archila, editor). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994, 433-532.

Menju, Yeo (Ed). *Korean War Memorials in Pictures: Remembering UN Participation 60 Years Later, Vol. 3.* Seúl: Ministry of Patriotic and Veterans Affairs, 2010.

Mi Cha, Kyiong. *La participación de Colombia en la guerra de Corea (1950-1953).* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1996 (tesis de maestría).

Miller, John. *Corea 1951-1953.* Washington: Government Printing Office, 1956.

Moreno-Durán, Rafael Humberto. *Mambrú.* Bogotá: Santillana, 1996.

Ortiz, Danilo. *En busca de la gloria.* Cali: Ortiz y Cantillo Editores, 1992.

Osorio Hernández, Luis. *Soy soldado de Colombia* [música], Fondo Oriol Rangel. Donación: Josefina de Rangel. Biblioteca Nacional de Colombia, Bogotá. (M1687 .C6 CMPC CAR 10/12A).

Palacios, Marco y Frank Safford. *Colombia: país fragmentado, sociedad dividida.* Bogotá: Grupo Editoria Norma, 2002.

Park, Moisés. "*Mambrú*, novela sobre el Batallón Colombia en la Guerra de Corea: memoria, erotismo y olvido en la doctrina Marilyn Monroe". *Brújula: Revista Interdisciplinaria sobre Estudios Latinoamericanos* (Universidad de California), Vol. 7 (2009).

Passerini, Laura. "Work Ideology and Consensus under Italian Fascism". *History Workshop*, Nº. 8 (1979): 84-92.

Pécaut, Daniel. "Memoria posible, historia posible, olvido imposible", en *Violencia y política en Colombia.* Medellín: Nuevo Hombre/Universidad del Valle, 2003.

Perk, Robert y Alistair Thomson. "Introduction", en *The Oral History Reader*. Londres: Routledge, 2006, 1-13.

Pizarro Leongómez, Eduardo. "La profesionalización militar en Colombia (II): El periodo de la violencia". *Análisis Político*, Nº. 2 (septiembre/diciembre 1987): 4-42.

Portelli, Alessandro. "What Makes Oral History Different", en *The Oral History Reader* (Robert Perks y Alistair Thomson, editores). Londres: Routledge, 2006, 32-42.

_____. "The Peculiarities of Oral History". *History Workshop,* Nº. 12 (otoño 1981): 96-107.

Puyana García, Gabriel. *¡Por la libertad…en tierra extraña!: crónicas y reminiscencias de la Guerra de Corea.* Bogotá: Banco de la República, 1993.

Ramsey, Russell. *Guerrilleros y soldados.* Bogotá: Tercer Mundo, 1981.

_____. "The Colombian Battalion in Korea and Suez". *Journal of Inter-American Studies*, Vol. 9, Nº. 4 (octubre 1967): 541-560.

Restrepo, José Manuel. *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, Tomo I. París: Librería Americana, 1827. Disponible en Google Books. http://books.google.com.co/books?id=45GZWJ-aMzEC&printsec=frontcover&source=gbs_ge_summary_r&cad=0#v=onepage&q&f=false [consultado el 16 de marzo del 2013].

_____. *Historia de la Revolución de la República de Colombia*, Tomo IV. París: Imprenta de José Joaquín Besanzon, 1858.

Disponible en Google Books. http://books.google.com.co/books?id=PZwVAAAAYAAJ&printsec=frontcover&dq=historia+de+la+revolucion&hl=en&sa=X&ei=QEFFUcXsJbbk4AP2uoCoBA&ved=0CDwQ6AEwAw#v=onepage&q=soldado&f=false [consultado el 16 de marzo del 2013].

Ricoeur, Paul. *La historia, la memoria y el olvido*. Madrid: Editorial Trotta, 2003.

_____. "Para una teoría del discurso narrativo", en *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós, 1999.

Rodríguez, Saúl. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*. Medellín: La Carreta Editores, 2006.

Rojas Pinilla, Gustavo. *Mensajes y discursos*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1954.

Rosenzweig, Roy y David Thelen. *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life.* Nueva York: Columbia University Press, 1998.

Rueda, Rigoberto. *De la guardia de fronteras a la contrainsurgencia: elementos de la evolución política e institucional del Ejército colombiano, 1958-1965.* Bogotá: Icfes, 2000.

Ruiz Novoa, Alberto. *El Batallón Colombia en Korea: 1951-1954*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones, 1956.

_____. *Enseñanzas militares de la campaña de Corea*. Bogotá: Antares, 1956.

Samuel, Rafael. *Theatres of Memory. Volume 1. Past and Present in Contemporary Culture*. Nueva York: Verso, 1994.

_____. "Local History and Oral History". *History Workshop*, Nº. 1 (Spring 1976): 191-208.

Sánchez, Gonzalo. *Guerras, memorias e historia.* Medellín: La Carreta Editores, 2006.

_____. "Violencia, guerrillas y estructuras agrarias", en *Nueva Historia de Colombia*, Vol. II. Bogotá: Editorial Planeta, 1989, 127-152.

Schading, Barbara y Richard Schading, *A Civilian's Guide to the U.S. Military: A Comprehensive Reference to the Customs, Language and Structure of the Armed Forces.* Cincinnati: Writer's Digest Books, 2007.

Sharpe, Jim. "Historia desde abajo", en *Formas de hacer Historia* [Peter Burke, editor]. Madrid: Alianza Editorial, 1996, 38-58.

Schroeder González, Cristian. *La influencia de la participación de Colombia en la Guerra de Corea en la construcción de la nueva mentalidad del Ejército nacional entre 1951 hasta 1982.* Bogotá: Universidad del Rosario, 2009 (tesis de grado).

Silva, Renán. *A la sombra de Clío.* Medellín: La Carreta Editores, 2007.

Skladowska, Bárbara. *Los nombres de la Patria en la Guerra de Corea, 1951-1953: el ocaso de un mito*. Bogotá: Ediciones Uniandes, 2007.

Thompson, Edward Palmer. "History From Below". *The Times, Literary Supplement* (7 de abril de 1966): 279-280.

Thompson, Paul. *The Edwardians: The Remaking of British Society.* Londres: Routhledge, 1992 (1975).

_____. *The Voice from the Past: Oral History.* Oxford: Oxford University Press, 2000 (1978).

Thomson, Alistair. *Anzac Memories: Living with the Legend*. Oxford: Oxford University Press, 1994.

_____. "Anzac Memories: Putting Popular Memory Theory into Practice in Australia", en *The Oral History Reader*. Londres: Routledge, 2006, 244-254.

_____. "Four Paradigm Transformations in Oral History". *The Oral History Review*, Vol. 34, Nº. 1 (Winter-Spring 2007): 49-70.

Torres Almeyda, Pablo E. *Colombia en la Guerra de Corea: impresiones de un combatiente.* Bogotá: Fuerzas Militares, 1960.

Torres del Río, César y Saúl Rodríguez. *De milicias reales a militares contrainsurgentes: la institución militar en Colombia del siglo XVIII al XXI.* Bogotá: Universidad Javeriana, 2008.

Tovar Zambrano, Bernardo (Ed.). *La historia al final del milenio*, 2 volúmenes. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.

Trouillot, Michel-Rolph. *Silencing the Past: Power and the Production of History*. Boston: Beacon Press, 1995.

Tucidedes. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Libros I-II. [Juan José Torres Esbarranch, traducción]. Madrid: Editorial Gredos, 2002.

Urán, Carlos. *Colombia y los Estados Unidos en la guerra de Corea*, en Helen Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame, Working Paper Nº. 69, 1986.

Valencia Tovar, Álvaro. *Corea: resurgimiento de las cenizas.* Bogotá: Antares, 1977.

Valencia Tovar, Álvaro y Gabriel Puyana García. *En Corea por la libertad y la gloria: participación colombiana en la*

guerra, 1951-1953. Bogotá: Imprenta y Publicaciones de las Fuerzas Militares, 2003.

Valencia Tovar, Álvaro y Jairo Sandoval. *Colombia en la Guerra de Corea.* Bogotá: Planeta, 2001.

Vargas, Isaac. "Diferencia bélica entre Colombia y Corea". *Revista Correo de Los Andes,* Nº. 45 (junio-julio 1987), 81-82.

_____. *La democracia traicionada*. Bogotá: Tercer Mundo, 1991.

_____. "Los colombianos en Corea". *Revista Correo de Los Andes,* Nº. 36 (enero-febrero 1986): 54-55.

Vinyes, Richard (Ed.). *El Estado y la memoria: gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia.* Barcelona: RBA Libros, 2009.

Wachtel, Nathan. "Memoria e historia". *Revista Colombiana de Antropología*, Vol. 35 (enero-diciembre, 1999): 70-90.

Wainstock, Dennis D. *Truman, MacArthur and The Korean War*. Nueva York: Greenwood Press, 2011 (1999).

White, Hayden. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Editorial Paidós, 2003.

_____. *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

Yang, Eunsong. *Corea: historia de un proceso de reunificación.* Madrid: Catarata-Centro Español de Investigaciones Coreanas, 2007.

Publicaciones periódicas

El Tiempo (1950-2012).

El Espectador (1950-1954).

El Siglo (1950-1954).

Eco Nacional (1950-1954).
Tribuna Gaitanista (1950-1951).
Diana: revista del comisariato del Ejército (1953).
Revista Militar (1954-1956).
Revista Semana (2010).

Archivo estatal

Diario Oficial (2001-2008).

Este libro fue compuesto en caracteres
Stempel Garamond 12 puntos, sobre
papel propal de 70 gramos y encuadernado
con método *Hot Melt*, en abril de 2015,
en Bogotá, D. C., Colombia